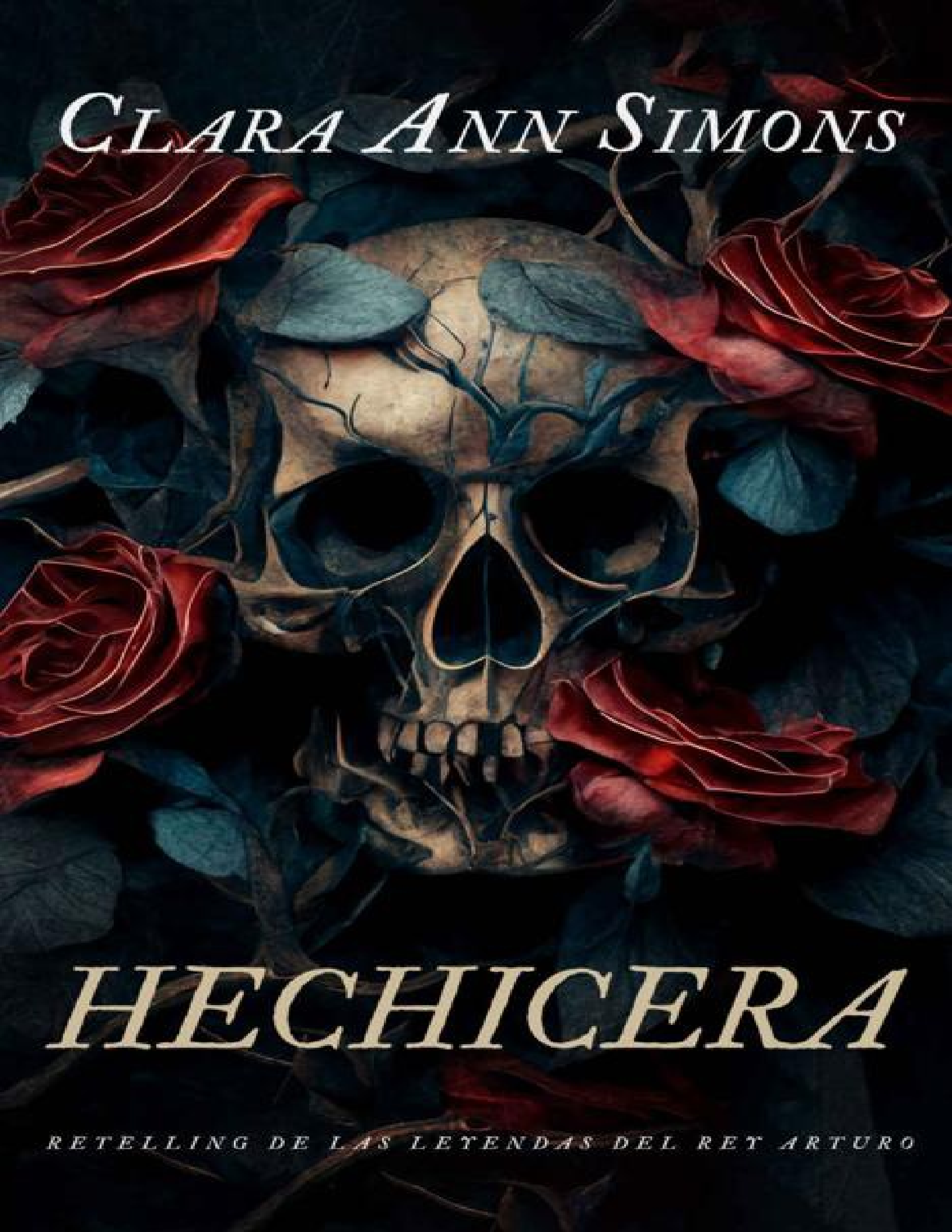

Clara Ann Simons
HECHICERA
RETELLING DE LAS LEYENDAS DEL REY ARTURO

Hechicera



Clara Ann Simons

Hechicera
Clara Ann Simons

Copyright © 2023 por Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrada el 13/09/2023 con el número **2309135318881**

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

La ilustración que aparece en la portada está diseñada por Maysun Halah Bañón y a ella pertenecen los derechos.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Diccionario Lengua Antigua – Lengua Común

Capítulo 1



ANA

Sus ásperas manos me sujetan con fuerza, lanzándome contra el frío suelo de piedra. Parpadeo, abro los ojos y me encuentro rodeada de hombres de aspecto fiero, iluminados por la luz de varias antorchas.

Visten extraños atuendos, como si se hubiesen escapado de algún documental sobre la Edad Media. La habitación parece dar vueltas y apenas soy capaz de mantener el equilibrio. Joder, si esto es un mal sueño, sería un buen momento para despertar.

Sacudo la cabeza en un intento por salir de esta pesadilla, pero la humedad en el aire, el frío y el hedor a sudor, son demasiado reales.

—¿Qué coño es esto? —mascullo desorientada.

Desenvainan grandes espadas con una rapidez sorprendente, profiriendo gritos amenazantes que apenas soy capaz de comprender.

—Deberíamos matar a la intrusa, mi señor —ladra uno de ellos y me estremezco ante la furia que desprenden sus palabras. Estos hombres parecen vivir la violencia, la respiran.

Recibo un golpe en la espalda, seguido de un tirón de pelo que me obliga a mirar hacia el frente. Observo a otro hombre, mejor vestido que el resto, recostado sobre un enorme trono de roble tallado, adornado con pedrería. Está cubierto por terciopelo carmesí y la piel de algún animal. Levanta la mano, haciendo un gesto para que se detengan.

—¡Explícate! —ordena con voz ronca el hombre que se sienta en la pesada silla.

Petrificada, permanezco en silencio por unos instantes, eligiendo bien mis palabras antes de responder. Una tarea complicada, porque ni yo misma sé lo que ha ocurrido, así que difícilmente puedo explicarlo de una manera mínimamente coherente.

—No creo poder dar una explicación de lo sucedido —respondo con timidez mientras coloco detrás de mi oreja un rebelde mechón de pelo—. Caminaba por el bosque y no estoy segura de lo que ha pasado, pero creo que accidentalmente debí cruzar algún tipo de…

En ese momento hago una pausa, detengo mi explicación. No solo es cierto que no sé lo que ha ocurrido, sino que si utilizo las palabras “portal a través del tiempo”, estoy segura de que complicaré aún más las cosas.

Sin embargo, por más que mi mente se niegue a admitirlo, es la única explicación que encuentro, por disparatado que sea el razonamiento. Me gustaría que no fuese así, quisiera

pensar que sigo en algún tipo de sueño, aunque ya estoy tardando mucho en despertarme y todo esto me parece demasiado real como para tratarse de una pesadilla.

Recuerdo la extraña puerta de piedra en el bosque, entre la neblina, los inexplicables dibujos tallados en su arco que, por algún motivo, me resultaban familiares. Sobre todo, el sentimiento de asfixia al cruzarla, como si alguna fuerza extraña y muy poderosa estirase mi cuerpo. Más tarde, el vacío, inmenso e inescrutable, hasta aparecer en este lugar.

Joder, ¡qué estupidez! Los portales a través del tiempo no existen, son tan solo un invento de las películas de Hollywood y de escritores locos.

—¿Dónde estoy? —pregunto aturdida mientras mi cabeza sigue buscando en vano alguna explicación que pueda resultar mínimamente lógica.

Los hombres que me rodean se miran unos a otros extrañados y la sensación de pánico crece por momentos en mi corazón cuando escucho sus fuertes carcajadas y bufidos. Se dan codazos, riendo bajo unas barbas mal cuidadas, mostrando horribles dientes amarillentos o, en algún caso, la ausencia de ellos.

Empiezo a contemplar la posibilidad de haber cruzado realmente un portal temporal, por disparatada que sea la idea. En ese caso, supongo que habría aparecido de improviso en medio de la enorme habitación frente a ellos, como por arte de magia.

—¿He cruzado esa puerta? —pregunto señalando una pesada puerta de madera y forja que se encuentra a mi derecha. Mi voz no es más que un susurro tembloroso, pero provoca una nueva carcajada en los soldados que me rodean.

—No, has aparecido frente a ella. No has usado ninguna puerta —responde el hombre que se sienta en la gran silla de madera, que parece estar divirtiéndose a mi costa.

Abro la boca un par de veces para decir algo, pero las palabras se me escapan. Todo lo que puedo hacer es quedarme mirando a ese hombre, que se acaricia la barba negra mientras me mira entre curioso y entretenido. Solo quiero que se termine esta jodida pesadilla.

—¿Por qué vistes esos extraños ropajes? —pregunta, inclinándose ligeramente hacia mí —. Pareces proceder de tierras lejanas.

Su pregunta causa un incómodo silencio, atrayendo todas las miradas hacia mi camiseta negra de Iron Maiden y mis pantalones vaqueros. Las botas de motorista gritan a voces que no pertenezco a este lugar.

—Es una adoradora del diablo, mi señor —indica uno de los soldados, señalando el dibujo de mi camiseta y provocando varios gruñidos en sus compañeros.

Por fortuna, el hombre sentado en el trono de madera ordena envainar las espadas. Eso sin duda es señal de que no me considera una amenaza inmediata, aunque sus soldados no parecen convencidos, incluso uno de ellos aferra su mano a una cruz de madera.

—Pareces confusa —exclama el hombre, pasándose de nuevo la mano por la poblada barba negra—. Empecemos desde el principio. Estás en presencia de Uther Pendragon, heredero del trono de Camelot —mueve una mano enjoyada con brillantes anillos y pedrería hacia sí mismo al hablar—. Y ¿tú eres?

Me humedezco los labios, luchando por convertir en palabras mis aturdidos pensamientos tras lo que acabo de escuchar.

—Soy Ana —logro decir con un hilo de voz—. Ana de… de otro sitio.

La pesadilla se niega a desaparecer y lo que antes era imposible, empieza a parecer ahora una posibilidad real. O bien he atravesado algún tipo de portal en el tiempo o me he vuelto completamente loca y no sé cuál de las dos opciones prefiero.

—Muy bien, Ana de otro sitio, te ruego que me expliques lo mejor que puedas cómo

crees que has aparecido en esta estancia —solicita el hombre que dice ser Uther Pendragon, retorciendo los dedos—. Pareces confusa, pero no debes temer. No sufrirás ningún daño, a menos que tu presencia suponga una amenaza para la corona o el reino de Camelot —añade en tono educado.

A continuación, hace una pausa e inclina la cabeza, como si pretendiese examinar mejor a algún tipo de peculiar insecto frente a él.

—Te insto a que hables con claridad, por muy extravagante o disparatada que sea tu historia —agrega alzando las pobladas cejas.

—Supongo que he atravesado una especie de... portal. O una grieta en el tiempo —admito del tirón, cerrando los ojos sin atreverme a mirar su rostro.

Ya está. Ya lo he dicho. Las palabras que no quería pronunciar flotan ahora en el aire como fantasmas en un horrible silencio y espero temerosa la reacción de este hombre.

Para mi sorpresa, Uther Pendragon no parece demasiado asombrado con mi confesión, tan solo escucho el crujido de la madera cuando cambia de posición antes de ladear la cabeza y seguir con su interrogatorio.

—Y, ¿cómo se supone que has atravesado ese portal o agujero en el tiempo al que haces referencia? —inquiere con calma, mesándose la barba sin prisa.

—Lo cierto es que no lo sé. Caminaba por el bosque y, de pronto, me encontré con una extraña puerta de piedra con forma de arco que parecía estar rodeada de una inusual neblina.

Hago una larga pausa, eligiendo mis palabras con cuidado, porque ni yo misma sé cómo explicar lo que sigue.

—Al detenerme a observar los símbolos grabados sobre la piedra, una poderosa fuerza comenzó a tirar de mi cuerpo como si lo estuviese estirando. Me vi envuelta en una profunda oscuridad, era casi un vacío, sin luz ni aire. Y aparecí en esta sala. Vale, supongo que no me crees, ¿verdad? —pregunto encogiéndome de hombros.

Nada más terminar de hablar, los hombres que me rodean se inquietan y uno de ellos parece acercarse más a mí con gesto amenazador, hasta que Uther le hace una seña con la mano para que se detenga.

—Te referirás a mí como “su majestad” o “mi señor” y me hablarás en tono formal. Te lo perdonaré por esta vez dado tu origen extranjero, Ana de otro sitio —explica el supuesto heredero al trono sin perder la calma—. Ahora, por favor, continúa respondiendo a mi pregunta.

—Perdón, su majestad —me disculpo tragando saliva—. Como le iba diciendo, me encontré con esa extraña puerta de piedra en el bosque y aparecí en este lugar. No comprendo lo que ha ocurrido, supongo que fue simplemente casualidad. Imagino que si abro esa puerta y la atravieso no volveré a mi hogar, mi señor… su majestad —inquiero nerviosa, señalando la gran puerta de madera y forja que tengo a mi derecha, causando una nueva carcajada de los hombres que me rodean.

—Te llevará al pasillo principal del castillo, pero te animo a probar —bromea irónico el heredero al trono, provocando de nuevo las risas en sus secuaces.

Levanto los brazos lentamente en señal de que no pretendo hacer nada extraño ni peligroso. Los hombres me miran curiosos mientras me acerco a la gran puerta. El corazón me late con fuerza, aun sabiendo que las posibilidades de que me transporte de nuevo a mi hogar son más bien nulas.

Al llegar a ella, tiro con todas mis fuerzas, echando el cuerpo hacia atrás como contrapeso, hasta conseguir con dificultad abrirla lo suficiente como para deslizarme a

través de la abertura.

Nada más cruzarla, me encuentro con un gran pasillo de piedra. De algunas de sus paredes cuelgan tapices ornamentados y está iluminado con antorchas, como la habitación de la que acabo de salir.

Me encuentro también con la mirada atónita de varios hombres, que al verme echan mano a sus espadas, como ya habían hecho anteriormente los de la sala. Maldiciendo mi mala suerte, decido volver a franquear la puerta, esta vez en sentido contrario, rogando al cielo que obre un milagro y me encuentre de nuevo en mi mundo.

Mordiendo impaciente mi labio inferior y con las emociones a flor de piel, asomo la cabeza en la gran habitación, solamente para observar el rostro divertido de Uther Pendragon que me hace un gesto para que entre de nuevo. Sus acompañantes se lo están pasando en grande a mi costa.

Cierro los ojos y respiro hondo, temblorosa, exhalando lentamente mientras mi mente da vueltas a las distintas posibilidades. Empiezo a ponerme tan nerviosa que me cuesta respirar. Parezco estar perdida en otro tiempo y en otro lugar. Nada menos que en el reino de Camelot en una época anterior al rey Arturo.

No hay forma de regresar a mi mundo.

Siempre me he considerado una mujer fuerte, pero, al comprender la situación en la que me encuentro, se me escapan las lágrimas. Todo lo que sé de Camelot proviene de un par de películas famosas que he visto. Pero del Camelot anterior al rey Arturo, gobernado todavía por su abuelo Constantino y con Uther a punto de hacerse con el trono, no conozco nada de nada.

Tiemblo al comprender que quizá no volveré a mi hogar. Me estremezco pensando que debo permanecer en un mundo que no es el mío y del que ignoro sus costumbres. Lágrimas de impotencia brotan de mis ojos y debo apoyarme para no perder el equilibrio.

Al verme llorar, Uther ordena callar a sus hombres, que siguen riendo a carcajada limpia a costa de mi desgracia, y toma la palabra de nuevo.

—Te ruego que te calmes, Ana de otro sitio —dispone el heredero al trono—. Intentaremos buscar una solución. De momento, lo más juicioso será cambiar esos ropajes, no queremos llamar la atención más de lo necesario. Mis hombres son leales a la corona hasta la muerte, pero en el reino existen otras personas que no lo son tanto. Lo último que necesitamos es que empiecen a extenderse rumores de que ha aparecido una dama en los aposentos reales.

Asiento con la cabeza sin ni siquiera contestar. Estoy confusa y desesperada a partes iguales, deseando solucionar la extraña situación lo antes posible sin tener idea alguna de cómo hacerlo.

—¿Qué conoces sobre Camelot? —pregunta Uther de manera autoritaria.

—Prácticamente nada, su majestad —admito nerviosa, mordiendo con fuerza mi labio inferior hasta que siento el sabor de mi propia sangre.

Uther asiente pensativo antes de continuar hablando.

—Bien, supongo que podrías haberte materializado en algún lugar mucho peor. Por ahora, busca algún atuendo adecuado en esos baúles. Pertenecieron a mi esposa Igraine. Rara vez los usa ahora, espera un hijo. Cámbiate tras las cortinas, mis hombres no son de piedra —explica, señalando una amplia zona tras unas cortinas opacas—. Más tarde, iremos a ver a una persona que quizá pueda ayudarte o, al menos, podrá asistirnos a la hora de encontrar alguna explicación lógica a este extraño suceso.

Abro uno de los baúles y cojo lo primero que encuentro, una túnica verde que parece cómoda, aunque su tacto es áspero. No solo desconozco cómo visten las mujeres en este tiempo, sino que ni siquiera sé cómo ponerme la mayor parte de las prendas.

Con mi nueva ropa enrollada entre las manos, me dirijo a la zona detrás de las cortinas, cerrándolas para que ninguno de aquellos hombres pueda verme mientras me cambio.

La túnica verde oscuro me llega hasta los tobillos. Anudo los lazos de las mangas y me coloco un ancho cinturón de cuero para ajustarla a mi cintura. No tengo claro que esa sea la manera correcta de vestir el atuendo, pero al menos, llamará mucho menos la atención que mis pantalones vaqueros y camiseta negra de Iron Maiden.

Más problemático se presenta elegir el calzado. La reina Igraine tiene unos pies muy pequeños y no hay manera posible de utilizar alguno de sus horribles zapatos enjoyados. Opto por calzar unas botas de montar que deben de pertenecer al propio Uther y me quedan algo grandes.

Alisándome la túnica, estudio mi reflejo en un espejo de cobre pulido y apenas me reconozco.

Al menos, Uther Pendragon parece tener una mente muy abierta. Es sorprendente que no haya tomado mi aparición fortuita como una amenaza para su familia o para el reino. En ese caso, me encontraría en una mazmorra o, posiblemente, sin cabeza.

Capítulo 2



ANA

Vestida con las nuevas prendas, más acordes al lugar en el que me encuentro, abro las cortinas y salgo con mi antigua ropa en la mano. La áspera tela de la túnica me roza la piel, pica, nada que ver con las camisetas de algodón a las que estoy acostumbrada.

Respiro hondo, preparándome mentalmente para lo que pueda venir a continuación. Soy consciente de que debo ser muy cuidadosa a la hora de hacer cualquier comentario y evitar a toda costa que Uther o su padre puedan pensar que represento de alguna manera una amenaza para ellos.

—¡Quemad esos ropajes! —ordena Uther Pendragon a uno de sus subordinados, señalando a la ropa que llevo en la mano y chasqueando los dedos—. No queremos que nadie los encuentre, sería un incordio explicarlo.

Sin discutir, asiento con la cabeza y le entrego mi antigua ropa a un hombre con una gran cicatriz en la cara. Prácticamente, me las arranca de la mano y sale de la habitación a grandes zancadas. A continuación, Uther me hace una seña para que le siga. Camino tras él por los largos pasillos de piedra del castillo, maravillada, sin poder apartar la vista de todo lo que observo a mi alrededor.

A pesar de ser de día, el pasillo por el que caminamos está solamente iluminado por la tenue luz de las antorchas y unos pequeños ventanucos que apenas filtran algo de claridad. Uther camina con decisión, cada uno de sus pasos resonando sobre el frío suelo de piedra. A la izquierda, pasamos varias puertas de madera reforzada con bandas de hierro forjado que les dan un aspecto sólido y pesado.

Por un instante, salimos a un patio interior, donde varios hombres vestidos con cotas de malla blanden espadas en lo que supongo que es para ellos un entrenamiento, aunque a mí se me ponen los pelos de punta al verlos. Un poderoso caballo de guerra relincha algo más allá, sus fuertes patas golpean el suelo.

Nos adentramos en otra zona del castillo, y una imponente armadura vacía monta guardia junto a una puerta decorada con el emblema de un dragón.

—Si me lo permite, majestad, parece que os habéis tomado muy bien mi aparición repentina en vuestros aposentos —comento, asombrada de que el heredero al trono intente ayudarme en vez de encerrarme en una mazmorra. Lo normal en esta época supongo que

sería pensar que soy algún tipo de hechicera, una espía o quizá, un demonio.

—Esto es Camelot, Ana de otro sitio —responde con naturalidad—. A veces, ocurren cosas verdaderamente extrañas y mi labor como heredero al trono es determinar si esos sucesos inusuales representan una amenaza para el reino o si tan solo son anormalidades. No pareces una gran amenaza. Se te ve débil y no portas armas, aunque uno nunca puede estar demasiado seguro. Por eso quiero que te evalúe una persona que sabe mucho más que yo sobre sucesos extraños —contesta Uther, encogiéndose de hombros y sin dejar de caminar.

—¿Y quién sería esa persona, si se me permite preguntar? —indago, esperando encontrarme con el mismísimo mago Merlín.

—Lo verás en tan solo unos instantes —responde el heredero sin dar más pistas—. Por lo pronto, tengo bastante claro que tú no has creado ese portal o agujero o lo que sea que te ha permitido viajar en el tiempo. Si es que verdaderamente lo has hecho y no es producto de tu imaginación febril o de algún conjuro —agrega entretenido.

Mientras caminamos, reflexiono sobre la información de la que dispongo hasta este momento. Me encuentro en Camelot, con la reina Igraine embarazada, seguramente del propio rey Arturo. Pero ¿vivía Merlín aquí o era tan solo una leyenda?

La única referencia que tengo sobre él son dos famosas series de televisión. En una de ellas, Merlín tenía más o menos la edad del rey Arturo, con lo que no habría nacido todavía o sería un bebé, así que no podré encontrármelo.

En la otra, Merlín era algún tipo de ser que había vivido muchísimos años, repleto de demonios personales y con afición por las bebidas alcohólicas. En ese caso, casi prefiero no encontrármelo. Puedo vivir sin conocerle.

Posiblemente, ninguna de las dos versiones sea la correcta, aunque ya no sé qué es verdad y qué es mentira. Siempre había pensado que Camelot era tan solo una leyenda y, en cambio, aquí me encuentro.

Con la mente convertida en un avispero de ideas, llego a la conclusión de que lo mejor será desterrar cualquier información que posea de antemano. Es más seguro ir aprendiendo sobre la marcha, basándome en la evidencia. Supongo que la información sacada de un par de series de televisión no sea muy útil en la práctica.

Atravesamos una gran sala repleta de gente que al verle, se desvive en reverencias ante Uther, ignorando por completo que le sigo. Al menos, ya sé que la ropa que he elegido me permite pasar desapercibida en este palacio, porque parezco invisible para ellos.

Al llegar a una puerta de color negro, Uther se detiene de improviso y llama tres veces con los nudillos.

—¡Adelante! —grita una voz de mujer en su interior.

Sigo al príncipe Uther y nos adentramos en una gran sala repleta de artilugios extraños y frascos que parecen contener algún tipo de poción o raros animales muertos. También puedo ver correas dispuestas en las paredes y una de las sillas para inmovilizar a una persona y mi corazón se dispara de inmediato. Quien supuestamente me va a ayudar, quizá quiera experimentar conmigo.

Al fin y al cabo, eso sería justamente lo que harían los científicos del siglo XXI si de pronto apareciese alguien de otro tiempo o de otra galaxia. Posiblemente, le encerraríamos en algún lugar recóndito, un laboratorio secreto en medio del desierto o algo así. Haríamos un montón de pruebas, seguramente sin importarnos la salud o el sufrimiento de ese ser. Y nos consideramos evolucionados.

—Todo va perfectamente con el embarazo de su esposa, majestad, no preveo complicaciones —exclama una mujer joven, acercándose a nosotros.

—Muchas gracias, Nimue, es un alivio escuchar tus palabras —responde el heredero al trono con una amplia sonrisa.

Nimue.

Ese nombre lo recuerdo de la información que poseo de mi tiempo. Desde luego, no esperaba asociarlo a una mujer joven y guapísima. Siempre había relacionado a Nimue con una bruja o una dama del lago; en cambio, frente a nosotros aparece una mujer con unos rasgos bellísimos y una piel algo más oscura que la del resto de los ciudadanos con los que me he cruzado hasta el momento.

—De hecho, ese no es el motivo que me trae a tus aposentos. He venido a pedirte ayuda —aclara solemne Uther, sin perder más tiempo del necesario—. Esta es Ana de otro sitio, dime qué puedes percibir en ella.

La mujer se me queda observando durante un buen rato con la cabeza inclinada hacia un lado, frunciendo el ceño mientras me escudriña con la mirada.

—¿De dónde vienes? —titubea.

—Posiblemente de otro tiempo —respondo con un hilo de voz, esperando que mi respuesta no me ocasione más problemas.

—Eso ya lo veo. Estamos en el año ciento treinta y dos de la era de Camelot. ¿Provienes del pasado o del futuro? —inquiere, como si su pregunta fuese algo natural.

—Yo diría que del futuro —balbuceo asustada.

—Entiendo. Es interesante, ¿puedo tocarte? —pregunta, clavándome unos preciosos ojos color avellana.

Preocupada, dirijo la mirada hacia Uther, como pidiendo instintivamente su aprobación, por algún motivo me fio de este hombre. Con su aspecto frágil y ese precioso rostro, Nimue no parece una mujer peligrosa, pero si la mitad de las leyendas son ciertas, podría matarme simplemente susurrando un conjuro.

—Adelante, no tienes nada que temer, Ana de otro sitio, Nimue es de mi más absoluta confianza —indica Uther Pendragon.

—Vale —acepto tragando saliva.

—Perdona mi curiosidad, ¿Vale significa que es válida mi proposición en el dialecto de tu tiempo? —insiste Nimue.

—Sí, sí, adelante —asiento nerviosa.

—Comprendo tu preocupación, Ana de otro sitio, pero no deseo hacerte ningún mal, solamente pretendo ayudarte. Si hay algo que hemos aprendido sobre Camelot es que las cosas más extrañas casi siempre ocurren por alguna razón. Es como si la magia protegiese la ciudad. Me gustaría entender qué es lo que ha causado que alguien del futuro viaje a través del tiempo para llegar hasta nosotros —explica sonriendo y acercándose un poco más a mí —. Sin duda has venido por algún asunto de extrema gravedad.

Con mucho cuidado, Nimue desabrocha el lazo de la túnica que llevo puesta y desliza su mano hasta mi pecho. La coloca sobre mi corazón, que salta varios latidos al sentir su cálida piel sobre mi seno izquierdo.

—Debes relajarte —exclama con expresión concentrada.

Entorno los ojos. No sé cómo puedo calmarme en estas circunstancias, o con su mano rozando la parte superior de mi pecho.

La habitación se queda en el más absoluto de los silencios, salvo por el crepitar de las

antorchas. A pesar del nerviosismo, debo luchar para que no se me escape un suspiro cuando Nimue retira su mano, dejándome un vacío en la piel.

Frunce el ceño, arruga la nariz de un modo adorable y me clava la mirada. Coloca de nuevo la mano sobre mi pecho, palpándolo, examinándome con curiosidad. Por sus gestos, parece atónita, lo que no sé bien cómo interpretar.

—Es muy extraño —exclama la hechicera.

—¿Qué es muy extraño? —pregunta Uther con preocupación mientras se lleva instintivamente la mano a la espada.

Esta vez, Nimue no retira su mano, la mantiene sobre mi pecho izquierdo y el esfuerzo por no revelar que me está haciendo temblar es inmenso. De pronto, me arden las mejillas y creo que me pongo roja como un tomate. ¿Es capaz de percibir mi excitación?

—Es poseedora de magia —suelta de pronto—. Una magia casi indetectable. No se extiende alrededor de su cuerpo, como ocurre en las pocas personas que estamos conectados de algún modo con la energía mágica. Ella posee esa magia dentro de su cuerpo. Es como si estuviese guardada en una pequeña semilla cerca de su corazón. Nunca había visto nada similar. Tampoco he leído sobre ello en los viejos manuscritos de la gran biblioteca.

—¿Representa un peligro? —inquiere Uther, sin soltar la empuñadura de su espada.

—No lo creo, ni siquiera parece saber que es poseedora de esa magia. Es más como una semilla latente, esperando que la lluvia caiga sobre ella para germinar —reconoce Nimue, sin dejar de mirarme a los ojos—. O quizá sean simplemente trazas de magia al atravesar ese portal temporal al que se refiere. Esa sería seguramente una explicación más coherente —concluye.

—¿Existe algún hechizo o modo de devolverla a su tiempo? —demanda el heredero al trono en tono severo.

—Como su majestad sabe bien, nada es imposible, aunque en estos momentos admito que no tengo ni la menor idea de cómo hacerlo.

—¿Qué haría falta? —insiste Uther.

—Lo primero que debo comprender es cómo ha llegado hasta nosotros y si existe una razón para que eso haya ocurrido. Una vez entendida esa parte, quizá podamos devolverla al tiempo al que pertenece. Sin embargo, los viajes temporales es algo que va mucho más allá de mi comprensión de la magia o incluso de la de Merlín —confiesa la hechicera.

Al escuchar esa frase, se me hiela la sangre. Merlín existe en este tiempo. No solo eso, sino que debe ser ya un poderoso mago, por el comentario que Nimue acaba de hacer. Ha implicado que su manejo de la magia es superior al que ella tiene. Sin embargo, no parece estar colaborando con Uther Pendragon o con su padre, el rey Constantino. De lo contrario, me encontraría ante él en estos momentos, y eso no sé si es bueno o malo.

—Si me lo permite, majestad, me gustaría conversar un rato con Ana de otro sitio para tratar de comprender cómo ha llegado hasta nosotros. Quizá, si me relata su experiencia, pueda aportar algo de luz al misterio que nos ocupa y podamos devolverla a su hogar —solicita Nimue, a lo que Uther asiente abandonando la estancia con un gruñido.

Capítulo 3



ANA

En cuanto nos quedamos a solas, Nimue toma mi mano derecha entre las suyas. La acaricia de manera distraída con el dedo pulgar y me clava en el alma sus ojos color avellana antes de empezar a hablar.

—La magia es algo muy complicado, Ana —expone con una profunda respiración—. Desde que el mundo es mundo, desde que existe tal y como lo conocemos, la magia rodea todas las cosas; fluye salvaje, aunque su poder se va debilitando con el tiempo. Cuentan que hace cientos de años era mucho más poderosa de lo que lo es ahora. En la actualidad, se concentra en unos pocos reductos, como por ejemplo, bajo el suelo que pisamos.

—¿Quieres decir que Camelot es un lugar mágico? —pregunto con sorpresa, sin saber ya qué debo pensar o creer.

—Sí, Camelot se construyó sobre un potente reducto de magia con la esperanza de poder controlarlo y mantenerlo contenido. Los creadores de la ciudad pensaban, con razón, que la magia es algo muy peligroso como para no tenerla bajo control. En cambio, existen personas que preferirían que la magia fluyese libre como en los tiempos antiguos para poder aprovechar su poder —explica Nimue con voz pausada.

—Pero, tú utilizas la magia, eres una hechicera.

—Yo tengo una conexión con la magia de este lugar y la canalizo para ayudar a los habitantes de Camelot. Unas pocas personas somos todavía capaces de conectarnos con la magia. Supongo que es algo que hemos ido perdiendo a medida que pasaron los años. En cambio, es solamente una conexión, nuestra capacidad es limitada, muy limitada —reconoce la hechicera.

—¿No sería mejor para ti que la magia fluyese libre? —inquiero sin ser capaz de comprender por qué prefiere contenerla.

—Si la magia fluyese libre me daría más poder, de eso no cabe ninguna duda, pero al mismo tiempo, sería mucho más peligroso. Utilizar la magia siempre tiene sus consecuencias y no las conocemos con exactitud, ni siquiera los tres Primigenii las entienden a la perfección. Si contenemos la magia, estamos todos mucho más seguros y podemos servirnos de ella en pequeñas cantidades para hacer el bien —apunta Nimue sin soltar mi mano—. La magia te cambia, a veces a un nivel demasiado profundo.

—¿Los tres Primi qué? —interrumpo extrañada.

—Son seres que han convivido con la magia cientos de años, quizá miles. No se sabe bien si son inmortales o la magia ha modificado su existencia, alargando su vida de manera artificial. Provienen de una época en la que la magia era mucho más poderosa y con el tiempo han aprendido a controlarla, aunque como te digo, ni siquiera ellos conocen cada una de las consecuencias que puede ocasionar —admite Nimue, encogiéndose de hombros.

—¿De dónde han salido esos seres?

—Nadie lo sabe, ni siquiera ellos mismos, o al menos nunca lo han dicho. Tampoco conocemos si en algún momento existieron más de tres, ya que ellos no te lo dirán. Son un misterio para nosotros. Uno de ellos ha ayudado a Camelot en épocas de grandes crisis. Él fue quien diseñó el castillo sobre el reducto mágico para poder controlar la magia salvaje. Aun así, vivir sobre tal cantidad de energía hace que a veces ocurran cosas muy extrañas —explica la hechicera alzando las cejas y esbozando una preciosa sonrisa.

Por lo que he podido ver hasta ahora, Nimue es muy diferente a lo que cuentan en las películas. Es una chica muy joven, con una sonrisa preciosa y unos ojos dulcísimos. Parece tener una posición alta dentro del reino, aunque ella misma reconoce sus limitaciones. No tiene nada que ver con la Nimue poderosa y amenazante que creí que me encontraría.

—En cuanto a lo de ocurrir cosas raras, Uther también lo comentó y por eso dijo que no le había preocupado demasiado mi aparición repentina en sus aposentos. Aunque reconozco que, por un momento, pensé que sus hombres me matarían —bromeo un poco más calmada.

Nimue hace una pausa, se queda pensativa por unos instantes y su rostro se vuelve rígido.

—Un viaje en el tiempo es algo muy serio. Desde luego, yo nunca lo había visto. Tampoco está descrito en ninguno de los manuscritos antiguos de la gran biblioteca. Eso indica que, o nadie lo ha hecho con anterioridad, o se trata de algo completamente prohibido: un hechizo que utiliza magia oscura, una magia desconocida para mí. Yo diría que…

—¿Podrás devolverme a mi tiempo? —interrumpo con algo de brusquedad.

—Si te soy sincera, no tengo ni la menor idea de cómo hacerlo —admite la hechicera—. Como te estaba diciendo, abrir un portal en el tiempo requiere una magia muy poderosa y totalmente desconocida para mí. Sin embargo, tengo la impresión de que no es casualidad el que hayas aparecido de repente justo en estos momentos.

—¿A qué te refieres?

—Hay rumores de que Camelot se encuentra en un grave peligro. Si el Primigenius aparece para ayudarnos, como ha hecho en otras ocasiones, quizá él conozca la respuesta. Mientras tanto, ¿por qué no me cuentas con el máximo de detalle todo lo que recuerdes? Cualquier cosa puede ser importante, aunque te parezca una tontería —agrega Nimue, recuperando la sonrisa en sus labios.

Su respuesta vuelve a ponerme muy nerviosa, coloco los codos sobre la gran mesa de madera y escondo mi rostro entre las manos, dejando que las lágrimas tomen el control. Esto no puede estar ocurriendo, tiene que ser algún tipo de mal sueño. La magia no existe, y mucho menos los viajes en el tiempo. Yo tengo mi vida, mis amigos, mi trabajo. Debo volver a la normalidad.

—Encontraremos una solución, viajera del tiempo —susurra la hechicera, acariciando con suavidad mi espalda—. Ahora, cuéntame todo lo que recuerdes, por favor.

—No le encuentro ningún sentido —reconozco, todavía escondiendo la cara entre mis manos—. Había salido al campo en mi moto para observar las Perseidas con el telescopio y

sacar algunas fotografías, son una lluvia de meteoros que se suele ver con mayor claridad en agosto. Ya tenía montado el trípode y, de pronto, oculta bajo unos…

—No he entendido nada de lo que me has dicho —interrumpe la hechicera.

—Perdón.

Me disculpo, recordando que estamos en una época con una tecnología muy diferente y hago una pausa para ordenar mis palabras.

—Había salido al campo para ver las estrellas y de pronto, oculto bajo unos arbustos, me topé con un extraño pórtico de piedra que no conducía a ningún sitio. Simplemente, estaba allí, rodeado de una ligera neblina. Cuando me coloqué bajo ese arco para observar unas runas talladas en la piedra, sentí que me quedaba sin aliento. Era como si alguna fuerza extraña estuviese estirando mi cuerpo y aparecí en los aposentos de Uther. Es todo lo que recuerdo —reconozco, abriendo las manos en señal de disculpa y consciente de que no soy capaz de aportar demasiada información ni ser de gran ayuda.

—¿Puedes describir ese pórtico? —pregunta Nimue, sacando un pergamino y una pluma —. ¿Podrías dibujarlo?

—Yo dibujo muy mal, pero bueno, era un pórtico creado con grandes piedras negras que parecían haber sido seleccionadas con mucho cuidado para que encajasen a la perfección. El pórtico hacía un arco, y cada una de las piedras tenía una especie de dibujo grabado en ellas, como si fuesen runas celtas que brillaron de pronto con la luz de la luna. Eso fue lo que me atrajo a observarlas más de cerca.

—¿Runas?

—Sí, algo así. Debajo del arco había una runa más grande que las demás y en el momento en que me coloqué bajo ella fue cuando fui transportada hasta este lugar —explico, dejando escapar un suspiro de desesperación mientras seco las lágrimas con el reverso de la mano.

—Y has ido a parar directamente a los aposentos de Uther —puntualiza Nimue—. Posiblemente, el lugar más seguro para materializarte de repente de todo el reino.

—No te entiendo —me disculpo, frunciendo el ceño.

—Si hubieses aparecido en cualquier otro punto, posiblemente estarías muerta, o como mínimo en las mazmorras. Por el contrario, Uther parece tener una atracción especial hacia cualquier suceso extraño o que desafíe las leyes de la naturaleza. Le resulta muy divertido e interesante, algo que cuando sea rey puede llegar a ser muy azaroso, porque no es capaz de distinguir los peligros. Es como si la magia te hubiese llevado al espacio más seguro para ti, como si tratase de protegerte —aclara la hechicera, asintiendo lentamente con la cabeza.

—Supongo que debo considerarme afortunada de seguir viva entonces, aunque esté lejos de mi casa en un tiempo y un lugar totalmente desconocidos para mí —admito en tono irónico, con un nuevo suspiro de desesperación.

Nimue sonríe y vuelve a coger una de mis manos, apretándola con ternura, lo que contribuye a que me calme un poco.

—Debes prometerme una cosa, Ana de otro sitio. Si en algún momento sientes que te encuentras mal o diferente, tienes que acudir a mí de inmediato. Es probable que haberte visto envuelta en una magia tan poderosa tenga alguna consecuencia que desconocemos.

Incluso puede que la pequeña semilla de magia que llevas dentro, ya sea magia auténtica o trazas de ella por cruzar el portal, se vea afectada por los picos de energía que recibimos del subsuelo. En estos momentos son mucho mayores, quizá porque Igraine está a punto de dar a luz. No te acerques a las mazmorras, allí lo sentirías mucho más —advierte Nimue.

Asiento lentamente con la cabeza con un nuevo suspiro de preocupación y observo una de mis piernas moviéndose nerviosa por debajo de la mesa. Cada momento que pasa, cada nueva información que recibo, me vengo más abajo sin ser capaz de ver una solución al embrollo en que me encuentro.

—¿Dirías que es muy probable que esa magia me afecte? —pregunto con voz temblorosa.

—No lo sé, viajera del tiempo, esta situación es tan nueva para mí como para ti. Quienquiera que haya creado ese portal domina una magia que yo ni siquiera comienzo a entender, es un poder que se me escapa por completo. Ni siquiera sabía que eso era posible. Siento no poder ayudarte más, tendremos que ir evaluando sobre la marcha, por eso es tan importante que me avises de cualquier cambio. Ahora, por favor, ¿podrías dibujar la puerta en el pergamino? —solicita, esbozando una dulce sonrisa y señalando a la pluma.

Capítulo 4



ANA

Permanezco pensativa durante unos instantes mientras Nimue sale de la habitación en busca de uno de los manuscritos antiguos que se conservan en lo que ella llama la Gran Biblioteca. Sentada sobre un banco de madera, aprovecho para reflexionar, agobiada, sobre lo que me está ocurriendo. Dentro de lo extraño de la situación, lo que más me despista es que el Camelot al que he ido a parar es muy diferente al de las historias que se cuentan en mi tiempo.

Siempre había pensado que era algo que pertenecía a la ficción, al menos, en una gran parte; una serie de leyendas basadas en posibles hechos reales sin definir.

En cambio, aquí estoy, en los aposentos de Nimue en el castillo de Camelot. Y esta mujer parece un ser encantador que nada tiene que ver con la imagen que se describe en las leyendas que yo conozco. Uther, por su parte, es una persona confiada y abierta de mente, pero tampoco parece ser el inútil que reflejan algunas de las historias.

Han comentado que Igraine está embarazada y a punto de dar a luz y Nimue ha mencionado que los picos de magia se incrementaron recientemente. Prefiero no decir nada, pero es posible que se deba al cercano nacimiento del rey Arturo, algo que, seguramente, podré presenciar en directo. Bueno, no de manera literal, en eso no tengo ningún interés, pero quizá pueda vivir en tiempo real un acontecimiento histórico.

Para rematar la caótica situación, me entero de que la magia existe, aunque en el futuro del que provengo haya desaparecido por completo. Al menos, eso creo, porque ya no puedo estar segura de nada.

Por otra parte, las palabras de la hechicera, admitiendo que el sortilegio utilizado para abrir el portal temporal es mucho más poderoso de lo que ella es capaz de comprender, me ha puesto nerviosa. Tanto que me cuesta respirar. Todas mis esperanzas estaban depositadas en ella, en vista de que Merlín no parece estar por aquí.

Dentro de todo este caos, Nimue es la única luz que percibo. Tan solo con mirarme con esos ojos color avellana, consigue que me calme y, dadas las circunstancias que estoy viviendo, eso ya es mucho. Espero que no se esté dando cuenta, pero incluso debo hacer un esfuerzo para no suspirar cada vez que me coge de la mano. Nimue, qué bello nombre.

—Siento no haber regresado antes, confío en que hayas avanzado con la hechicera —

exclama Uther Pendragon, alzando la voz tras abrir la puerta sin ni siquiera llamar, lo que me causa un gran sobresalto—. Mi mujer, Igraine, está un poco agitada con el embarazo, hemos perdido a los dos bebés anteriores y los picos de magia que experimentamos en estos últimos días la están poniendo aún más nerviosa de lo habitual.

—Lo siento mucho, majestad —respondo con educación, con el corazón todavía acelerado del susto que me ha dado al abrir la puerta de golpe.

—Nimue dice que este bebé es más fuerte. Parece estar conectado de algún modo con la magia, y el embarazo ha sido más largo que los anteriores. Tenemos muchas esperanzas de que llegue a término y de que sea un niño —añade Uther orgulloso.

—¿Nimue puede conocer el sexo del bebé? —pregunto curiosa, olvidando de manera momentánea mis preocupaciones.

Es cierto que están muy lejos de poseer la tecnología necesaria, aunque quizá la magia que consigue canalizar pueda proporcionarle esa información. Uther me observa extrañado al escuchar mis palabras.

—En el caso de que pueda, no nos lo ha dicho —admite el heredero al trono—. Nimue siempre ha sido muy buena guardando secretos, sé que puedo confiarle cualquier asunto de importancia.

—Parecen muy unidos —expreso, sintiendo algo de celos, sin saber por qué.

—Lo estamos desde hace algunos años. Ella no ha nacido en Camelot. Es cierto que su familia proviene de esta tierra, pero vivieron muchos años lejos de aquí, tratando de esconder la verdad de lo que era su hija. Cuando regresó al reino, sintió una conexión muy fuerte con la magia que nos rodea y mi padre la acogió bajo su protección, poniendo los antiguos pergaminos de la biblioteca a su disposición. Ha sido una suerte, es una magnífica hechicera, mucho mejor que el mago que nos servía antes. Ese inútil causaba más problemas de los que solucionaba. Es la persona que más sabe de la magia de Camelot si exceptuamos a los Primigenii —añade Uther.

—¿Sus padres viven en aquí? —pregunto con curiosidad.

—No, sus padres son gente humilde que se vieron sobrepasados por el poder de su hija. Existen muy pocas personas capaces de canalizar la magia, y digamos que Camelot es de los pocos reinos en los que no se les persigue. La mayor parte de las casas reales reniegan de la magia, no se fían de ella por los problemas que ha causado en el pasado y la han prohibido en sus tierras. En la mayor parte de los reinos, Nimue habría muerto quemada en la hoguera —explica con voz calmada.

No deja de hacerme cierta gracia que Uther Pendragon parezca más un profesor de universidad que el heredero al trono de Camelot. Es una persona extremadamente curiosa y confiada, a la que le gusta aprender y experimentar nuevas situaciones. Su ansia por conocer los aspectos del mundo mágico y de explicarme con detenimiento lo que conoce, no dejan de sorprenderme.

—¡Vayamos a ver a mi padre, el rey!—exclama de pronto, haciéndome una seña para que me levante.

—Le he dicho a Nimue que la esperaría aquí. Debo tratar de dibujar alguna de las runas del portal que he atravesado —me quejo molesta, esperando poder pasar más tiempo a solas con ella—. Además, mi señor, no sé si es buena idea que el rey conozca que he aparecido de repente en Camelot, viajando en el tiempo desde el futuro —añado en un desesperado intento por convencerle.

—Oh, no te preocupes por Nimue, enviaré a uno de mis hombres a buscarla a la gran

biblioteca y se unirá a nosotros en el salón del trono.

—Pero, señor —interrumpo.

—En cuanto a tu preocupación por que mi padre lo sepa, yo tampoco sé si es buena o mala idea, pero estoy seguro de que es mucho mejor que esconderte. Si llegase a enterarse de que has viajado en el tiempo desde el futuro y te estamos escondiendo, entonces sí que se lo tomaría muy mal. Y con razón. Además, quizá él pueda convocar al Primigenius para que conozca tu caso —interviene en su tono calmado habitual.

Por supuesto, no me queda más remedio que obedecer. Al fin y al cabo, no estoy en posición de negociar con el heredero al trono tras aparecer en sus aposentos en unas condiciones más que extrañas e inexplicables.

Tengo muy claro que si quiero regresar algún día a mi casa, debo confiar en Uther y en Nimue. Y, si mi estancia en Camelot se alarga, lo último que necesito es poner en mi contra al heredero al trono del reino, alguien quien podría encerrarme o condenarme a la hoguera con tan solo un gesto.

De nuevo, le sigo por los largos pasillos del palacio hasta llegar a una zona que parece más noble y pienso en lo mucho que me va a costar orientarme en este castillo si un día me dejan sola.

Calculo que puedo llevar aquí aproximadamente dos o tres horas; entré en aquel portal por la noche y llegué a Camelot de día, cosa que no entiendo, pero el sol estaba ya muy alto. Ahora, el cielo empieza a teñirse de un rojo precioso, lo que me indica que comienza a atardecer.

Las pocas horas que llevo aquí han sido una auténtica montaña rusa de emociones y sentimientos opuestos. Siento un agobio infinito por encontrarme en una época completamente desconocida para mí y ni siquiera saber cómo he llegado. Me produce mucha ansiedad desconocer si algún día seré capaz de volver a mi casa. Sin embargo, al mismo tiempo, crece en mí un extraño sentido de la aventura, una oportunidad de vivir en persona una parte de la historia.

Pero estoy agotada, y solo espero que la reunión con el rey Constantino no se alargue demasiado. Sobre todo, que me proporcionen algún sitio cómodo en el que descansar. Ya ni siquiera pido una cena, con tanto ajetreo se me ha quitado el hambre, solo quiero acabar cuanto antes con el rey y reposar.

Uther se detiene de pronto ante una pesada puerta con dos caballeros armados a la entrada. Le hacen una reverencia al acercarse, mientras un tercero la abre para permitirnos acceder a un enorme salón de cuyas paredes cuelgan hermosos tapices con temas de caza o de batallas.

—El salón del trono —anuncia Uther Pendragon en cuanto franqueamos la puerta.

Capítulo 5



ANA

La sola magnitud del salón del trono es suficiente para que el corazón se sobrecoja. La luz parpadeante de las antorchas danza sobre los tapices desgastados que cuelgan de la pared, reflejándose en las armaduras que flanquean ambos lados de la estancia.

El rey Constantino se encuentra sentado sobre un formidable trono rematado en motivos dorados, rodeado de antiguos libros. Aunque envejecido y desgastado, su presencia es imponente. Me evalúa con una mirada dura como el acero y rezo para que mi extraña presencia no signifique mi perdición. Con una seña de su mano derecha, indica a los hombres que le rodean que nos dejen a solas.

El viejo rey sonríe al vernos entrar, solicitando que nos acerquemos y nos sentemos a su lado.

—¿Qué necesitas, hijo mío y quién es la dama que te acompaña? —indaga, mirándome con curiosidad.

—Padre, esta es Ana de otro sitio. Aparentemente, es una viajera del tiempo —responde Uther con la naturalidad que le caracteriza.

Constantino se queda en silencio, los ojos muy abiertos. Se inclina en modo ceremonioso hacia delante sobre el trono, como queriendo observarme mejor, y ladea la cabeza, acariciando su blanca y frondosa barba. Su presencia impone mucho más respeto que la de Uther, a pesar de que la edad va pasando factura a su cuerpo, a juzgar por los ligeros temblores en las manos.

Me mira una y otra vez, quizá ponderando las palabras de su hijo hasta que, por fin, se decide a hablar.

—Es la primera vez que veo a una viajera del tiempo —admite en tono calmado—. Ni siquiera he leído nunca que se pudiese viajar en el tiempo. ¿Provienes de un tiempo pasado o futuro?

—Del futuro, mi señor —respondo con educación, queriendo que mi visita al rey se acabe cuanto antes.

—Debes ser una hechicera muy poderosa para poder controlar el tiempo a tu antojo —afirma casi con veneración mientras se levanta para observarme más de cerca.

—Padre, Ana de otro sitio no es una hechicera —interrumpe Uther apresurado—.

Podríamos decir que es una viajera accidental. Se encontró con un portal mágico y, al atravesarlo, apareció en mis aposentos.

El rey Constantino se detiene ante las palabras de Uther. Deja escapar un gran suspiro, aunque no tengo claro si es de alivio o de decepción, casi diría que lo segundo, porque parece haber perdido gran parte de su interés inicial.

Aparentemente cansado, vuelve a dejarse caer sobre el gran trono y reflexiona, pasando la mano derecha por la barba mientras me observa.

—¿Habéis hablado con Nimue? —indaga, como si de pronto se hubiese acordado de que tienen una hechicera a su servicio en el palacio. Al escuchar su nombre siento una extraña sensación de nostalgia.

—Sí, padre —responde Uther solícito—. Nimue ya ha examinado a la viajera y en estos momentos está buscando entre los antiguos pergaminos alguna pista que nos pueda aclarar lo ocurrido.

—¿Y bien? ¿Cuál es su impresión inicial? —insiste el viejo rey.

—Lo cierto es que Nimue tampoco recuerda haber leído nada sobre viajes en el tiempo —exclama Uther a modo de disculpa—. Afirma que debe tratarse de una magia muy poderosa, posiblemente oscura, notablemente por encima de la que ella posee.

—Me pregunto si puede tener algo que ver con los picos de magia que estamos experimentando durante estos días —reflexiona el rey Constantino—. ¿Ha considerado Nimue la posibilidad de que Merlín pueda estar involucrado en este extraño suceso?

Al escuchar el nombre del mago Merlín, el rostro de Uther se torna pálido y parece titubear, ponderando bien sus palabras antes de contestar a su padre.

—Nimue no ha mencionado nada, si bien supongo que es una posibilidad que quizá esté barajando. Esperemos a que termine su investigación en la biblioteca de los antiguos manuscritos y veamos si puede aportar algo de luz a este misterio —aclara Uther carraspeando la garganta.

El viejo rey vuelve a hacer otro largo silencio y es evidente que Uther ya no se encuentra cómodo con esta situación. El heredero al trono es como un libro abierto en cuanto a su actitud. Lo que hasta hace unos instantes parecía un juego entretenido, al escuchar el nombre del mago Merlín se ha convertido en algo que parece incómodo o peligroso. En cualquier caso, eso me confirma que Merlín no solo existe en este tiempo, sino que es ya un poderoso mago.

—Camelot es un lugar muy complejo —tercia el rey Constantino, retomando la palabra y dirigiéndose a mí—. No sé cuánto te habrán contado mi hijo o Nimue. A veces, ocurren cosas muy extrañas.

—¿Extrañas, majestad?

—Para empezar por lo más obvio, existe una gran reserva de energía mágica bajo este lugar desde que se tiene memoria —prosigue —. Se cuentan terribles historias de lo peligroso que era hasta que se empezó a controlar construyendo la ciudad sobre ella con la ayuda de uno de los Primigenii.

—¿Del mago Merlín? —pregunto sin pensar, mis ojos iluminados por la curiosidad, suponiendo que es obra suya.

—¿Qué sabes de Merlín? ¿Acaso existe en tu tiempo? ¿Por ventura le conoces? —replica el rey, sobresaltado.

Algo extraño ocurre con ese nombre. Cada vez que se menciona, tanto Uther como el rey se ponen muy nerviosos, así que decido mantener la cautela y contestar con evasivas,

disimulando todo lo mejor que puedo.

—No, majestad. Desde luego, no le conozco, ni sé realmente nada de él. Estoy totalmente segura de que no ha llegado a mi tiempo. En mi mundo solamente perduran leyendas y habladurías sobre Camelot, Merlín, su hijo Uther, Nimue, el rey Arturo. Nada que pueda considerarse como cierto y…

—¿Cómo que el rey Arturo? —Interrumpe Uther con un chillido estridente, mirando aterrorizado hacia su padre.

—Sin duda es un rey muy posterior, mi señor, si es que alguna vez ha existido —rectifico, dándome cuenta de que he vuelto a tocar un tema que, por algún motivo, parece ser delicado. Debo medir bien mis palabras y guardar silencio siempre que sea posible.

El viejo rey Constantino le hace un gesto a su hijo para que se calme y permanece de nuevo callado, perdido en uno de sus largos silencios que me empiezan a desesperar un poco.

—La historia a veces experimenta muchos cambios —reconoce pensativo el rey—. Dime una cosa, siento curiosidad, ¿se conoce algo sobre mí en tu tiempo? ¿Mi legado ha perdurado a lo largo de los siglos?

—Majestad, yo no soy ninguna experta en la historia de Camelot —admito, cuidando bien las palabras para no meterme en un lío—. Lo poco que ha sobrevivido, quizá no se pueda considerar historia propiamente dicha, sino un conjunto de leyendas en las que es muy difícil saber lo que es verdad y lo que no lo es. De hecho, hasta hace unas horas escasas, yo misma estaba convencida de que nada era verdad.

—Has respondido con sabiduría, Ana de otro sitio. Descuida, no me ofende tu respuesta, siempre he sido consciente de que no sería un personaje importante para la posteridad. Me considero un primer paso en la futura historia de Camelot, pero será mi hijo Uther y las próximas generaciones de la dinastía Pendragon las encargadas de ser recordadas —responde Constantino con los ojos llenos de ilusión.

—Majestad, si le sirve de consuelo, casi no hay ninguna persona en el futuro que no conozca de algún modo la historia de Camelot y de sus valerosos caballeros. Desconozco si los relatos están o no modificados, pero su memoria ha perdurado en el tiempo —le aseguro, consiguiendo dibujar en sus labios una amplia sonrisa de orgullo.

Entre Uther y el rey Constantino, me explican que, dado que las leyendas de mi tiempo no parecen corresponderse del todo con la realidad en esta época, es mejor que yo no le cuente a nadie lo que sé sobre ellos. En cambio, debo tratar de mantener mi mente lo más abierta posible e ir aprendiendo a medida que transcurran los días hasta que pueda regresar a mi hogar.

El viejo rey me explica que los picos de magia que experimentan en las últimas semanas son algo inusual y ni siquiera fueron tan fuertes cuando nació su segundo hijo. Decido no preguntar sobre ese segundo hijo. Desconocía que Uther tuviese un hermano pequeño y, dado que no le he visto todavía en el palacio, es posible que haya fallecido en alguna batalla o por una enfermedad.

—Uther, ve a buscar a Igraine y a Nimue, deseo hablar con ellas —ordena de pronto Constantino, ante la sorpresa de su hijo.

Una vez que el heredero al trono abandona el salón, el viejo rey solicita que me acerque más a él, clavándome la mirada en cuanto lo hago.

—Me temo que las cosas pueden ser más complicadas de lo que quisiera, Ana de otro sitio. Tu aparición en Camelot no puede ser fortuita, teniendo en cuenta los picos de magia

que experimentamos. Por otro lado, si existen los portales en el tiempo y Merlín sabe utilizarlos o, peor aún, los ha creado él mismo, ninguno de nosotros está a salvo —expone el viejo rey, bajando la mirada y consiguiendo que se me hiele la sangre.

Dejo escapar un suspiro de desesperación al escuchar esas palabras, yo solo deseo volver a mi casa, regresar a mi trabajo, con mis amigos, a mi hogar. No quiero estar aquí.

Para colmo, ahora me dice que todos corremos peligro y ni siquiera sé si Nimue encontrará alguna manera de devolverme a mi tiempo. Joder, estoy tan cansada que ya no puedo ni pensar con claridad, solo quiero irme a dormir y que cuando despierte, todo esto haya sido una jodida pesadilla.

—Antes has mencionado al rey Arturo, Ana de otro sitio —interrumpe Constantino, sacándome de mis pensamientos—. Uther se ha puesto muy nervioso porque Arturo es su hermano menor. Nunca se han llevado bien. Abandonó Camelot cuando el Primigenius eligió a Uther como futuro rey y no a él, que era mucho más hábil con las armas y poseía una conexión con la magia.

—No creo que el rey Arturo del que hablan las leyendas sea ese mismo Arturo, majestad —le explico, intentando tranquilizarle, aunque ni yo misma logro entender nada de lo que ocurre.

—¿A qué te refieres, viajera? —inquiere Costantino.

—Majestad, en las historias que han sobrevivido hasta mi tiempo no se trata del hermano pequeño de Uther, sino de su hijo. En cualquier caso, la mayor parte de los datos no concuerdan con las leyendas de mi época: Nimue y el propio Uther nada tienen que ver con las historias que han perdurado a lo largo de los siglos. Yo no me preocuparía por eso —le aseguro forzando mi mejor sonrisa, aunque no estoy segura de haber logrado que se tranquilice.

Cada minuto que paso en este lugar me siento más confusa. El cansancio que acumulo hace que me estalle la cabeza. Estoy casi decidida a pedirle a Nimue que me prepare algún brebaje que me pueda ayudar. A falta de un buen ibuprofeno, que dudo poder conseguir en esta época, supongo que algo lograrán sus pócimas.

Capítulo 6



ANA

Nimue se adentra en el salón del trono acompañada de Uther, quien nos informa que Igraine viene ya de camino. Apenas la conozco, pero diría que su rostro refleja preocupación, como si se estuviese enfrentando a una situación muy superior a lo que ella puede controlar.

Yo, por mi parte, tan solo deseo que esta improvisada reunión termine cuanto antes e irme a descansar, porque dudo mucho que pueda aguantar con el dolor de cabeza que tengo en estos momentos si esto se alarga.

—Majestad, hay demasiados datos que desconozco —admite la hechicera ante la insistencia del rey Constantino por obtener una explicación—. Yo diría que los picos de energía mágica son muy superiores a lo que fueron cuando nació Arturo, pero yo ni siquiera había nacido, solamente puedo fiarme de las anotaciones que dejó el anterior mago de la corte.

—El muy inútil —añade Uther con un gesto de desprecio.

—Lo que sí tengo muy claro es que en la gran biblioteca no existe ningún registro sobre viajes en el tiempo —afirma con voz pausada mirando hacia mí—. Eso me hace suponer que, o bien nunca han ocurrido con anterioridad, o se trata de una magia tan poderosa que no se ha registrado nunca por escrito.

—Padre, ¿existe alguna manera de contactar con el Primigenius? —interrumpe Uther—. Quizá él pueda aportar algo de luz al misterio que nos ocupa.

Constantino se queda pensativo durante unos instantes, juro que esos silencios tan largos que a veces hace me matan. No podría con ellos en condiciones normales, pero con el cansancio me parecen insoportables. Mueve la cabeza de lado a lado y se acaricia la blanca barba con parsimonia antes de tomar la palabra de nuevo.

—El Primigenius siempre ha aparecido cuando más lo hemos necesitado. Su espíritu es tan libre como la propia magia y no responde ante las órdenes de ningún rey. Sin embargo, tengo la completa seguridad de que habrá percibido los grandes picos de magia a los que nos enfrentamos y, seguramente, también la llegada de nuestra visitante del futuro —admite el viejo rey, meditando cada palabra.

—En estos momentos necesitamos su ayuda más que nunca —confiesa Nimue con

preocupación en el rostro—. Estoy convencida de que la llegada de la viajera del tiempo no ha sido una casualidad. La magia la ha traído hasta nosotros por algún motivo que desconozco y quizá el Primigenius pueda aportar una solución. Su dominio y conocimiento de la antigua magia es muy superior al mío.

—Me preocupa otra posibilidad —agrega el rey Constantino con gesto muy serio en cuanto Nimue deja de hablar—. ¿Crees que el reino puede sufrir un ataque? ¿Piensas que todo esto puede guardar alguna relación con los rumores que circulan?

Nimue se pone tensa al escuchar esas palabras, abre la boca para contestar al viejo rey cuando, de pronto, la puerta del salón se abre y los guardias armados que la custodian dan paso a una mujer embarazada que no puede ser otra que Igraine.

Una gélida mirada de odio se cruza con la mía, como si yo le hubiese hecho algún mal y, cuando el rey indica a Nimue que conteste a su pregunta, Igraine deja escapar un largo suspiro de desaprobación.

—No deberíamos descartar la posibilidad de un ataque, mi señor —reconoce Nimue apesadumbrada—. Por desgracia, las señales indican que Arturo podría estar detrás de algunos de los sucesos que están ocurriendo.

Al escuchar esas palabras, la sala se queda totalmente en silencio. Son unos instantes en los que la tensión casi se puede palpar en el ambiente. La expresión en el rostro de Uther, normalmente relajada, se torna angustiada cada vez que alguien menciona el nombre de su hermano Arturo. Sin embargo, eso no es nada en comparación con la reacción que produce en su esposa Igraine.

—¿De nuevo aceptamos como dogma la palabra de alguien que ha llegado a Camelot hace poco tiempo y que no proviene de sangre real? —inquiere nerviosa, alzando la voz y dirigiéndose a Nimue.

La joven hechicera permanece en silencio, intercambiando miradas con el viejo rey y con Uther, hasta que Constantino interviene.

—Igraine, por favor, Nimue ha demostrado en innumerables ocasiones su buen juicio y su fidelidad a la casa Pendragon —tercia el rey con voz calmada.

—¿Y qué me decís de la otra mujer? ¿Esa que afirma haber viajado desde el futuro hasta nuestro tiempo? No la conocemos de nada y, en cambio, aquí está, en la sala del trono, debatiendo con nosotros sobre asuntos altamente delicados, como si de un consejero real se tratase —continúa, dirigiéndose ahora a mí con un gesto de desprecio.

—Yo casi prefiero irme —interrumpo disculpándome—. Lo cierto es que ni siquiera sé de lo que estáis hablando y me encuentro muy cansada. Por mi parte podéis proseguir sin mí, yo no os puedo servir de gran ayuda.

—Ana no representa ningún peligro, simplemente se encontraba en el momento y el lugar equivocados —intercede Nimue—. Es incluso posible que, al cruzar ese portal temporal, nos haya salvado sin saberlo de un peligro mayor. Me temo que el portal estaba destinado a ser atravesado por alguien de gran poder.

La mirada de odio de Igraine es palpable. Nada más escuchar las palabras de la hechicera, sus pupilas se dilatan y las fosas nasales se hinchan. Tras dos o tres respiraciones profundas, rodea su barriga con las manos, como queriendo proteger al bebé, y retoma la palabra.

—¿Y por qué debemos creerte, Nimue? ¿Cómo sabemos que no estás manipulando al rey y a mi marido con algún tipo de hechizo? ¿Cuál es el motivo para que ambos te sigan ciegamente? Quizá tú has colaborado en la construcción de ese portal temporal para traer desde el futuro a una poderosa hechicera que te ayude a alzarte con el trono —chilla Igraine

muy enfadada.

Tras las graves acusaciones, la sala se queda de nuevo en silencio. Igraine está muy alterada, su pecho se hincha con cada respiración y la tensión en su rostro es ahora mucho más palpable. El pobre Uther parece que no sabe dónde meterse. Por algún motivo, me cae bien este hombre. Tiene pinta de ser buena persona y, hasta ahora, solo ha pretendido ayudarme.

Sin embargo, empiezo a tener muy claro que aquí hay mucho más que una cuestión de estrategia de estado. Da la impresión de que el enfado de Igraine es un ataque de celos en toda regla. Me parece que sospecha, o sabe, que entre Uther y Nimue quizá hay algo más que amistad.

Yo, por mi parte, lo último que necesito en estos momentos es verme pillada en medio de un lío de faldas medieval entre el heredero al trono y su hechicera. Tengo ya bastantes problemas como para sumar unos cuernos reales. A la mínima sospecha de que puedo representar un peligro para alguien en este castillo, voy a perder la cabeza, de manera literal.

—En mi tiempo no existen los hechiceros, mi señora —tercio con un hilo de voz, levantando las manos en son de paz—. Yo lo único que quiero es volver a mi hogar o al menos descansar. Con eso me conformaría, estoy agotada.

Prefiero no decir nada más, cualquier palabra podría interpretarse como un ataque hacia alguien y no me conviene. Con el cansancio y el dolor de cabeza que tengo no soy capaz de pensar con claridad y tan solo quiero irme a dormir. Nerviosa, cierro los ojos y muerdo mi labio inferior, deseando que al abrirlos me encuentre en mi casa, aunque sepa que eso no es posible.

—¿Pero es que no os dais cuenta de la situación? —grita Igraine, de nuevo señalándome con el dedo—. La viajera del tiempo ha aparecido en mis aposentos. ¿Qué habría ocurrido si en lugar de encontrarse con Uther y sus guardias armados se hubiese encontrado conmigo sin protección? De seguro, en este instante, estaría muerta y mi bebé no nacería nunca. Esa mujer sabía perfectamente dónde debía aparecer, simplemente se equivocó en el momento idóneo para cruzar el portal. ¡Ha venido para asesinar al bebé!

Tras las graves acusaciones, todos los ojos se centran en mí y, de pronto, se me forma una opresión en el pecho que ni siquiera me deja respirar. Lo que está diciendo no tiene ningún sentido, pero no lo tiene para mí, en la mente de unas personas de hace varios siglos su teoría conspiratoria podría encajar perfectamente y me deja en un lugar muy peligroso.

Joder, lo último que necesito en estos momentos es que se piensen que soy una maligna hechicera que vengo del futuro a matar a Igraine y a su bebé.

Comienzo a sentir un ataque de ansiedad, me recorre un sudor frío y me cuesta respirar. Mis piernas tiemblan hasta el punto en el que tengo que sujetarme a una silla para no perder el equilibrio y caer al suelo. De la cabeza ya ni hablamos, porque creo que me puede estallar en cualquier momento.

Finalmente, el hecho de que Nimue se haya quedado callada no me tranquiliza en absoluto, porque indica que ni siquiera ella misma se atreve a enfrentarse a Igraine para no crear más tensión. O que ella también baraja la posibilidad de que yo sea una especie de asesina a través del tiempo.

El rey Constantino se levanta de su gran trono y se acerca hacia donde estamos con paso lento, tomando la palabra para romper el incómodo silencio.

—Entiendo tu punto de vista, Igraine —le asegura, colocando las manos sobre sus hombros—. Sin embargo, estoy prácticamente seguro de que la viajera del tiempo no

representa amenaza alguna para nosotros o para el reino. Hemos estado a solas durante un buen rato durante el cual habría podido acabar con mi vida si ese fuese su propósito. Todo lo que he visto hasta ahora en ella es su buena voluntad de colaborar en lo que pueda. Sobre todo, muchos deseos de regresar a su hogar, como no podría ser de otro modo. Pienso que es solamente una víctima de la mala suerte, nada más.

Ya, llamarlo mala suerte es quedarse muy corto.

Al menos, las palabras del viejo rey me tranquilizan. A los ojos del monarca no soy sospechosa de ser una peligrosa hechicera, ni de ayudar a Nimue a hacerse con el trono de Camelot, y eso ya es más que suficiente de momento.

—En cuanto a Nimue —continúa el rey Constantino en su tono de voz pausado habitual —siempre ha permanecido leal a la corona y sus consejos se han hecho valiosos en el tiempo que ha estado a nuestro servicio. Igraine, te ruego que si tienes algún motivo de peso para lanzar esas graves acusaciones hables sin miedo. En caso contrario, las tomaré simplemente como una especulación que debemos descartar.

Igraine coloca de nuevo las manos sobre su barriga y dedica una mirada tensa a todas las personas de la sala, dejando para el último lugar a su marido. Uther le hace una seña con la cabeza y se encoge de hombros, como diciendo que el rey tiene razón, lo que provoca en ella un nuevo enfado y abandona la sala a grandes zancadas con un fuerte bufido.

Capítulo 7



ANA

En cuanto Igraine abandona el salón del trono, Nimue deja escapar lentamente una gran cantidad de aire de sus pulmones. Imagino que para ella debe ser muy complicado soportar acusaciones de conspiración contra la corona. Si, como sospecho, se está acostando con Uther a las espaldas de su esposa, la tensión tiene que ser horrible, mucho más teniendo en cuenta que la hechicera se está ocupando de su embarazo.

—Te ruego que disculpes las palabras de Igraine —solicita el viejo rey, dirigiéndose a Nimue—. Supongo que el embarazo la conduce a imaginar extrañas situaciones que son a todas luces imposibles. Quizá a ver peligros donde no los hay.

—Por mi parte está olvidado, mi señor —se apresura a responder la hechicera—. Es muy posible que en su estado le afecten más los picos de magia que al resto de las personas. El bebé está conectado de alguna manera con la magia, como lo estaba Arturo cuando nació, y eso se deja sentir en su cuerpo. Mientras acusaba a Ana, se produjo un fuerte pico. Creo que ha sido el más fuerte que se ha producido desde mi llegada a Camelot, si exceptuamos el ocurrido con la apertura del portal a través del tiempo —explica Nimue con el rostro muy serio.

—Recuerdo que cuando mi esposa llevaba a Arturo en su vientre podía sentir esos picos de magia —reconoce el viejo rey—. Tu teoría de que eso le pueda estar ocurriendo también a Igraine es una posibilidad muy real.

—Padre, sus acusaciones son muy graves en cualquier caso —interrumpe Uther enfadado, saliendo en defensa de la hechicera y dándome más razones para pensar que existe algo más que amistad entre ellos dos.

—Te ruego que te tranquilices, Uther, hijo mío. Tendrías que haber conocido a tu madre durante el embarazo de Arturo. Discutíamos constantemente, muchas veces por auténticas tonterías, pero esos picos de energía mágica le afectaban tanto o más que a tu esposa. Realmente, los cambios de humor durante el embarazo acabaron con nuestro matrimonio, ya nunca volvió a ser lo que era. Siento no haber tenido a una hechicera como Nimue para explicarme que no era su culpa, sino de la magia —reconoce el rey, bajando la mirada apesadumbrado.

De nuevo, Uther se tensa al mencionar a su hermano Arturo, ese nombre parece estar

rodeado de un misterio que no logro comprender.

La marcha de Igraine me ha tranquilizado bastante y, aunque sigo teniendo un buen dolor de cabeza, no puedo evitar indagar un poco más sobre Arturo. Si quieren hablar de él, me gustaría saber hasta qué punto lo que conocemos en el siglo XXI tiene algo que ver con la realidad que estoy viviendo aquí y ahora. O quizá si se trata de un Arturo totalmente diferente.

—Si se me permite, majestad, ¿cuánto tiempo hace que su hijo Arturo abandonó el reino? —pregunto con algo de miedo, observando por el rabillo del ojo la reacción de Uther Pendragon, que vuelve a torcer el gesto.

—Dentro de poco hará ocho años que abandonó el palacio para no volver nunca más —responde el viejo rey con tristeza en los ojos—. Lo recuerdo bien porque fue justo cuando acordé con el padre de Igraine su boda con Uther y de ese modo cimentar la alianza entre nuestros respectivos reinos. Pasamos un año entero negociando los detalles del acuerdo matrimonial y, cuando por fin se acabaron las negociaciones, Igraine viajó a Camelot para conocer a Uther y casarse con él. Ese mismo día Arturo decidió abandonar el reino.

—¿Qué edad tenía cuando abandonó el castillo? —continúo, intentando conocer todos los detalles.

—Poco más de dieciocho años —responde Uther de manera seca—. ¿Por qué deseas saber tantas cosas sobre Arturo? ¿Acaso dispones de alguna información que debemos conocer?

No falla, aquí pasa algo con el rey Arturo que desconozco. O más bien con Arturo a secas, porque de momento, no es rey ni nada parecido. Ni siquiera sé si en este Camelot lo llegará a ser algún día. En cualquier caso, se nota a la legua que es un tema incómodo para ellos, sobre todo para su hermano.

—Dudo que nos podamos fiar de cualquier información que yo posea sobre Camelot —me disculpo en vista de que todas las miradas están ahora fijas en mí—. Tengo muy claro que las historias que han llegado hasta mi tiempo nada tienen que ver con lo que aquí sucede.

—¡Insisto en conocer esas historias! —brama el heredero al trono, levantándose de su silla.

—No creo que sea prudente ni útil, mi señor —reconozco abriendo las manos. Ojalá no hubiese mencionado a Arturo. Soy una bocazas. Tengo que aprender a mantener la boca cerrada.

Mis ruegos para que se olvide de las historias que han llegado hasta el futuro caen en saco roto. Por más que le explico que yo apenas conozco detalles y que esos pocos retazos de información son de un Camelot posterior al que nos encontramos, no hay manera de que se olvide. Insiste, ahora de manera agresiva, en querer saber las leyendas tal y como se conocen en mi tiempo.

Desesperada, niego con la cabeza y expulso una gran cantidad de aire, maldiciendo el momento en el que se me ocurrió preguntar por el dichoso rey Arturo. A ver cómo les explico yo que los pocos conocimientos que poseo sobre este asunto provienen de series de Netflix o películas de Hollywood.

—Mi señor, le ruego que considere que la información de la que disponemos en mi tiempo es muy limitada y por lo que veo ha sido altamente modificada —me disculpo en un último intento de zafarme de la incómoda situación en la que me veo envuelta.

Uther me clava la mirada, su rostro ha cambiado. Ya no es el hombre confiado y afable

de hace unas horas, lo que me obliga a contarle lo poco que sé, porque no creo que sea prudente enemistarme con el heredero al trono.

—Veamos —suspiro, ponderando las palabras para no causar más revuelo—. En las historias de mi época, que repito que no son más que leyendas, a la muerte del rey Constantino, aquí presente y que no tengo ni la menor idea de cuándo ocurre, le sucede en el trono como rey Uther Pendragon.

—Así debe ser —interrumpe Uther, asintiendo lentamente con la cabeza.

—Arturo, en mi época, es el hijo de Uther y no del rey Constantino, por lo que entiendo que esas leyendas no nos sirven de mucho —confieso, encogiéndome de hombros y esperando que se dé por satisfecho.

Evidentemente, decido obviar cualquier referencia al mago Merlín, o a que Nimue podría ser la dama del lago, o a Morgana y el caballero Mordred que ni siquiera sé si existen en este tiempo, porque nadie les ha mencionado todavía. Solo serviría para complicarme más las cosas.

—Ciertamente, no tiene nada que ver con el Camelot actual, pero, en cualquier caso, me gustaría conocer más sobre lo que se dice de Arturo en tu tiempo, viajera, nunca se sabe lo que podría resultarnos útil —insiste el heredero al trono a pesar de que su padre le indica que no tiene sentido proseguir.

—En el tiempo en el que Arturo reina sobre Camelot se le reconoce como un gran rey, según las leyendas. Eso es casi lo único que tienen en común todas las narraciones. El resto de los personajes se interpretan dependiendo de un montón de factores, no existe una narrativa común, aunque el gran mago Merlín suele ser un personaje positivo que ayuda a Arturo en la mayor parte de las historias —añado, mordiéndome la lengua al terminar y arrepintiéndome de haberlo mencionado nada más ver la cara de Uther.

—¡Ahí tienes la prueba, padre! Merlín ayuda a Arturo a usurpar el trono —grita Uther, llevando la mano derecha a la empuñadura de su espada mientras el viejo rey niega con la cabeza.

De inmediato, me doy cuenta de que acabo de complicar la situación mucho más de lo necesario mencionando al mago Merlín y ya no sé cómo salir del embrollo.

—Insisto en que no podemos fiarnos de las historias de mi tiempo, mi señor. Ni siquiera lo más mínimo. Por ejemplo, en algunas de ellas, Nimue es un ser malvado y en otras se la representa como la dama del lago, siendo incluso un ser inmortal. Existen leyendas en las que es una alumna de Merlín o su amante. Son solamente leyendas inconexas que han sobrevivido a los tiempos, posiblemente muy modificadas. De hecho, yo siempre pensé que eran tan solo un mito —me disculpo, encogiéndome de hombros y deseando que este interrogatorio se acabe cuanto antes.

—Puf, amante de Merlín, lo que me faltaba —exclama Nimue, sacudiendo la cabeza con un claro gesto de asco.

El rey Constantino se levanta de su trono con aspecto cansado y se dirige hacia mí con lentos pasos. Coloca las manos temblorosas sobre mis hombros en un gesto paternalista.

—Has sido de gran ayuda, Ana de otro sitio, aunque no seas consciente de ello —anuncia en modo críptico—. Ahora sabemos que una gran amenaza se cierne sobre nosotros y solo podemos rogar para que el Primigenius regrese en nuestra ayuda, como lo ha hecho en otras ocasiones en las que el reino estuvo en peligro. Tan solo siento que te veas envuelta en este gravísimo riesgo, que nada tiene que ver contigo o tu mundo —confiesa el viejo rey, arqueando las cejas.

De pronto, un tenso silencio se apodera del salón del trono. Un silencio tan incómodo que se hace ensordecedor, hasta que Nimue decide tomar la palabra.

—Si me lo permite, su majestad, sin duda la viajera del tiempo debe estar muy cansada. Han sido muchas emociones en tan solo unas horas y de seguro pesarán en su cuerpo. Con vuestro permiso, la llevaré a descansar —expone la hechicera ante la aprobación tanto del rey Constantino como de su hijo Uther.

Me acaba de salvar la vida, porque esta tensión estaba acabando conmigo.

Capítulo 8



ANA

Caminamos por los fríos y largos pasillos de piedra y, una vez que nos hemos alejado lo suficiente del salón del trono, Nimue me confiesa que está muy preocupada por la situación en la que nos encontramos.

—Creo que estamos al borde de un ataque y no sé si seremos capaz de defendernos —suspira, y por primera vez observo temor en su mirada.

—¿Podrías explicarme algo más de ese ataque? Es posible que pueda relacionarlo con alguna historia que haya escuchado en mi tiempo y quizá podamos tener una pista para defender el castillo —aventuro, aun sabiendo que lo que le digo es casi imposible por las enormes diferencias entre lo que yo sé sobre Camelot y la realidad.

—Pienso que lo mejor es no preocuparte más de la cuenta hasta que comprendamos la situación con mayor detalle —admite la joven hechicera—. De momento, estoy muy preocupada por ti. En la última hora, has estado muy cansada y ese fuerte dolor de cabeza que has mencionado me perturba. Es muy probable que los picos de magia te estén afectando.

Mientras habla, me fijo un poco más en ella, muestra una bondad y una dulzura tan grandes que me parece imposible que haya pasado a mi tiempo como un ser malvado en algunas de las historias. Sus ojos color avellana, en estos momentos cargados de preocupación, son la viva imagen de la ternura.

—Puedo prepararte un bebedizo para que duermas mejor y aliviar ese dolor de cabeza, si así lo deseas —indica cuando nos adentramos en el pasillo que lleva a sus aposentos.

Dudo por unos instantes sobre mi respuesta. Mi primera reacción es decirle que no. No me fio ni un pelo del nivel de desarrollo de su medicina, si es que podemos llamarlo por ese nombre. Sin embargo, el dolor de cabeza es ahora tan intenso, que aunque deba beber ojos de murciélago machacados, estoy dispuesta a probar cualquier cosa que lo haga desaparecer.

Al entrar en sus aposentos, Nimue prepara en su estudio un líquido verdoso en el que vierte los contenidos de varios frascos y los mezcla con unos polvos de color marrón, acercándolo a mí en un cuenco de barro.

—Te aliviará —asegura, colocando la bebida entre mis manos con una sincera sonrisa.

Se lo agradezco con una suave inclinación de la cabeza, evitando preguntar lo que contiene, porque estoy casi segura de que no me va a gustar su respuesta. Contengo la respiración en un vano intento de no percibir ni su sabor ni su olor para luego tomarlo en dos largos tragos.

Contrariamente a lo que pensaba, el supuesto brebaje mágico no está mal del todo. Tiene un ligero sabor a menta y debe de contener auténtica magia porque en cuestión de minutos el dolor de cabeza desaparece por completo.

—Ana —exclama la hechicera de pronto—. Podría buscarte unos aposentos para que descanses, aunque preferiría que pases la noche en los míos. Me gustaría estar cerca en el caso de que te encuentres mal o te ocurra algo.

—¿Crees que es posible que me pase algo? —pregunto con un hilo de voz cargado de preocupación, aunque no estoy segura de querer escuchar su respuesta.

—No debemos descartar nada —confiesa Nimue—. Los viajes a través del tiempo son algo que desconocemos por completo. No tengo ninguna referencia de sus consecuencias, ni siquiera sé si se han intentado con anterioridad. La magia siempre tiene una consecuencia y cuanto más poderosa, mayor será esa consecuencia. Siento tener que ser tan clara contigo — agrega.

Ante su insistencia, consiento en quedarme en su habitación. Me encuentro mucho mejor de lo que estaba hace tan solo unos instantes, pero sigo muy cansada y lo único que quiero es irme a la cama.

Tras aceptar, Nimue me acerca un camisón de una tela extremadamente suave y fina y me indica que me lo ponga mientras ella va a pedir a las cocinas de palacio algo de cenar.

Poco más tarde, nos sentamos a la mesa. Me muero de hambre, aunque mi mente sigue acelerada con pensamientos sobre viajes en el tiempo, magia y este nuevo y extraño mundo en el que estoy atrapada. Un mundo del que cada vez veo más complicado escapar.

Nimue coloca un gran plato de carne ante nosotras, y el aroma que desprende consigue que se me haga la boca agua. Es una especie de jabalí o venado, tremendamente sabroso. Mi estómago gruñe. No recuerdo la última vez que tuve tanta hambre.

Observo cómo Nimue trincha con pericia las tiernas lonchas de carne. Me sirve una porción generosa junto con un cuenco de sopa, espesa y humeante. La sopa también huele de maravilla, a pollo, cebolla y pimienta. Mis sentidos se sienten casi abrumados por la mezcla de aromas y sabores.

Está deliciosa: rica, cremosa, perfectamente sazonada. Es como si pudiese distinguir con claridad cada ingrediente: el pollo, la cebolla, la nata, el queso. Como si mis papilas gustativas trabajaran a toda velocidad.

Nimue me observa divertida mientras devoro la cena. Supongo que una dama medieval no atacaría esos platos con tanto entusiasmo.

Cenamos en silencio, tratando de evitar cualquier tema delicado sobre la magia o el futuro de Camelot, cosa que agradezco porque me permite concentrarme en la sabrosa carne. Jamás pensé que en esta época se cocinase tan bien, está marinada con una mezcla de especias que nunca había probado, aunque soy incapaz de identificarla, y casi se deshace en la boca.

El vino, en cambio, deja mucho que desear. Es más denso que el que bebemos en mi tiempo y de un sabor muy fuerte. Para rematarlo, lo sirven caliente.

Tras la cena, me disculpo entre bostezos y Nimue me acompaña hasta una gran cama, rodeada de cortinas y almohadones. Me acomodo en ella convencida de que es la mejor

cama de este mundo. Supongo que se trata simplemente del cansancio que acumulo, que me permitiría dormir en el suelo como si de un perro se tratase.

La hechicera regresa en apenas unos minutos y, al verla, casi se me corta la respiración.

Mierda, estoy segura de que se me ha tenido que notar porque su cara ha cambiado al observar mi expresión. Viste un camisón de color blanco parecido al mío, aunque no lleva nada debajo y las transparencias de la prenda dejan entrever unos encantos que podrían volver loco a cualquiera, hombre o mujer.

Sabía que era preciosa, pero la ropa que llevaba puesta no le hacía justicia. Muerdo mi labio inferior y retiro la mirada para que no se note demasiado. Supongo que ella se está viendo con Uther a escondidas, aunque empiezo a pensar que lo de dormir en la misma cama con una mujer así quizá no sea la mejor idea, porque el cosquilleo en la parte baja de mi vientre es imposible de ignorar.

NIMUE

Me perturba el cansancio que muestra la viajera del tiempo. Sin duda, atravesar el portal ha requerido una gran cantidad de magia que su cuerpo quizá no sea capaz de soportar. En cualquier caso, desconocemos los efectos que un viaje temporal puede tener sobre el cuerpo humano al no haber sido documentados con anterioridad.

La pócima que le he preparado con alas de mochuelo mezcladas con ojo de tritón, hachís y menta le quitarán el dolor de cabeza y podrá descansar. En cualquier caso, prefiero tenerla a mi lado por si algo malo le ocurre.

Teniendo en cuenta la cantidad de magia que su cuerpo ha absorbido para llegar hasta aquí desde su mundo, no tengo claro que la viajera sobreviva a esta noche.

Quizá sea mejor así. Si muere mientras duerme, al menos lo hará sin sufrimiento; he duplicado la dosis de hachís en el bebedizo para que al menos esté relajada.

Lo que nos espera, si es cierto que Arturo y su malvado hechicero preparan un ataque, será mucho peor que una muerte plácida en la cama.

Cierro los ojos e intento no pensar en ello, pero, por si acaso, preparo una mortal pócima de cicuta, que introduzco en un pequeño frasco y cuelgo de una cadena para llevarla siempre conmigo. Desconozco cuándo se producirá el ataque al castillo y no dejaré que me capturen con vida. Las violaciones y torturas que se producirán cuando tomen Camelot serán mucho peores que la propia muerte.

Capítulo 9



NIMUE

Contra todo pronóstico, la viajera del tiempo sobrevive a la noche y cuando me despierto, se encuentra observando los alrededores del castillo a través de la ventana. Estaba casi segura de que moriría, pero, por extraño que parezca, yo diría que se encuentra fresca como una rosa.

—¿Has dormido bien? —pregunto, acercándome a ella con pasos lentos.

—He dormido como un bebé —confiesa con una preciosa sonrisa—. No sé lo que has puesto en el brebaje que me has preparado, pero necesito beber uno así todas las noches, no recuerdo haber dormido tan relajada en mucho tiempo. Es mejor que las pastillas que me daba mi psiquiatra en el mundo del que procedo.

—No sé de qué hablas, ni qué es eso de un psiquiatra, supongo que alguna especie de mago, pero ¿no te duele nada? ¿Notas algún cambio? —pregunto con interés para poder documentarlo en los archivos.

—Nada. No hay ni rastro del dolor de cabeza ni del cansancio y me encuentro llena de energía. Sorprendentemente llena de energía —responde con una amplia sonrisa, mostrando unos dientes blanquísimos y todos iguales, algo muy inusual en Camelot.

Escuchar las palabras de la viajera me reconforta. Se ha levantado con ganas de hablar y, mientras degustamos un té de menta para quitar el mal aliento de la mañana, le voy explicando lo que se puede ver a través de la ventana.

—Como ves, los aposentos de esta zona del castillo dan a los jardines reales. Si quieres podemos pasear por ellos más tarde, están repletos de interesantes especies de plantas, algunas medicinales, también de faisanes y pavos reales.

—Me encantaría —susurra la viajera.

—Más a lo lejos, tenemos las tierras de labranza y la aldea más cercana de las que defiende el castillo. Mira, también se ve uno de los lagos —indico, señalando con el dedo —. Más allá de ese lago están las ruinas prohibidas de Myd—añado, bajando la voz y rogando no tener que explicar su significado. Tan solo pronunciar la palabra Myd me produce un escalofrío que recorre todo mi cuerpo.

Hace un día precioso. El sol ilumina el horizonte, permitiendo ver mucho más allá de lo que es habitual y, por unos momentos, me llena de tristeza pensar que esta belleza pueda

llegar a su fin si el castillo es atacado.

Aunque se encuentra a mi espalda, siento que la viajera me observa con intensidad. Por algún motivo que desconozco, transmite tanta energía que juraría que puedo sentirla.

—Estás preciosa con ese camisón —suspira de repente cerca de mi oído, acariciando la parte baja de mi espalda.

Se me acaba de parar la respiración. No me esperaba ese comentario y el roce de su mano por encima del camisón ha puesto todo mi cuerpo en alerta. Temblando, me doy la vuelta con miedo para observarla.

—¿Estás segura?

Mierda. Ha quedado totalmente patético, pero es lo único que se me ocurre contestar mientras me pierdo en esos ojos azules de una intensidad infinita. Yo diría que más claros que el día anterior, aunque puede ser un efecto de la luz del sol.

Mi corazón palpita con fuerza en cuanto nuestras miradas se encuentran. Su cuerpo se pega un poco más al mío y sentir sus cálidas manos en mi cintura consigue que se me erice el pelo de la nuca.

Mi cabeza lucha contra mi corazón y un torrente de emociones traspasa todo mi cuerpo. Me siento completamente viva, no sé si por lo extraño y peligroso de la situación o porque empiezo a sentir algo por la viajera, a pesar de que apenas sé nada de ella. Esto no puede estar bien.

Continúa mirándome de arriba abajo, colocada a centímetros de mi cuerpo. Debo parar esta locura antes de que acabe mal, pertenece a otro mundo. Procede de una sociedad muy diferente a la mía. Mi labor es averiguar cómo ha llegado hasta nuestro tiempo y cómo lograr que regrese al suyo. No hay lugar para el amor entre nosotras. Sé que si me enamoro y la magia que ha absorbido cuando cruzó portal la mata, sufriré demasiado.

Es lo que debería hacer, aunque en vez de eso, coloco las palmas de mis manos sobre sus hombros.

Con lentitud, la viajera me acerca hacia su cuerpo y mi respiración se acelera incluso más que antes. Su mano derecha abandona mi cintura, acaricia mi mejilla y mi cuello con una ternura exquisita, llena de delicadeza. Sus manos son imposiblemente suaves.

No puedo más, me estoy derritiendo, ni la más poderosa de las pócimas de amor puede conseguir este resultado. O quizá es que lo necesito. Hace ya dos años que Lady Sofía abandonó el castillo y no he vuelto a estar con ninguna otra mujer.

Cierro los ojos y, sin pensarlo, me acerco más a ella, mi boca entreabierta. Siento cómo sus labios rozan los míos, con suavidad, como tanteando. Me regala un beso delicado, lento, sutil, un beso que logra que me tiemblen las piernas y el corazón se quiera escapar de mi pecho.

Tras el beso, nos miramos fijamente, mi pecho se hincha con cada respiración acelerada, confusa por el torrente de emociones que me recorre.

—¿Puedo besarte otra vez? —sisea la viajera junto a mi oído.

Solamente logro asentir con la cabeza. Rodeo su cuello, cierro los ojos y acerco mi boca a la suya para perdernos en un beso tan increíble que se me escapa un ligero gemido apagado contra sus labios.

Suspiro mientras nos besamos. Mi excitación se dispara al morder su labio inferior. Más suspiros al sentir sus pechos rozando los míos, provocando que mis pezones se endurezcan contra la tela del camisón. Alza ligeramente la pierna derecha y separa mis rodillas, frotando su muslo contra mi sexo.

—¡Alto! Por favor, Ana, detente. Esto está mal, muy mal, debemos parar, lo siento —me disculpo avergonzada, sin atreverme a mirar sus ojos mientras la empujo para que se separe de mí.

Por suerte, mi cabeza toma el control de la situación en el último instante, antes de que acabemos haciendo una locura. Mi corazón, por su parte, maldice con todas sus fuerzas esa decisión.

—Lo siento, Nimue, no sé lo que me ha pasado. No suelo comportarme así, de verdad —admite la viajera con cara de preocupación.

—Olvidemos para siempre lo ocurrido —ruego mientras huyo hasta el otro extremo de la habitación casi corriendo.

Aturdida, atravieso mis aposentos como si me estuviesen persiguiendo los mismísimos espíritus malignos de las ruinas de Myd al tiempo que observo a la viajera, que me mira con preocupación, todavía junto a la ventana.

Capítulo 10



ANA

Nimue se queda sentada en el borde de la cama, desconcertada por lo que ha ocurrido. Joder, no sé lo que me ha pasado para lanzarme de ese modo. Hoy me he levantado repleta de energía, mucho más de lo habitual. No recuerdo haberme sentido nunca tan viva. Y verla caminar, vistiendo ese camisón casi transparente, con sus pechos balanceándose en cada movimiento, ha sido más de lo que podía soportar.

Esto solamente puede servir para buscarme problemas. Ni siquiera conozco las costumbres de este lugar. Es posible que las relaciones entre mujeres estén penadas con la muerte o las mazmorras. Y tampoco sé si ella tiene algo con Uther, como sospecho. Aun así, la reacción de su cuerpo ante nuestro beso me dejó muy claro que le estaba gustando. Mucho.

Respiro hondo, intentando armarme de valor, y decido acercarme hasta donde está para pedirle disculpas. Tengo la esperanza de que podamos olvidar lo ocurrido y así evitar posibles problemas para ambas.

—Nimue, lo siento mucho —me disculpo con voz temblorosa—. De verdad, no sé lo que me ha pasado, no tendría que haberlo hecho.

La joven hechicera no me responde. Permanece en silencio, escondiendo el rostro entre las manos sin ni siquiera mirarme. Su reacción me descoloca y empiezo a pensar que hemos cometido un gravísimo error al besarnos. Entre nosotras se forma un silencio tan incómodo que se puede palpar, hasta que por fin toma la palabra.

—¿Sientes algo por mí? —pregunta de pronto, levantando la mirada y clavándome sus hermosos ojos color avellana que se han llenado de lágrimas.

—Nimue, me gustas mucho, pero te he conocido ayer, literalmente. Yo no sé cómo son las relaciones en esta época, pienso que es demasiado pronto como para sentir algo profundo, más allá de la atracción sexual.

Mierda, por la cara que ha puesto creo que he metido la pata.

—Estoy muy a gusto contigo y nunca he pretendido hacerte daño. Ni siquiera sé si está permitido que haya algo entre dos mujeres en vuestro tiempo —reconozco con un hilo de voz.

—Lo está, al menos en Camelot y en otros reinos cercanos. No está bien visto, pero se

tolera. Se considera casi una excentricidad y no está penado, siempre y cuando no se utilicen aparatos que vayan en contra de las leyes naturales —explica con voz calmada—. Espero que en tu tiempo las cosas hayan mejorado mucho.

—Me gustaría decirte que sí, y así es en muchos países. Sin embargo, unos cuantos siglos más tarde todavía existen lugares donde las relaciones entre el mismo sexo están fuertemente penadas —confieso, bajando la mirada avergonzada por lo poco que hemos avanzado en todos estos siglos.

—No me causa ningún problema ese beso, si eso es lo que te preocupa, incluso en el caso de que alguien llegase a enterarse. Simplemente, no me lo esperaba. Además, siendo una hechicera, al menos en Camelot, las leyes son algo más flexibles. Se nos supone seres especiales al poseer una conexión con la magia —admite Nimue, esbozando una pequeña sonrisa en su boca.

—Me alegra escucharlo —respondo, sentándome junto a ella—. No quiero que te alarmes, pero, por desgracia, la magia se perseguirá durante muchos siglos con terribles consecuencias para quienes la practican o sean sospechosos de practicarla. Quizá por eso ha desaparecido en mi tiempo —admito, encogiéndome de hombros.

Nimue me observa con detenimiento antes de continuar y, acercándose un poco más a mí, toma mi mano derecha entre las suyas antes de seguir hablando.

—No todos los reinos son tan benignos como Camelot con respecto a la magia. En muchos también se persigue la hechicería, incluso con pena de muerte en la hoguera —confiesa con un largo suspiro—. En cambio, la magia no es ni buena ni mala, solo depende de cómo la quieras utilizar. En algunos lugares se nos acusa de pactar con los espíritus o con demonios. Sin embargo, ningún hechicero posee tanto poder, salvo Kaeth Adú.

Con solo escuchar ese nombre se me forma un nudo en el estómago. Es como si alguien me hubiese dado un fuerte puñetazo y siento como si me colocasen una pesada losa sobre el pecho. Mi corazón palpita acelerado. Una ola de calor recorre mi cuerpo con tanta fuerza que debo solicitar un vaso de agua antes de continuar hablando.

—¿Quién…quién es Kaeth Adú? —pregunto tímidamente con un hilo de voz, sin comprender por qué estoy teniendo este ataque de ansiedad.

—Es la hechicera más poderosa que jamás haya existido, uno de los tres seres Primigenii, junto a Merlín y Mordred. Nadie sabe cuánto tiempo llevan entre nosotros, pero su conocimiento de la magia es muy superior a cualquier otra persona.

—¿Es más poderosa que el mago Merlín? —interrumpo.

—Cada uno de ellos entiende la magia de una manera diferente, aunque Kaeth Adú ha llevado su estudio hasta forzar los límites, sin importarle las consecuencias. Se dicen cosas terribles de ella, menos mal que nadie la ha visto en mucho tiempo —explica Nimue, helándome la sangre.

—No te he entendido bien cuando me has dicho que está penado que las mujeres utilicen aparatos que van en contra de las leyes de la naturaleza —pregunto con curiosidad, intentando desviar el tema de la hechicera Kaeth Adú, que me está poniendo demasiado nerviosa.

Nimue me mira a los ojos, avergonzada, y se pone un poco colorada antes de contestar.

—Ya sabes —responde escondiendo la mirada.

—No, no lo sé, Nimue, si no, no te lo preguntaría —aclaro divertida ante su reacción.

—Son como…como si fuesen… me da vergüenza explicarte esas cosas. No sé si en tu época existen. Son como penes artificiales de madera tallada o hueso. Su uso por mujeres

está penado, aunque la pena se incrementa si una mujer lo usa con otra —confiesa, cerrando los ojos.

—Uy, ¡en eso sí que hemos avanzado mucho! —respondo divertida—. Tendrías que ver las cosas que tenemos en mi tiempo; vibradores, deberías probar el Satisfyer, bueno mejor no te lo explico…

Nimue aprieta mi mano, manteniendo los ojos cerrados y no hace ninguna pregunta, así que prefiero no darle explicaciones, ya que nunca llegará a conocer los aparatos de los que hablo.

—¿Te causa problemas con Uther haberme besado? —inquiero sin pensar.

—¿Con Uther?

—Sí, estáis juntos, ¿no? —insisto, arrepintiéndome de inmediato de haber sacado un tema tan delicado.

—¿Con Uther? ¡Nooo! —responde, negando con la cabeza y llevándose la mano a la frente—. No existe nada entre nosotros. ¿Con Uther? Madre mía. Ni loca. ¿Y tú? ¿Tienes a algún caballero esperándote en tu mundo?

—No, hubo una mujer, estaba muy enamorada, pero se acabó hace meses. Ahora mismo no hay nadie en mi corazón —reconozco con melancolía.

—En mi caso también hubo una mujer, Lady Sofía, pero abandonó el reino hace ya casi dos años, dejando un vacío en mi interior difícil de llenar —confiesa ante mi sorpresa, bajando la mirada.

No me esperaba que fuese a mencionar a una mujer, aunque, al hacerlo, su rostro se ha llenado de tristeza. Se nota que estaba muy enamorada de esa tal Lady Sofía.

Nos quedamos un buen rato en silencio mientras acaricio con cariño su espalda hasta que, de nuevo, Nimue toma la palabra.

—Siento mucho que te encuentres en esta situación de peligro, me gustaría hacer todo lo posible para que vuelvas a tu tiempo antes de que nos ataquen. Sin embargo, he de reconocer que no sé ni por dónde empezar. Es una magia que supera con mucho mis conocimientos, algo de lo que ni siquiera he oído hablar —admite, apretando mi mano entre las suyas.

—¿Crees que se producirá un ataque? —pregunto con sorpresa.

—Eso me temo, ojalá me equivoque, pero estoy casi segura de que así será —añade, asintiendo con la cabeza mientras acaricia la palma de mi mano con su dedo pulgar.

Nada más terminar de hablar, se quita un colgante que lleva al cuello. Es una especie de frasco en miniatura, engarzado en oro, y me lo pone casi con miedo.

—Si nos atacan y no ves escapatoria, por favor, abre el frasco y bebe su contenido. No dejes que te capturen con vida. No sé lo que ocurre en tu tiempo durante las guerras, pero ser capturada con vida en un asedio es mucho peor que la muerte. Los soldados harán turnos para violarte hasta que seas un despojo —indica, cerrando los ojos y mordiéndose el labio inferior, helándome la sangre con sus palabras.

Ni siquiera le pregunto qué contiene el pequeño frasco. Imagino que será algún tipo de veneno y espero no tener que usarlo jamás. Lo último que necesito es que el castillo sea asaltado antes de que yo pueda volver a mi mundo y tener que morir envenenada para que no me capturen.

Capítulo 11



ANA

Cada vez que observo la intensidad de sus ojos color avellana se me acelera el corazón. Sin embargo, por mucho que me apetezca seguir a su lado, este no es mi sitio. La prioridad debe ser volver a mi mundo y no es justo que intente quedarme algo más de tiempo solo porque me guste, no para luego marcharme y dejarla aquí tirada. Eso solo nos rompería el corazón a ambas si es que el amor crece entre nosotras.

Sin contar con la situación de peligro en la que nos encontramos. Por mucho que me apetezca, ahora mismo lo que debo hacer es salir de aquí lo antes posible.

—Ana, debes intentar dibujar los símbolos que estaban grabados en las piedras del portal —expone la hechicera—. ¿Crees que podrás hacerlo? Para mí sería muy importante a la hora de tener alguna pista que me indique cómo empezar a buscar—añade, apretándome la mano.

Hago una pausa. Me detengo un momento para hacer memoria y, sorprendentemente, empiezo a recordar muchos más detalles que el día anterior.

—Estoy prácticamente segura de que te los puedo dibujar casi todos, en especial los que estaban en las piedras de la parte de arriba del arco. Esas fueron las runas que se iluminaron con la luz de la luna justo antes de atravesar el portal. No entiendo por qué, pero hoy me encuentro mucho más fresca que ayer. Estoy repleta de energía, como si mis sentidos estuviesen despertando. Déjame un papel y un bolígrafo, por favor —solicito, estirando la mano.

—No comprendo lo que me pides —reconoce Nimue extrañada.

—Eh, sí…un pergamino y una pluma de ganso, o lo que sea que utilicéis para escribir, perdona —me disculpo al percatarme de que en su tiempo la palabra bolígrafo no tiene ningún significado.

Nimue se levanta y me conduce hasta su escritorio, donde encuentro todo lo necesario para empezar a trazar los símbolos de la extraña puerta.

Mientras me concentro, observo la preciosa pluma que Nimue acaba de poner en mi mano, admirando todos sus detalles.

—Me la regaló mi abuela cuando le anuncié que empezaría a trabajar para el rey Constantino. Fue su último regalo, no la volví a ver más —explica la hechicera, tratando de

contener las lágrimas que asoman en sus ojos.

—¿La echas de menos? —inquiero, retirando un mechón de pelo de su frente.

—Mucho, más que a nadie en el mundo —confiesa Nimue cerrando los ojos—. No me malinterpretes, echo de menos a mis padres y hermanos, pero nada en comparación con la manera en la que recuerdo a mi abuela. Ella era la única que me aceptaba tal y como soy, los demás trataron siempre de ocultar mi conexión con la magia o de esconderme.

—¿Crees que el Primigenius vendrá a ayudarnos?

No le digo nada, pero me haría mucha ilusión conocer en persona al mago Merlín antes de regresar a mi mundo. También me gustaría conocer al Rey Arturo, pero dada la rivalidad que parece existir con su hermano Uther, dudo que eso llegue a ocurrir. Nadie me va a creer cuando vuelva, pero sería una experiencia única. Joder, dentro de lo peligroso de la situación, en el fondo es increíble, estoy viviendo la historia de primera mano.

—Espero que sí —suspira Nimue, sacándome de mis pensamientos y devolviéndome a la realidad. Sin lugar a dudas, tiene que estar sintiendo el tremendo aumento en energía mágica de estos últimos días, sobre todo el pico que se produjo con tu llegada. No se lo he dicho al rey y tampoco a Uther, pero desde que estás con nosotros, la energía mágica se ha disparado y es algo que me preocupa mucho, porque no sé lo que significa —confiesa Nimue entre susurros.

—Espero que venga y que pueda ayudarte —respondo con una sonrisa antes de empezar a dibujar la primera runa.

—¿Sabes? Ayer por la noche, mientras dormías, te estuve observando y me preguntaba si no estarás aquí por algún motivo. Quizá no ha sido casualidad, es posible que la magia te haya elegido a ti por alguna razón en concreto. O puede que solo sea lo que yo quiero creer, estabas tan hermosa mientras dormías… —admite Nimue, peinando mi cabello entre sus dedos al tiempo que observa con detenimiento las runas que estoy dibujando.

Dejo escapar un suspiro y echo la cabeza hacia atrás, apoyándola sobre sus pechos y dejándome mimar, pero pronto, Nimue se detiene y me hace una seña para que siga dibujando.

—Es increíble lo bien que me acuerdo hoy de todos esos extraños símbolos —reconozco, deseando que siga acariciando mi melena—. Ayer solamente eran imágenes confusas en mi mente. En cambio, esta mañana los veo con toda claridad, ha sido una bendición que Uther me interrumpiera cuando iba a dibujarlos, hoy lo puedo hacer con mucho mayor detalle.

—¿Los estás dibujando en algún tipo de orden? —inquiere la hechicera antes de besar mi cabeza y hacerme temblar.

—En el orden en el que estaban colocados —respondo, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos mientras se me escapa un suspiro al sentir un suave beso en mi frente.

—Este de aquí, el que está más cerca del suelo, a la izquierda. ¿Lo ves? Está formado por tres líneas y recibe el nombre de *Iboib*, el enlace. Es la runa que une el resto de los símbolos con la magia que se encuentra en estado salvaje. Necesita algún tipo de condiciones especiales para activarse. Seguramente, en este caso necesitaba el influjo de la luna y su luz, junto a esa lluvia de estrellas que mencionas —explica, señalando con el dedo el primero de los símbolos.

—¿Reconoces algún otro símbolo?

—Estos dos de aquí se llaman *Abi* y *Afi*. Se forman con cuatro y cinco líneas en forma de espiga y están relacionados con el tiempo. Son como un reloj de arena. Una vez activados, mantienen el portal abierto por un tiempo determinado, aunque desconozco cuánta actividad

le concedió el poderoso hechicero que construyó ese portal, seguramente muy poco margen —admite Nimue—. Al menos es lo que yo hubiese hecho para evitar que, por casualidad, entrase alguien que no debiera.

—¿Cómo yo?

—Sí, como tú. Ese portal temporal fue creado con magia muy avanzada para poder llegar hasta Camelot desde el futuro, aunque desconozco si alguien más lo cruzó además de ti o se cerró justo a continuación —establece, estudiando con detenimiento las runas.

—Así que quizá le he estropeado los planes a algún poderoso hechicero…

—Es más que probable, y creo que ha sido una suerte para nuestro reino —confiesa, acariciando mi cuello con el reverso de su mano y haciéndome temblar.

—¿No debería haber otro portal exactamente igual aquí? —pregunto confusa, tratando de ordenar mis ideas y haciendo un esfuerzo por no darme la vuelta y quitarle el camisón.

—No necesariamente. Por lo que entiendo, ese portal conecta directamente con la energía mágica de Camelot y es la propia magia la que te lleva al lugar donde quieres ir dentro del reino. En tu caso te llevó al lugar más seguro para ti, a los aposentos de Uther mientras él se encontraba allí. Supongo que si hubieses sido Kaeth Adú, te habría llevado junto al espíritu del lago, en las ruinas de Myd. Sin embargo, si tú llegas a haber aparecido allí, habrías tenido una muerte horrible —expone de manera natural, como si cruzar portales a través del tiempo o aparecer frente a un espíritu del lago fuese lo más normal del mundo.

Mientras la hechicera explica sus teorías, voy terminando de dibujar la puerta lo mejor que puedo y, nada más acabar de trazar la última runa, la que se iluminó justo cuando me coloqué debajo de ella y abrió el portal, Nimue deja escapar un suspiro de auténtico pánico.

—¡Por los todos los dioses! —exclama aterrorizada, llevándose ambas manos a la boca.

—Houston, tenemos un problema, ¿verdad? —inquiero al observar su reacción.

—No sé quién es Houston, pero el problema es mucho más grande de lo que te imaginas. ¿Estás segura de que ese es el símbolo que has visto? ¿No puedes estar equivocada?

—Totalmente segura, me acuerdo bien porque se iluminó nada más colocarme debajo de él. Esa fue la runa que abrió la puerta. Tras iluminarse, empecé a sentir que algo tiraba de mi cuerpo, como si se estirase por una fuerza enorme y aparecí en los aposentos de Uther —agrego, recordando ese momento como si lo estuviese viviendo de nuevo.

Nimue se queda paralizada. Muerde su labio inferior con preocupación mientras cambia el peso de su cuerpo de un lado a otro sin saber cómo reaccionar.

—Ese símbolo… por los dioses, ese símbolo pertenece a los Primigenii. Solo ellos pueden invocarlo y, ojalá me equivoque, pero juraría que es el símbolo de la Hechicera Oscura, Kaeth Adú, la más poderosa de ellos. Si ha venido a Camelot y se une al asedio, no hay nada que podamos hacer.

—Pero ¿esa no debería vivir en las ruinas prohibidas de Mir?

—Myd.

—Bueno, eso. ¿No vive ahí?

—Hace mucho tiempo que no la han visto y nadie ha regresado con vida de ese lugar. Una vez, escuché al Primigenius comentar con el rey Constantino que en las ruinas habitaba un demonio terrible y que nadie debía acercarse a ellas, pero no mencionó nada de Kaeth Adú.

—¿Cómo que un demonio? ¿También hay demonios?

—Viajera, ese símbolo recibe el nombre de *Oikidizt*, la runa maldita. Debo comprobarlo en los manuscritos antiguos de la gran biblioteca. No se lo enseñes a nadie, por favor, y no

salgas de aquí, es muy importante —añade, abandonando sus aposentos a todo correr antes de que pueda decir ni una sola palabra más.

Suspiro, dejando escapar una gran cantidad de aire al tiempo que observo el símbolo que le ha causado tanta preocupación. Según ella, pertenece a la hechicera Kaeth Adú, la más peligrosa de los Primigenii y por la cara de terror que ha puesto, debe representar una amenaza muy grande.

Es muy extraño, porque en mi interior siento como si ese símbolo me fuese familiar. Hoy he recordado cada una de esas runas sin apenas esfuerzo, y ahora, incluso me empiezan a parecer familiares. Quizá sea de tanto repasarlas en mi mente mientras las dibujaba.

Sacudo la cabeza y me sorprendo dibujando el último símbolo en el aire. Nada más terminar de hacerlo, mi cuerpo se tensa y una energía extraña me atraviesa como si fuese una corriente eléctrica. Siento un fuerte pinchazo cerca del corazón, como si alguien hubiese desgarrado una parte con un fuerte tirón, separando la carne del hueso.

Por un instante, estoy segura de que voy a morir.

Permanezco absorta, inmóvil, mirando a la nada. Me rodean sombras que se mueven a mi alrededor. Escucho voces que emiten palabras que soy incapaz de comprender, hasta que alguien coloca las manos sobre mi frente y pronuncia órdenes en un dialecto extraño, como si fuera un conjuro, y poco a poco, la oscuridad se disipa.

Al abrir los ojos, observo a Nimue llorando frente a mí. Su rostro descompuesto, sin apartar las manos de mi frente. Abro la boca para agradecer su ayuda y no consigo sacar las palabras de mi garganta, empiezo a marearme y, de nuevo, me traga la oscuridad.

Capítulo 12



NIMUE

Tal y como me imaginaba, los antiguos manuscritos de la gran biblioteca confirman mis mayores temores.

El complejo símbolo que la viajera ha dibujado en la parte de arriba del portal es *Oikidizt*, la runa maldita. La firma personal de la Hechicera Oscura, Kaeth Adú. Solo pensar que pueda estar en Camelot me produce escalofríos porque significaría nuestra segura perdición.

Me aferro a la esperanza de que el portal estuviese programado para abrirse por un lapso de tiempo muy pequeño y en unas condiciones muy particulares. Confío en que al ser atravesado por la viajera, se haya cerrado sin permitir a la gran hechicera cruzarlo. De ser así, al menos ganaríamos unos meses hasta que se cumplan de nuevo las mismas condiciones y la Hechicera Oscura pueda llegar hasta nosotros. Quizá, sin ser consciente de ello, la viajera del tiempo nos ha salvado la vida a todos, al menos de momento.

Lo que no me explico es cómo ha sido capaz de dibujar el símbolo de Kaeth Adú de memoria y con todo detalle. Ya es difícil recordar todas esas runas, pero el símbolo de la gran hechicera es de una complejidad enorme. Sin duda, la memoria de la viajera debe ser prodigiosa.

Regreso a grandes pasos a mis aposentos y, nada más abrir la puerta, observo que Ana se encuentra en estado de trance. Está de pie en medio de la estancia, su cuerpo completamente rígido, la mirada perdida en algún punto indeterminado. Sus ojos azules se han vuelto de un color pálido, aterradoramente hermoso.

Permanece inmóvil, como una bella estatua de mármol, sin pestañear, totalmente ajena al mundo que la rodea.

Corro en su ayuda y coloco las manos sobre su frente, la energía que desprende es tan fuerte que eriza todos los pelos de mi cuerpo. Repito sin cesar el conjuro más poderoso que conozco, tratando de calmar la magia que la envuelve.

Temía que tarde o temprano esto pasaría. Sin duda, al atravesar el portal temporal, ha absorbido trazas de la magia prohibida de Kaeth Adú, que reaccionarán hasta acabar con su vida.

Gira la cabeza hacia mí con un movimiento brusco y el azul de sus ojos me taladra. Pero no parece verme, es como si mirase a través de mí, quizá en otro plano de la existencia.

Murmura en una voz profunda, como de un demonio o un espectro y, por unos aterradores instantes, estoy a punto de huir y abandonar mis aposentos, pero no puedo dejarla así. Debo intentar salvarla.

Repito el conjuro y, al terminarlo, sus ojos se quedan en blanco, pierde el conocimiento. La llevo como puedo hasta la cama y la tumbo sobre el colchón, preparando una pócima para tranquilizarla y calmar la fiebre que empieza a subir.

Mis ojos se llenan de lágrimas temiendo por su vida. Trato de evitarlo, pero sé que empiezo a sentir algo por ella. Cada vez que me pierdo en esos ojos azules, debo luchar para que no se me escape un suspiro.

Sé que es injusto, sé que ella no pertenece a nuestro tiempo y que mi deber es luchar para que vuelva al suyo. No puedo retenerla aquí conmigo, aunque eso es exactamente lo que mi corazón suplica que haga.

Cuando por fin abre los ojos, dejo escapar un largo soplido de alivio y no puedo evitar abalanzarme sobre ella para abrazarla. Beso sus labios, aunque la viajera tan solo me mira atónita, sin comprender lo que está ocurriendo.

—Creí que te perdería —confieso con los ojos bañados en lágrimas.

—¿Qué ha ocurrido? No recuerdo nada de lo que ha pasado. Dibujé una de las runas en el aire y me vi rodeada de sombras que se movían. Me hablaban en algún dialecto que no era capaz de entender hasta que has llegado. Al colocar tus manos en mi frente, se disiparon —explica con la tez pálida.

—Te rodeó una magia muy poderosa —le explico, todavía temblando—. Temía que esto pudiese ocurrir, por favor, sea lo que sea eso que has dibujado en el aire, no vuelvas a hacerlo bajo ninguna circunstancia. La magia siempre tiene consecuencias y la mayoría ni siquiera somos capaces de entenderlas. Al atravesar ese portal, has estado rodeada de una energía muy poderosa. Magia perteneciente a la propia Kaeth Adú. Ya es todo un milagro que sigas con vida o que el portal te haya dejado pasar. Te suplico que no corras ningún riesgo —solicito, limpiándome con la manga del vestido las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

Al ver despertar a la viajera, mi corazón se ha llenado de alegría. Cada vez soy más consciente de que empieza a significar mucho para mí. Sin embargo, lo que ha ocurrido me demuestra que se encuentra en un grave peligro, mucho más que el propio Camelot. Nadie puede exponerse a la magia de la gran hechicera y permanecer con vida. Seguramente, su suerte está echada, no sobrevivirá, pero tengo claro que haré todo lo posible para que esos preciosos ojos azules sigan brillando.

Capítulo 13



ANA

Cuando por fin me encuentro más recuperada, Nimue deja entrar a Uther, que lleva insistiendo en hacerlo casi toda la mañana.

—Nimue me ha dicho que has estado jugando con la magia y eso es peligroso si no la comprendes —bromea en tono distendido nada más adentrarse en los aposentos de la hechicera.

Desconozco si es por el nuevo brebaje que Nimue ha preparado, pero vuelvo a encontrarme repleta de energía. Ahora sí estoy completamente segura de que me siento más fuerte de lo que recuerdo haberme sentido nunca en la vida. Es como si todos mis sentidos se hubiesen agudizado. Incluso mi mente parece mucho más clara.

—Así que, al parecer, la principal diferencia entre el Camelot que ha transcendido hasta tu época y el nuestro es que mi hermano Arturo ha nacido una generación antes de tiempo —afirma Uther pensativo, pasándose una mano por su negra barba.

Al parecer, ha estado reflexionando sobre las distintas posibilidades y tiene ganas de hablar de ello con urgencia.

—Salvo que el futuro hijo de Igraine sea un niño y su esposa quiera llamarle Arturo —bromeo sintiéndome mejor, aunque la cara de asombro de Nimue al escuchar mis palabras me indica que es un chiste que no debería haber hecho.

Pronto me percato de que quizá el heredero al trono puede considerar mis palabras como un insulto e intento disculparme antes de que Uther vuelva a retomar su discurso.

—Desde luego, podría ser una posibilidad, pero no creo que eso llegue a ocurrir —asegura en tono serio—. Imagino que ya te habrás dado cuenta de que Arturo y yo no mantenemos una relación que pueda considerarse fraternal, ni siquiera cordial.

Sin saber muy bien qué contestar, solamente asiento con la cabeza. Es evidente que cada vez que el nombre de Arturo viene mencionado, su hermano Uther se tensa, como si el mero hecho de nombrarle fuese una provocación. Me muero de ganas por saber lo que ha ocurrido, aunque prefiero que sea él quien saque el tema y no yo. No quiero meterme en más líos de los necesarios.

—Arturo es dos años más joven que yo, pero siempre se creyó con derecho al trono por diversas razones —explica Uther con una mueca de disgusto—. He de reconocer que desde

que éramos niños ha sido mucho más diestro con la espada o con el arco. Era el favorito de mi madre y le hizo albergar esperanzas de reinar algún día sobre Camelot. Sobre todo, por tener una ligera conexión con la magia que yo no poseo. Mi madre, que los dioses la tengan en su gloria, era una mujer inestable y pensaba que los picos de magia durante el embarazo de Arturo habían sido una señal divina de que sería un gran rey en el futuro.

—Aunque eso es justo lo que dicen las leyendas que han llegado hasta el tiempo de la viajera —interrumpe Nimue, logrando un enfado monumental en Uther, que no logra disimular.

—¡Las leyendas son leyendas! —replica el heredero al trono alzando la voz—. Dependen de quién las escriba o de quién ordene escribirlas. La historia la escriben los vencedores.

Tanto Nimue como yo asentimos con la cabeza y, durante unos minutos, se forma un silencio incómodo, hasta que Uther retoma la palabra para proseguir con su historia.

—Fue un tiempo muy complejo para el reino. El padre de Igraine quería saber quién de los dos sería el heredero al trono de Camelot para desposar con él a su hija y sellar así el tratado entre ambos reinos. La situación se volvió tan difícil, que el Primigenius acudió en nuestra ayuda, ofreciéndose a elegir quién debía ser el sucesor —explica Uther en su habitual tono calmado.

—Entonces, ¿fue el propio Merlín quien te eligió como futuro rey en contra de Arturo? —pregunto asombrada, alzando las cejas—. En las leyendas de mi tiempo, y perdón por volver a mencionarlas, Merlín siempre fue muy leal a Arturo.

Uther y Nimue se miran perplejos al escuchar mis palabras y diría que hasta un poco asustados.

—No, Merlín nunca ha estado en el castillo, y espero que jamás llegue a pisarlo —grita Uther con evidente enfado—. Esa es justo la teoría de Nimue, que de alguna manera Arturo ha conseguido la ayuda de Merlín y pretende atacar el castillo.

Prefiero no decirle nada en vista de su actual enfado, no quiero jugarme la cabeza. A pesar de todo, no sé si es consciente de que las cosas empiezan a cuadrar demasiado bien con las leyendas que yo conozco y el futuro de Uther como rey no parece prometedor.

Si Merlín y Arturo atacan el castillo y tienen éxito como teme Nimue, las historias que han llegado hasta mi tiempo bien podrían tener una gran parte de verdad.

Arturo se convertiría en el rey de Camelot que, con la ayuda del mago Merlín, sería el reino más poderoso de la zona. No solo eso, sino que Arturo podría escribir la historia como él quisiera y describirse como el hijo de Uther e Igraine y no como el hermano que usurpó el trono por la fuerza, utilizando la magia de uno de los Primigenii.

—Mi hermano Arturo pensaba que yo era el favorito de nuestro padre —interrumpe el heredero—. Veía las cosas demasiado en blanco y negro, sin darse cuenta de que yo pasaba más tiempo con el rey simplemente porque era el hijo mayor. Era yo quien debería reinar algún día y debía aprender, mientras que Arturo gozaba de una libertad que no valoraba y que yo no tenía—continúa Uther ya más calmado.

—Pero entonces, si no ha sido Merlín quien vino al castillo a elegir al futuro rey de Camelot, ¿quién ha sido? —pregunto confusa, sin entender lo que me está explicando.

Uther suelta una sonora carcajada antes de seguir hablando.

—Mordred, ¿quién iba a ser si no? —espeta, llevándose una mano a la frente incrédulo.

A continuación, desvía la mirada hacia Nimue como si yo fuese tonta por no entender lo que me está contando.

—Solo hay tres Primigenii, que sepamos al menos. Si no es Merlín, tiene que ser

necesariamente Mordred, porque a nadie se le ocurriría pensar en Kaeth Adú —responde poniendo los ojos en blanco mientras ríe abiertamente y hace un gesto con la cabeza, como no creyendo lo que acaba de escuchar.

—¿Mordred es un Primigenii? —pregunto con los ojos como platos—. En las leyendas de mi tiempo, Mordred es un caballero y acaba muriendo a manos de Arturo en una batalla.

Ahora es Nimue la que se une a Uther en una abierta carcajada que parece no tener fin. Literalmente lloran de la risa, como si acabase de decir la cosa más estúpida del mundo.

—Aun siendo el menos poderoso de los tres Primigenii, las posibilidades de que Arturo pudiese matar a Mordred son completamente nulas —explica Nimue con una preciosa sonrisa, cogiendo mi mano entre las suyas.

A ellos puede parecerles muy divertido, pero la historia vuelve a cuadrar. Si Merlín se deshace de Mordred, Arturo puede contar la leyenda como le dé la gana. Puede decir que ha sido él quien mata a Mordred y la leyenda llegaría de esa forma al futuro.

—En vista de que las leyendas de tu tiempo y la realidad empiezan a desviarse demasiado, seguiré con la historia para que comprendas mejor nuestra situación —apunta el heredero al trono—. Mi madre no quería que Mordred se reuniese con Arturo para determinar si sería un buen rey. En cambio, prefería que lo hiciese Merlín, debido a la distinta percepción de la magia que tenían los Primigenii.

Sigo escuchando con educación, aunque empiezo a estar perdida y no quiero interrumpirle. Menos mal que Nimue parece darse cuenta de que no entiendo nada y corta momentáneamente a Uther para introducir una explicación que me ayude a aclarar las ideas.

—Mi señor —interrumpe Nimue en voz baja y haciendo un gesto con la mano como si pidiese disculpas—. Si se me permite, la viajera desconoce por completo la historia de los Primigenii. Pienso que debemos explicarle que, aunque estos seres son capaces de dominar la magia y han convivido con ella innumerables años, su percepción de la energía mágica es muy diferente. Mordred es de la opinión de que la magia puede resultar peligrosa y prefiere sellar los principales focos de energía antes de que pueda dañar a los humanos, mientras que Merlín quiere utilizar la magia como instrumento de poder y, por tanto, prefiere que circule libre.

—¿Y Kaeth Adú? —pregunto con interés, provocando que ambos crucen una extraña mirada antes de contestar.

—Kaeth Adú desea explorar los límites de la magia, saber hasta dónde se puede llegar sin importarle las consecuencias. Gracias a ello se ha convertido en la hechicera más poderosa, muy superior a los otros dos Primigenii unidos, aunque es altamente inestable. Gracias a los dioses, nunca ha tenido trato con los humanos, nos considera seres inferiores.

—Solo nos mata si tenemos la mala suerte de cruzarnos con ella o sus planes. Nadie en su sano juicio se acercaría a esa perturbada o a las ruinas prohibidas de Myd —añade Uther, negando con la cabeza.

—Las ruinas de Myd. ¿Por qué están prohibidas?

—Myd es donde Kaeth Adú pasaba gran parte de su tiempo, es su santuario. Cada Primigenii tiene uno. Según los antiguos pergaminos es el mayor foco de magia salvaje que existe. Dicen que ahora son solamente unas ruinas, pero nadie lo sabe. Cuentan las crónicas que allí habita Drarix, el espíritu maligno del lago, un demonio que las protege como buen servidor, hasta que Kaeth Adú regrese. Ni siquiera los otros dos Primigenii osarían acercarse a las ruinas de Myd —agrega Nimue con el rostro serio, casi aterrada.

Me muero de ganas por seguir preguntando sobre Myd o el demonio Drarix. Por muy

interesante que sea la historia de la sucesión al trono de Camelot, no puede pretender competir con historias de demonios o poderosas hechiceras oscuras. Por desgracia, Uther tiene otros planes y decide proseguir con su relato de manera unilateral.

—Antes de que fuese interrumpido por Nimue, estaba explicando que mi madre no quería que Arturo se reuniese con Mordred, aunque tuvo que aceptarlo. Pasamos tres días con el hechicero, hablando de todo tipo de temas. Tres días en los que Arturo aprovechó para hacer gala de sus conocimientos sobre magia y pociones que le enseñaba el inútil del anterior mago de mi padre. Al cabo de ese tiempo, yo estaba totalmente convencido de que elegiría a Arturo. Era superior a mí en las armas y en la magia. Por el contrario, el Primigenius confesó a mi padre que yo sería un mejor rey para Camelot —establece Uther Pendragon con orgullo.

—Y supongo que Arturo no se lo tomó demasiado bien —aventuro, alzando las cejas.

—No, no se lo tomó nada bien y nuestra madre tampoco. Estaba totalmente convencida de que Arturo sería el elegido y culpó de todo a Mordred. Pocos meses más tarde, nuestra madre murió de unas extrañas fiebres y mi situación con Arturo empezó a hacerse insostenible. En esos momentos, ya no había simplemente rivalidad, sino odio, lo que preocupaba enormemente a nuestro padre, el rey Constantino. El mismo día en el que Igraine llegó a Camelot para sellar de manera oficial nuestro enlace, Arturo desapareció y nunca más volvió a ser visto, aunque cada cierto tiempo llegan rumores sobre él —gruñe Uther, sacudiendo la cabeza.

—¿Como que se encuentra conspirando con el mago Merlín para atacar el castillo y hacerse con el trono? —inquiero, dirigiendo mi mirada a Nimue.

—Por ejemplo —asiente ella, apretando mi mano entre las suyas y mordiendo su labio inferior con preocupación.

Las ideas vuelan libres en mi mente tras escuchar esas historias de intrigas palaciegas, grandes hechiceros y demonios del lago. Tanto que casi hace que se me olvide que mi tiempo no es este. Allí afuera, en algún lugar o dimensión, hay otro mundo que me espera y al que de verdad pertenezco, aunque no sepa ni cómo llegar a él ni si podré hacerlo algún día.

Capítulo 14



ANA

Debe ser medio día. El sol se encuentra ya muy alto en el cielo. Hemos pasado una buena parte de la mañana conversando con Uther y mi estómago empieza a rugir con fuerza. Nimue se percata de ello y, con una de esas sonrisas que me aceleran el corazón, abandona sus aposentos unos instantes para ordenar que nos traigan algo de comer.

Mi cabeza sigue siendo un avispero de ideas tras escuchar las historias de Uther y, aprovechando que me quedo a solas con Nimue, trato de satisfacer mi curiosidad.

—¿Has estado alguna vez en las ruinas de Myd? —pregunto curiosa.

Nimue se detiene en seco, casi como si hubiese visto un fantasma. A punto está de dejar caer el frasco que tiene entre sus manos. Se da la vuelta lentamente y se acerca a mí, su rostro pálido.

—Ya has escuchado a Uther, nadie osaría acercarse a esa zona —admite con la mirada muy seria—. Cada cierto tiempo, alguna partida de caballeros se aventura en ese territorio para intentar capturar al demonio Drarix. Acuden allí en busca de fama y fortuna, aunque lo único que encuentran es una muerte segura. Nadie ha regresado jamás de ese lugar maldito —añade, y se le erizan los pelos de los brazos mientras habla.

—¿Qué tiene de especial? Aparte de que viva allí un demonio, claro, que ya es bastante —insisto, sin saber por qué ese sitio llama tanto mi atención.

Nimue se sienta a mi lado sobre la cama y pega su cuerpo al mío, cogiendo mi mano entre las suyas antes de seguir hablando.

—Al igual que Camelot está construido sobre un gran reservorio de energía mágica, existen otros lugares similares. Mordred ha intentado sellar una parte importante de ellos, aunque no todos. Los tres Primigenii tienen cada uno algo que llaman su santuario, es un espacio sagrado para ellos. Las ruinas de Myd son el territorio de la Hechicera Oscura. Como ya dije cuando hablamos con Uther, según los pergaminos antiguos, ningún lugar en la tierra posee tanta energía mágica. En su santuario, la magia de Kaeth Adú se torna mucho más poderosa, tanto como para convertir al demonio Drarix en su servidor —asegura Nimue con el gesto muy serio mientras aprieta mi mano.

—¿De dónde ha salido ese demonio? ¿Existen más como él? A ver, no puede haber demonios sueltos corriendo por ahí, ¿no? ¿O los hay? —inquiero, con un millón de

preguntas en mi mente.

—Eres muy curiosa, viajera, serías una buena hechicera —bromea Nimue, acariciando el reverso de mi mano con su dedo pulgar—. Cuentan las antiguas leyendas que Kaeth Adú, tratando de probar los límites de su magia, abrió un portal hasta el mismo Lelyal Morifer, un mundo prisión donde moran los demonios y el resto de los seres malignos. Drarix fue el primero que se aventuró a cruzar ese portal y fue capturado por la Hechicera Oscura, convirtiéndole en su servidor con un potente hechizo.

—¿Eso es cierto? —pregunto asustada—. ¿Tú crees que eso es posible?

Nimue rodea mi cintura con su brazo y me acerca hasta ella, besando mi mejilla y sonriendo.

—Nadie lo sabe, Ana de la mente curiosa. Desde luego, yo no pienso adentrarme en las ruinas de Myd para preguntar a Drarix o a Kaeth Adú, si es que sigue allí. Quizá sea solamente una leyenda para asustar a la gente, quién sabe. Una vez, Uther me dijo que había escuchado a Mordred decir que Kaeth Adú estuvo a punto de destruir a la humanidad dos veces mientras probaba sus límites. Muchos dicen que la propia Hechicera Oscura se encuentra prisionera en el inframundo de Lelyal Morifer, junto a los demonios y los otros seres infernales, y por eso nadie la ha visto en muchos años —explica Nimue acariciando mi mejilla.

—¿Tú crees de verdad que ese lugar existe?

—¿Lelyal Morifer?

—Sí, eso —asiento, mi voz justo por encima de un susurro.

Nimue simplemente se encoge de hombros y sonríe de nuevo.

—¿Quién sabe? Como te he dicho, no tengo ninguna intención de averiguarlo.

Al sentir la calidez de su mano sobre mi piel, no puedo evitar ladear el cuello, cerrando los ojos y dejando escapar un largo suspiro. Nimue coloca su frente sobre la mía. Acaricia con suavidad mi mejilla y mi cuello con el reverso de su mano. Mientras tanto, espero un beso que no llega.

—Cerca de Camelot, hacia el sur, existe un lugar llamado Stonehenge, que posee energía mágica sin sellar —continúa Nimue, sin que nuestros labios se encuentren—. Si no hay peligro de un ataque inminente y el rey nos proporciona una escolta de caballeros armados, te puedo llevar hasta allí para enseñártelo. Es el único sitio que se me ocurre en el que podríamos encontrar una forma de devolverte a tu tiempo, si exceptuamos las ruinas de Myd, claro. En cualquier caso, espero que Mordred aparezca y aporte algo de luz sobre este misterio.

Simplemente sonrío. No aparto la mirada de sus ojos color avellana. Por muy interesantes que parezcan sus historias, en estos momentos estoy mucho más interesada en ella. Sé que es raro, ni yo misma lo comprendo. Mi prioridad debería ser regresar a mi mundo, en cambio, cada vez que la hechicera me clava la mirada, me derrite.

Nimue se da cuenta y vuelve a apoyar su frente sobre la mía, dejando nuestros labios a milímetros hasta que, poco a poco, vamos borrando esa distancia y se encuentran en un maravilloso beso.

La joven hechicera recorre el interior de mis labios con la punta de su lengua antes de morder con cariño mi labio inferior. Sus suaves gemidos, apagados contra mi boca, son más que suficientes para hacerme enloquecer y no puedo evitar tumbarme en la cama, tirando de ella para que se coloque sobre mí.

Siento su peso sobre mi cuerpo, el olor a té de menta en su boca, la suavidad de sus

labios, la pasión de su sexo buscando el contacto con mi muslo. Cada uno de mis sentidos es capaz de percibir nuevas sensaciones y Nimue me está volviendo loca. Juro que jamás mi cuerpo ha estado tan perceptivo: cada roce, cada gemido, es una maravillosa tortura.

Tiro hacia arriba de la tela de su vestido, tratando de llegar a su piel mientras noto que su cálida mano se desliza por debajo de mi camisón, acercándose peligrosamente a mis pechos y arrancando un gemido de mi garganta. Muero de ganas por sentir su cuerpo desnudo sobre el mío, su piel en mi piel.

Unos golpes en la puerta de sus aposentos nos devuelven a la realidad. ¡Mierda!

Asustada, Nimue se levanta de la cama como un resorte, y se coloca bien el vestido, al tiempo que trata torpemente de peinarse antes de abrir la puerta. Dos hombres hacen una especie de saludo con la cabeza, entrando en sus aposentos y dejando sobre la mesa una abundante y suculenta comida.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo, riendo y negando con la cabeza, en cuanto los dos sirvientes abandonan la habitación.

Nimue todavía se encuentra algo pálida del susto. Sonríe y, cerrando los ojos, sacude la cabeza y mira hacia arriba, como pensando que ha faltado muy poco.

En vista de la interrupción, decidimos almorzar antes de que la comida se quede fría. Sobre la mesa, una sopa humeante que huele que alimenta llama mi atención. Nimue me explica que se llama sopa Teóloga y que es la preferida del rey Constantino. Me acerco un poco más a ella y, nada más hacerlo, puedo percibir el olor del pollo, la cebolla, leche, queso y pimienta. Es como si pudiese distinguir cada uno de los componentes solamente por el olfato.

El calor de la sopa me reconforta, rodeo el gran tazón con las manos mientras mis pupilas gustativas parecen darse un festín, discerniendo cada uno de los matices de sabor. Al mismo tiempo, mi olfato se deleita con los olores de la humeante sopa y las suculentas perdices que vienen a continuación.

Vuelvo a comer como una cosaca, con un apetito desconocido, como si mi cuerpo necesitase reponer una cantidad infinita de energía. Nimue me mira con asombro y me asegura divertida que nunca había visto a una mujer ingerir tal cantidad de comida, pero es que los platos que preparan en este castillo son una auténtica maravilla y, por algún motivo que desconozco, me cuesta quitarme el hambre.

Tras dar buena cuenta de los platos, y con una gran jarra de vino en nuestros cuerpos, nos tumbamos de nuevo en la cama. Mi corazón quiere salirse del pecho al observar a Nimue desnudarse frente a mí para vestir el camisón que llevaba puesto la noche anterior. Es bellísima.

—¿Te encuentras bien? Me gustaría saber si has sentido algo diferente desde que te rodeó la magia —pregunta, recostándose junto a mí.

—Me encuentro de maravilla, aunque quizá sea por la mujer que tengo a mi lado —bromeo con un guiño de ojo, deslizando la punta de mis dedos por el contorno de sus senos —. En serio, me siento llena de energía. Te parecerá una tontería, pero creo que jamás había estado tan alerta —reconozco con una sonrisa—. Ayer estaba muy cansada y, en cambio, hoy no queda ni rastro de ese cansancio. Me siento más viva que nunca, percibo multitud de olores y sabores, los sonidos de los pájaros en el jardín, el viento en los árboles, el calor de tu piel. Es como si todos mis sentidos se hubiesen despertado de golpe.

Nimue me devuelve la sonrisa y besa mis labios. Sabe al delicioso té de menta que acabamos de tomar, sorprendentemente efectivo, aunque echo de menos la pasta de dientes.

—Estoy muy preocupada por ti —admite de pronto, con rostro serio—. ¿Has perdido visión?

—No, todo lo contrario —respondo sorprendida—. Hace unos momentos, cuando me he asomado a la ventana, podía ver con claridad cosas que estaban muy lejos, quizá porque el día es muy claro, pero me extrañó. ¿Por qué me lo preguntas?

—Tus ojos son hoy más azules, de una tonalidad ligeramente más clara. No sé lo que significa, es posible que no tenga ninguna importancia, pero es crucial que me comentes cualquier cosa que te ocurra. Te repito una vez más que has estado en contacto con una magia demasiado poderosa y nadie sabe cómo reaccionará tu cuerpo ante ella —confiesa Nimue con un nuevo beso.

—Muy bien. Si noto algo te lo haré saber. Ahora, se me ocurren otras cosas que podemos hacer en vez de preocuparnos por algo que ni siquiera sabemos si ocurrirá —susurro, tratando de besarla.

—Ana, por favor. No sé si eres consciente del peligro que corres. Imagino que para ti no es fácil interpretar lo que te digo, en tu mundo ni siquiera existe la magia. Pero esto es muy serio. No quiero… no quiero perderte —añade, bajando la voz.

—Dime una cosa —solicito, rodeando su cuello con los brazos—. Cuando Uther me trajo aquí por primera vez y me examinaste, recuerdo que habías comentado que parecía que tenía algo similar a una pequeña semilla de magia en mi interior. ¿La sigues sintiendo? —pregunto con curiosidad.

—La explicación más probable es que sean trazas de la poderosa magia a la que has estado expuesta, no debes preocuparte —responde la hechicera, deslizando con lentitud su dedo índice por mis labios.

Dejando escapar un suspiro, lo beso e insisto con mi pregunta.

—¿Sigues sintiendo esa magia o no, Nimue?

—Para sentirla debo tocarte —reconoce, acariciando mi mejilla con su dedo pulgar—. ¿De verdad quieres saberlo?

Ante mi insistencia, Nimue accede a examinarme de nuevo en busca de magia. Retira uno de los tirantes del camisón para colocar la palma de la mano sobre mi pecho izquierdo, en mi corazón, y cierra los ojos concentrada.

—¿La sientes? —pregunto con curiosidad.

—Siento tu pezón ponerse duro bajo mi mano y tu corazón latiendo con fuerza —bromea, cubriéndome con su cuerpo y llenándome de besos.

—Hablo en serio, Nimue —insisto.

—Sigue ahí, y ha crecido. Ha crecido mucho —confiesa la hechicera perdiendo la sonrisa y juraría que sus ojos se han humedecido.

Capítulo 15



ANA

Todo parece normal.

Me despierto e inspiro una gran cantidad de aire, esperando aparecer de nuevo en mi hogar. Por desgracia, cuando abro los ojos, estoy tumbada sobre un duro e irregular colchón, en la cama de Nimue, rodeada de cortinas.

Las gruesas mantas de lana me pican en la piel. En una esquina, el fuego de la chimenea chisporrotea ya muy débil, tras pasar toda la noche encendido, pero ha cumplido su función de mantener caliente la estancia de paredes de piedra. A través de la ventana se cuela una brisa tan fría que corta la cara.

Dejo escapar con lentitud el aire de mis pulmones, comprobando que Nimue ya no está conmigo en la cama, aunque su olor continúa entre los almohadones. El colchón ni siquiera está caliente. La joven hechicera debe de haberse levantado hace ya un buen rato.

Llevo apenas dos días en Camelot y mi confusión crece por momentos. Sacudo la cabeza en un intento por ordenar mis ideas, reflexionando sobre por qué las historias que han llegado hasta mi tiempo no se corresponden con lo que aquí ocurre. O al menos, no se corresponden de momento, quizá sucedan en el futuro.

No lo he comentado con Nimue, pero cabría la posibilidad de que el hechicero que construyó el portal en mi mundo se mueva entre presente y futuro con libertad. De ese modo habría podido modificar la historia y las leyendas.

Si no fuese por Nimue, creo que me volvería loca, es ella quien consigue que permanezca anclada a la realidad, que siga luchando por encontrar una manera de volver a casa.

Corro una de las cortinas y salgo de la cama. Mis pies descalzos se posan sobre la suave piel de algún animal, que evita el frío suelo de piedra del castillo. Miro alrededor y no hay ni rastro de Nimue, aunque me ha dejado algo de leche, cubierta ya de nata al enfriarse, y lo que parecen unos dulces para desayunar.

Me sorprendo a mí misma devorando el desayuno, al igual que he hecho con cada comida en el día anterior, degustando toda la variedad de sabores y olores. No entiendo por qué tengo tanta hambre.

Soy incluso capaz de escuchar sonidos en el pasillo del castillo, más allá de la puerta de los aposentos de Nimue, cosa que no había conseguido hacer el día anterior. Es como si mis

sentidos se estuviesen agudizando, aunque seguramente sea por la ausencia de ruidos y contaminación en comparación con mi tiempo. Supongo que según me voy acostumbrando a esa situación, mis sentidos se despiertan.

Mientras me concentro en escuchar esos sonidos, me percato de unos pasos ágiles que se acercan a la habitación y reconozco las pisadas de Nimue antes incluso de que abra la puerta.

—¡Ha venido el Primigenius! —chilla con los ojos iluminados—quiere hablar contigo cuanto antes.

Me desprendo del camisón y me visto a toda prisa con la ayuda de la hechicera, que me observa con detenimiento. Muerde instintivamente su labio inferior mientras me viste y, si no fuese por las ganas que tengo de encontrar una solución que me devuelva a mi tiempo, le quitaría esa túnica a mordiscos.

Nimue parece estar tan ansiosa como yo por encontrar respuestas y, antes de que me quiera dar cuenta, estamos recorriendo los fríos pasillos en dirección al salón del trono para encontrarnos con Mordred.

Caminamos con prisa a través de unos patios interiores interconectados, donde numerosos soldados se ejercitan con las armas. Nuestro destino es la zona sur del castillo, en la que se encuentran los aposentos de los miembros de la casa real y el salón del trono. Por el camino, nos cruzamos con varios caballeros armados de aspecto imponente que nos observan impasibles, casi sin pestañear.

Al llegar ante la enorme puerta que conduce hasta el salón del trono, Nimue saluda a los guardias de la entrada, estos le hacen un gesto con la cabeza y se apresuran a abrir para permitirnos el paso.

Sin embargo, justo cuando la gran puerta de madera y forja comienza a abrirse, siento un mazazo que me deja sin respiración. Es algo similar a lo que había sentido al colocarme bajo el arco del portal, antes de que aquella poderosa fuerza atrapase mi cuerpo y empezase a estirarlo.

De manera instintiva, me llevo la mano al corazón, temiendo sufrir un infarto. Me apoyo en la fría pared de piedra y voy dejando caer mi cuerpo hasta quedarme sentada en el suelo, provocando una mirada de preocupación en Nimue, que sujeta mi rostro entre las manos con los ojos bañados en lágrimas.

—¿Qué te ocurre, Ana? Por favor, dime que te encuentras bien —suplica angustiada, arrodillándose a mi lado.

Lentamente, recupero la respiración y comienzo a sentirme algo mejor, aunque un sudor frío recorre mi frente. Nimue me explica que ha sentido un fuerte pico de magia cuando se abrió la puerta, posiblemente por la presencia del Primigenius. Me asegura que no debo preocuparme y que sería normal que yo también lo hubiese percibido, quizá magnificado, al contener mi cuerpo trazas de una magia poderosa.

De pronto, se pone muy seria y me coge por el codo, conduciéndome por el pasillo, lejos de la puerta, alejadas de los guardias armados, como si no quisiese que nos escucharan.

—Hay algo sobre lo que debemos hablar antes de que te examine el Primigenius. Ya te he comentado que creo que nos encontramos al borde de un gran peligro, a punto de sufrir un ataque liderado por Arturo y Merlín para usurpar el trono del rey Constantino —asegura, bajando el tono de voz hasta convertirlo en un susurro y con una evidente preocupación en su rostro—. Puede que realmente poseas algún tipo de magia, aunque no lo sepas, y no sean simplemente trazas de energía tras haber cruzado el portal.

—¿Crees… crees que eso es posible? —pregunto confusa.

—No podemos descartar nada. Quizá se encontraba latente, dices que en tu mundo no existe la magia, así que nunca la habrás sentido, a pesar de estar en tu interior. Si eso fuese así, es probable que debas aprender a canalizar esa magia para intentar sobrevivir en un ataque. No sé el tiempo que te queda para aprender algo, tendría que ser muy básico en el caso de que el Primigenius no pueda devolverte a tu mundo casi de inmediato —explica un poco acelerada.

—¿Tú podrías enseñarme?

—Sí, claro, podría hacerlo. Pero te lo digo porque quiero que seas consciente de que el uso de la magia te cambiará para siempre. Si tomas esa decisión, no volverás a ser la misma, y cuanto más poderosa la magia, más demandará de ti.

—¿Por qué me lo dices ahora?

—Quería que lo supieses antes de hablar con Mordred. Desconozco los planes que tiene para ti, con el Primigenius nunca se sabe, pero eres tú la que debe decidir. Esa decisión es tuya, no del Primigenius o del rey. Solo tuya y es de extrema importancia, no quiero que sufras —revela Nimue, clavándome en el alma sus ojos color avellana.

En los dos días que he estado junto a ella, nunca la había visto así de agitada, ni siquiera cuando Igraine la acusó de conspirar contra la corona. Está pálida, sus ojos reflejan una preocupación genuina que hace que se me forme un nudo en la garganta, así que guardo silencio, tratando de elegir bien las palabras antes de continuar.

—Nimue, mi vida ya ha cambiado para siempre, y tengo la impresión de que va a cambiar mucho más —expongo, cogiendo sus pequeñas manos entre las mías y tratando de esbozar una sonrisa—. Estoy segura de que he atravesado esa puerta por equivocación, pero quiero que sepas que conocerte ha sido una de las mejores cosas que me han pasado. Ocurra lo que ocurra, eso nada lo va a cambiar —le aseguro, levantándole la mano para besar sus nudillos.

En silencio y algo más calmadas, regresamos sobre nuestros pasos. Una vez que los caballeros armados nos permiten la entrada, franqueamos la enorme puerta del salón con una solemnidad digna del entorno.

Allí se encuentra el viejo rey Constantino, sentado en su trono. También están Uther, su esposa Igraine y un hombre anciano, cubierto con una túnica verde y apoyado sobre un enorme bastón que imagino que es el Primigenius.

En cuanto nos acercamos un poco más y saludamos, todos los ojos se centran en el nuevo visitante, que parece observarme con sumo detenimiento, sin pronunciar una sola palabra.

El silencio se vuelve demasiado incómodo, lo que aprovecho para fijarme un poco más en él. Parece muy viejo, sería difícil adivinar su edad, aunque irradia una energía inmensa, una fuerza tan grande que parece que la puedes tocar. Sus ojos son penetrantes, de un color gris claro precioso, casi transparente, y se apoya en un grueso bastón que se asemeja a un tronco retorcido.

—Sabía que volvería a verte, aunque tenía la esperanza de que no fuese así —reconoce, meneando lentamente la cabeza.

Prefiero no hablar. Yo nunca he estado en este tiempo, así que no podemos conocernos, salvo que él haya viajado al futuro. Aun así, por algún motivo me resulta familiar, aunque no creo que nos hayamos encontrado nunca. Quizá le estoy asociando al mago de una famosa trilogía de películas. Seguramente sea eso.

En cualquier caso, en mi corazón se abre una brizna de esperanza. Si afirma que me

conoce, es señal de que ha viajado al futuro, y si él lo ha logrado, es muy probable que pueda devolverme a mi tiempo, por fin a mi hogar.

—¿Es posible que no recuerdes nada de nada? —insiste el anciano, observándome con sus ojos penetrantes y colocando su cara a escasos centímetros de la mía.

—No —respondo, negando con la cabeza.

Ni siquiera se digna a contestarme y de pronto, cerrando los ojos, palpa con su mano libre el aire alrededor de mi cuerpo, como tratando de encontrar algo invisible.

—Es increíble, un trabajo maravilloso. Jamás pensé que se podría hacer una labor de tal precisión —indica, ahora dirigiéndose a Nimue, que le mira sin entender nada.

El Primigenius deja su bastón apoyado sobre una silla y abre ahora las dos manos, caminando con lentitud alrededor de mi cuerpo y palpando el aire como había hecho con anterioridad.

Más que un mago, parece un loco.

—¿Has sentido su magia? —pregunta, dirigiéndose de nuevo a Nimue, como si yo no estuviese presente o fuese invisible. Quizá me considera alguien tan insignificante que no se digna a hablar conmigo.

Ella asiente con la cabeza y le indica que ha percibido la pequeña semilla de magia en mi interior, aunque desconoce si son trazas de energía tras haber cruzado el portal o realmente soy poseedora de un poco de magia. Afortunadamente, no menciona que la magia de mi interior parece haber crecido desde mi llegada, supongo que para evitarme problemas.

—Lo que has percibido, joven hechicera, es una obra maestra del engaño —exclama el Primigenius con una fuerte carcajada que retumba en toda la estancia—. Un engaño tan perfecto que ha conseguido engañarse a sí misma. Indetectable fuera de un entorno mágico y, aun así, muy difícil de localizar. Un camuflaje perfecto. Es verdaderamente fascinante, un trabajo maravilloso.

Tras expresar esas palabras, permanece sumido en un larguísimo silencio, como si estuviese en trance. Mientras tanto, el resto de los asistentes a la extraña reunión nos miramos los unos a los otros, sin entender nada de lo que ocurre.

Cuando por fin retoma la palabra, la tensión en la sala es tan grande que prácticamente se podría cortar con un cuchillo, aunque lo que viene a continuación no ayuda en absoluto a que los ánimos se relajen.

—Nimue es de la opinión de que estamos a punto de recibir un ataque de Arturo, ayudado por Merlín. Sus observaciones, junto a los acontecimientos ocurridos, me indican que su teoría es muy probable —confiesa, alzando las cejas ante la mirada aterrada del rey Constantino y su hijo Uther.

—Llevamos mucho tiempo sin ver a Merlín —exclama el heredero—. ¿Qué motivos tendría para ayudar al traidor de mi hermano?

—Arturo es solamente una marioneta en sus manos —explica el Primigenius en tono pausado—. Su aspiración es dominar el mundo y, con Kaeth Adú desaparecida, nadie tiene el poder necesario para enfrentarse a él. Aunque supongo que, pensándolo bien, a Kaeth Adú le hubiesen dado igual sus planes para dominar el mundo.

—¿Por qué no nos ataca directamente? —cuestiona Nimue confusa—. Su poder es suficiente como para asaltar el castillo él solo.

—Sin duda lo es, pero si el resto de los reinos observan un ataque unilateral por su parte, se formaría una gran alianza en su contra. Una alianza tan poderosa que Merlín posiblemente tendría las de perder —reconoce el Primigenius—. Por eso lo camufla como

una batalla por la sucesión al trono de Camelot, y esa será la primera piedra para continuar con sus planes. Utilizará la ambición desmedida de Arturo en su favor.

—Se dice que Arturo ha conseguido el apoyo de casi todas las tribus celtas y cuenta con un ejército de más de cincuenta mil hombres. ¿Qué posibilidades tenemos de repeler un ataque tan formidable si recibe la ayuda adicional de Merlín? —pregunta apesadumbrado el viejo rey Constantino.

—Normalmente, te contestaría que ninguna, viejo amigo, pero los acontecimientos han tomado un giro tan inesperado que nadie lo podía haber previsto. Ni siquiera Merlín o yo mismo —confiesa el mago, dibujando una enigmática sonrisa en sus labios.

Capítulo 16



NIMUE

Observar cómo el cuerpo de la viajera se estremece me causa una gran aprensión. Nada más abrir la puerta, ha percibido la presencia del Primigenius. Yo he sentido esa misma energía, pero en su caso, fue como si hubiese recibido un golpe en pleno estómago.

Sacudo la cabeza y trato de no pensar en ello. Supongo que, simplemente, su organismo todavía no se ha adaptado a estar rodeado de magia. Aun así, decido avisarla antes de entrar.

Desconozco si realmente es poseedora de magia o, por el contrario, son solamente trazas de energía. En el caso de que sea lo primero, es muy probable que Mordred exija que luche a nuestro lado, negándose a ayudarla a que regrese a su tiempo. Ana debe ser consciente de lo que se juega. Incluso si sobrevive, la magia la cambiará para siempre. Nunca más será la misma persona.

La actitud del Primigenius en el salón del trono es de lo más extraña. Me desconcierta por completo. Las pocas veces que le he visto siempre ha sido un hombre difícil de entender, supongo que atesora un nivel de sabiduría que sobrepasa a cualquier humano y de ahí la distancia en nuestros razonamientos.

Esta vez, en cambio, es diferente. Asegura haber conocido a la viajera en algún lugar, posiblemente en el futuro. Eso implicaría que Mordred ha viajado en el tiempo, quizá a través del mismo portal u otro de similares características. Pienso que a través de otro diferente, ya que este incorporaba a *Oikidizt*, la runa maldita. El sello de la gran hechicera.

Quizá los tres Primigenii se desplazan habitualmente por el tiempo y el espacio a través de una red de portales. En cualquier caso, eso significaría que existe una manera de devolver a la viajera a su casa. Por mucho que me duela separarme de ella, el propio rey Constantino ha reconocido los rumores: Arturo ha reunido un ejército de cincuenta mil hombres. Si además es cierto que está apoyado por Merlín, Camelot no es el mejor lugar para encontrarse en estos momentos.

Cualquier posibilidad, por remota que sea, de devolver a Ana a su tiempo será bien recibida por mi parte. Es mi destino, tener que separarme siempre de las personas por las que siento algo.

Pero, si extraño ha sido el recibimiento, la valoración que ha hecho sobre la magia de la viajera me ha dejado aún más confusa. Es cierto que Mordred casi nunca habla claro, es la

naturaleza de su ser; sin embargo, no he sido capaz de entender ni una sola palabra de lo que ha dicho. Todavía no sé si Ana es poseedora de magia o en qué consiste el trabajo de camuflaje del que tan enigmáticamente habla el mago.

IGRAINE

Al fin, Arturo ha sido capaz de reunir un gran ejército y marcha ya hacia Camelot.

Por lo que me ha dicho, no ha sido nada fácil convencer a algunas de las tribus celtas, a pesar de que casi todas odian el dominio que el rey Constantino y Camelot ejercen sobre la zona.

Anhelo el momento en el que mi amado Arturo entre triunfante por la puerta del castillo, reclamando su derecho legítimo al trono. Camelot debe estar gobernado por un monarca bendecido por la magia. Ni Constantino ni Uther lo han sido. Son reyes débiles, no guerreros como Arturo.

La última vez que hablé con él no tenía ninguna noticia del gran hechicero Merlín. Me informó que se encontraba muy lejos, en tierras remotas y desconocidas, aunque Mordred parece dar por sentado que ahora Merlín formará parte del ataque.

Al escuchar esas palabras, mi corazón se reconforta. La llegada de Mordred al castillo ha sido un gran jarro de agua fría; complica sobremanera las posibilidades de éxito, pero, si Merlín se une al asedio, no hay nada que temer. El triunfo está asegurado.

Me pregunto si los espías de Arturo están al tanto de la visita de Mordred, espero que sí. Yo debo reunirme con él mañana, en las inmediaciones del bosque oscuro, tal y como acordamos en nuestra última cita.

Sin embargo, con el Primigenius en Camelot y la presencia de la extraña viajera, no puedo arriesgarme. Si el viejo rey se entera algún día de que estoy conspirando para que Arturo se siente en el trono, mi vida no tendrá ningún valor, por mucho que mi padre tenga un pacto con el reino.

Debo jugar bien las cartas, ser paciente. Pronto, mi amado Arturo será rey y nuestro futuro hijo el príncipe heredero. Siento su fuerza en mi vientre, su estrecha conexión con la magia de la ciudad, como le ocurría a su padre. A medida que se acerca el momento del parto, los picos de magia se han hecho más claros, señal inequívoca de su poder. Eso es algo que jamás había sentido con los débiles hijos que Uther me engendró y que nunca llegaron a nacer.

Cada vez que pienso en el inútil de Uther Pendragon se me revuelve el estómago. Cuando nuestros reinos firmaron el pacto que llevaría a mi boda, estaba convencida de que Arturo sería el elegido, el futuro rey de Camelot. No comprendo qué se le pudo haber pasado por la cabeza al viejo testarudo de Mordred para no seleccionarle.

Mi corazón ya pertenecía a Arturo antes de ese momento y no ha cesado de ser suyo desde que le conocí. En su lecho me siento una mujer completa, algo que Uther nunca supo darme. Cuento los días hasta volver a estar con él y, saber que un día llegará a ser rey y que llevo su hijo en mi vientre, es lo único que me mantiene con vida. Es lo que me permite soportar al imbécil de mi marido y a su decrépito padre.

Nimue siempre ha supuesto un peligro. Estoy convencida de que sospecha algo. Por algún motivo, de continuo, ha estado en mi contra. Me imagino que es la amante de Uther, por eso no funciona como hombre en la cama. No me importa, me conformo con que no deje embarazada a esa estúpida hechicera.

En cualquier caso, si Nimue no muere en la batalla, Arturo me ha asegurado que será la primera en caer cuando tome el castillo, eso después de dársela como premio a sus soldados

más valientes para que hagan con ella lo que quieran. Espero que sobreviva al asedio para que su fin sea aún más doloroso y humillante. La odio con todo mi ser.

Y ahora está la extraña mujer que ha llegado hace tres días. Ha venido con el cuento de que viaja desde el futuro. Siendo Uther y Constantino tan estúpidos como son, han caído en el engaño sin ni siquiera dudarlo. Estoy segura de que esas dos conspiran algo, quizá ayudadas por el Primigenius.

Arturo siempre ha sospechado que la joven hechicera tiene aspiraciones de ostentar un día la corona de Camelot. Nimue quiere ser una gran reina, al estilo de Boudica. Debí haberla envenenado hace tiempo como me sugirió. Ahora me arrepiento de no haberlo hecho, menos mal que el asedio está cercano y apenas le restan días de vida.

Capítulo 17



ANA

El dichoso mago parece hablar con acertijos y me pone muy nerviosa. No me fio nada de él. Si este es el que tiene que lograr que vuelva a mi tiempo, lo tengo bastante mal. Parece más un charlatán de feria que un gran hechicero.

—¿Puedo preguntar algo? —inquiero con un hilo de voz, sin atreverme a mirarle a los ojos.

—Debo imaginar que tienes millones de preguntas que se responderán a su debido tiempo, Ana de la mente curiosa. Algunas de las cuales, todavía no estás preparada para conocer las respuestas —responde el mago en su habitual lenguaje críptico.

—Pero, joder, ¿puedo preguntar o no? —insisto, empezando a perder la paciencia con el hechicero, ante la cara de asombro de Nimue.

—Puedes preguntar, aunque quizá yo pueda no responder —replica Mordred sin perder la calma.

Joder con el puto mago de mierda, ya está empezando a volverme loca. Como si yo no tuviese suficientes problemas con haber aparecido en medio de Camelot, así por las buenas. En este punto ya no sé si merece la pena que siga insistiendo o no, porque parece que me está tomando el pelo en vez de ayudarme.

Eso, desde luego, no ocurre en las películas que había visto sobre Camelot: los magos siempre ayudaban. Respiro hondo para intentar tranquilizarme y decido intentarlo otra vez, aunque en esta ocasión, con algo que no sea sobre mí, para ver cómo reacciona.

—¿Cómo es posible que en las historias de mi tiempo se recuerde Camelot de una manera totalmente diferente? —pregunto extrañada—. Quiero decir, en mi tiempo, Arturo es un gran rey y no un usurpador: Merlín es un gran mago, y no existe eso de los Primigenii. Hay muchas diferencias.

Mordred me mira con sorpresa, como si no tuviese ni idea de lo que estoy hablando.

—Contestaré a tu pregunta —responde pausado, tocándose su larga barba como si quisiese estirarla aún más—. Yo diría que caben dos explicaciones. La primera es que Merlín haya logrado utilizar el mismo portal que tú u otro similar para llegar hasta el futuro y cambiar la historia. Quizá, la explicación más sencilla es que haya ocurrido de verdad; que Arturo se haga con el trono ayudado por Merlín y escriba la historia como le plazca —

concluye.

—Pues vaya plan —mascullo para mí misma.

Me quedo observándole con cara de póker, porque ninguna de las dos opciones me parece nada atractiva. Sin embargo, mi preocupación no es nada comparada con la que aparece en la cara del resto de los asistentes a esta extraña reunión.

Uther tiene el rostro descompuesto. Nimue se ha quedado pálida y el viejo rey esconde la cara entre las manos, negando con la cabeza con desesperación. La única a la que parece que no le ha afectado, o incluso que se alegra, es Igraine, que por algún motivo, empieza a caerme muy mal.

—Nimue me ha comentado que ese portal temporal tenía una runa que limitaba el tiempo en el que permanecía abierto. Si Merlín ha cruzado el portal hasta el futuro y yo lo he cruzado de vuelta, ¿es posible que el mago siga allí? —pregunto, intentando romper la tensión que reina en el ambiente.

—Ciertamente, es una posibilidad —asiente el mago sin explicar nada.

—El portal tenía la marca de Kaeth Adú —interrumpe Nimue—¿puede Merlín traspasarlo?

—Oh, tengo muy claro que el portal fue construido por la Hechicera Oscura. Es una magia demasiado poderosa y, sobre todo, demasiado peligrosa. Solo ella sería tan insensata como para hacer algo así. En cuanto a tu pregunta sobre si Merlín puede canalizar la suficiente magia como para aprovechar ese mismo portal, yo diría que es posible, aunque no lo puedo asegurar —indica Mordred de nuevo con evasivas.

—La viajera lo ha atravesado —expone el rey Constantino señalándome con la barbilla —si ella lo ha podido hacer, sin duda Merlín será capaz.

—Eso es una historia muy diferente, mi viejo amigo, que quizá pueda compartir con vosotros a su debido tiempo —establece el mago, desesperándome por completo con sus medias respuestas.

Mientras charlamos en círculos, sin llegar a ninguna conclusión útil, observo que Uther está que se sube por las paredes. Se revuelve en su silla, sacude la cabeza, mira hacia el techo, aprieta la empuñadura de su espada. Parece estar a punto de estallar en cualquier instante.

—¡Centrémonos en lo importante!—exclama de pronto, alzando la voz y consiguiendo atraer la atención de todos los presentes—. Es la segunda opción la que más me preocupa. Si Arturo se dirige a Camelot con un ejército de cincuenta mil hombres y obtiene la ayuda de Merlín, tomará el castillo sin ningún problema. Sin duda esa es la opción más sencilla para explicar los cambios en la historia de Camelot que han trascendido hasta el futuro.

Al escuchar sus palabras, pienso que tiene toda la razón. Aunque el mago Merlín hubiese llegado hasta el futuro, cruzando el portal de Kaeth Adú, tendría que haber llegado en diferentes épocas y lugares para ser capaz de generar las leyendas artúricas. Sin duda, la explicación más coherente es que tomen el castillo, Arturo se convierta en rey y luego escriban la historia como quieran.

Yo, desde luego, preferiría a un Merlín viajando en el tiempo y cambiando poco a poco la historia que verme involucrada en un asalto. Sin querer, doy vueltas entre mis dedos al colgante con veneno que Nimue me ha entregado, y recuerdo sus palabras, advirtiendo que no permita que me capturen con vida. No quiero ni pensar lo que les puede pasar a los perdedores en esta época, sobre todo a las mujeres.

De nuevo, se hace un silencio denso e incómodo. Atronador. Uno de esos silencios en los

que se te hace difícil respirar. Un sudor frío recorre mi frente y tengo que secar mis manos sobre la túnica, mientras observo al mago ponderar sus ideas, pensativo antes de tomar la palabra.

—Los viajes en el tiempo son algo nuevo, incluso para mí —reconoce, acariciando su larga barba—. Hasta hoy, desconocía que pudiera hacerse. Sabía que Kaeth Adú trabajaba en ello, ella misma me lo dijo la última vez que hablamos, hace ya mucho tiempo. Pero también me comentó que quería abrir de nuevo un portal al mundo prisión de Lelyal Morifer y estaba dispuesta a explorarlo. Ciertamente, confiaba en que estuviese encerrada en ese infierno para siempre, sin poder salir.

—Pero el éxito de mi hermano Arturo usurpando el trono sería la explicación más sencilla —insiste Uther impaciente con un fuerte bufido. Parece que no le interesa ni las aventuras de la Hechicera Oscura, ni los viajes en el tiempo—. Eso significa que lo conseguirá.

—No necesariamente, joven Uther —explica el mago, colocando las manos sobre los hombros del heredero al trono—. Cualquier cambio en el presente, modifica el futuro. A veces, simplemente un pequeño cambio, por insignificante que parezca.

—No lo entiendo —se desespera el heredero.

—Es posible que el futuro que ha conocido la viajera del tiempo sea lo que efectivamente ocurrió. En cambio, su sola presencia en Camelot puede modificarlo. Es más, estoy casi seguro de que lo modificará. De ese modo, el futuro se cambiaría de manera automática. Si un día regresa, quizá lo haga a un futuro muy diferente. El tiempo y el espacio son cuestiones muy complejas. Ahora, los acontecimientos han tomado un giro tan inesperado que ni Merlín ni yo los podríamos haber imaginado, mucho menos Arturo. Quién sabe lo que ocurrirá.

Juro que el mago me desespera con sus acertijos y respuestas a medias. Nunca explica las cosas como son. Así es muy fácil dar consejos. De poco le sirven tantos siglos de experiencia para eso, menuda decepción con el Primigenius.

Todo esto acabará causando un infarto al pobre Uther y quizá esa sea la explicación correcta de por qué Arturo llega al trono de Camelot. Quizá muere de un ataque al corazón, porque le empiezo a ver congestionado.

—¿Puedes explicar ese giro en los acontecimientos que has mencionado, mago? —chilla el heredero al trono, perdiendo los modales ante el asombro de todos.

El hechicero no parece inmutarse. No se enfada. No le convierte en sapo, ni nada por el estilo. Sonríe y acaricia su gran barba blanca antes de responder.

—Antes quisiera estar seguro sobre la decisión que tomarás, viajera del tiempo —expone, observándome con mirada inquisitiva y helándome la sangre—. Si llegase a producirse un ataque, ¿ayudarías a Camelot? ¿Ayudarías a Nimue?

Intercambio una mirada de asombro con la joven hechicera, que ha vuelto a quedarse pálida. Nadie en la corte sabe que entre nosotras existe algo, aunque sea incipiente. En cambio, el mago parece haberlo reconocido.

—Ayudaré a Camelot en todo lo que pueda, aunque poco soy capaz de hacer, porque ni sé luchar, ni sé cómo usar la magia, suponiendo que sea verdad que habita en mi interior —le aseguro, cerrando los ojos y dejando escapar un largo suspiro, sin ser consciente de lo que acabo de decir.

—Es todo lo que necesitaba escuchar —interviene el mago con una media sonrisa—. Nunca has faltado a tu palabra.

De nuevo, no tengo ni idea de a qué se refiere, pero, ni siquiera me da tiempo a pensarlo. Mordred alza las manos en mi dirección y empieza a moverlas muy lentamente, como si estuviese dirigiendo una orquesta. Pronuncia palabras extrañas e irreconocibles, cantando en voz baja, con un tono muy grave, sus ojos en blanco, en estado de trance.

De improviso, un dolor agudo se apodera de mi cuerpo, tan grande que me hace caer de rodillas sobre el suelo. Un dolor como si los órganos se estuviesen desgarrando dentro de mí, como si alguien estuviese separando la carne del hueso.

Grito, suplico que se detenga. Apoyo la frente en el suelo, encogiéndome de sufrimiento mientras escucho los alaridos de Nimue. Implora al mago que cese en su conjuro, que interrumpa mi agonía antes de que me termine matando.

Me falta el aire. Soy incapaz de respirar, es como si mis pulmones hubiesen colapsado. Me retuerzo en el suelo en una insoportable agonía hasta que, de pronto, todo se detiene. El dolor ha cesado. Tan solo siento el frío suelo de piedra en mi piel mientras trato de recuperar la respiración, y las cálidas manos de Nimue, que ha corrido para intentar levantarme.

Con los ojos llenos de lágrimas, apenas soy capaz de alzar la cabeza. Observo al mago, sin comprender por qué me ha causado este dolor. No tengo fuerzas para que las palabras abandonen mi garganta, pero juro que si tengo ocasión le arranco la cabeza a ese hechicero. Mordred parece reconocer mi mirada suplicante y me asegura que lo entenderé a su debido tiempo.

Es lo último que consigo comprender. El resto son apenas murmullos ininteligibles que ni siquiera puedo identificar de dónde provienen. Los gritos de Nimue se mezclan con palabras extrañas en otro idioma, voces apagadas que no consigo registrar, hasta que una oscuridad total me envuelve y todo se acaba.

Capítulo 18



NIMUE

Mi mente es incapaz de procesar lo que pretende el Primigenius. Desde pequeña, me han enseñado que su sabiduría se escapa a la comprensión de un cerebro humano, pero hacer sufrir a la viajera de ese modo me parece algo desprovisto de toda humanidad.

Insisto en vano, suplico una explicación sin obtener respuesta alguna. Me arriesgo a enfadarle, hasta que el propio rey Constantino me ordena que cese en mi empeño.

Desesperada, me arrodillo en el suelo junto a Ana, sujetando su cabeza entre mis manos. Con los ojos bañados en lágrimas, ruego una última vez al Primigenius que haga algo para recuperarla. La temperatura de su cuerpo ha subido varios grados y estoy casi segura de que se encuentra al borde de la muerte.

—Cuida de ella y añade sauce a tu poción revitalizadora para licuar la sangre. En un par de días estará bien. No he pretendido matarla si es lo que te preocupa, todo se aclarará a su debido tiempo. Aunque quisiera, no muere tan fácilmente —interviene Mordred de forma críptica, zanjando la conversación.

Nada más acabar de hablar, el viejo rey Constantino indica a dos de sus guardias que lleven a la viajera a mis aposentos. Allí, la desvisto y la tumbo en mi cama, mientras preparo con ahínco el bebedizo que Mordred me ha indicado.

Durante dos días y dos noches, su aspecto no indica nada bueno. La piel se ha vuelto blanquecina, con manchas de un dorado muy oscuro en algunas zonas. Su cuerpo parece luchar contra algún tipo de infección que le provoca una fiebre muy alta, aunque el Primigenius no me permite suministrarle ninguna pócima para bajar la temperatura, así que me tengo que conformar con pasarle un paño cubierto de agua fría cada cierto tiempo.

Duermo como puedo a su lado, intentando calmarla mientras parece delirar por la fiebre. De su boca salen frases en un idioma que desconozco y no soy capaz de comprender, o quizá una mezcla de varios. Cada vez tengo más claro lo peligroso de la magia, el mundo estaría mejor sin ella.

Al tercer día, lloro de impotencia mientras limpio su cuerpo desnudo con un paño húmedo, observando que nada ha mejorado.

—Por favor, Ana, debes luchar. No me dejes sola —sollozo.

Fuera, el viento helado ulula a través de las pequeñas ventanas, aunque toda mi atención

se centra en la débil respiración de la mujer a la que he empezado a amar. Rezo a los dioses antiguos, aquellos que dicen que tenían gran poder, para que baje la fiebre, aunque una parte de mí teme que sea demasiado tarde.

Al caer la tarde, echo dos trozos de leña más al fuego para evitar el frío y me tumbo de nuevo junto a ella, acariciando su cabello rubio, echando de menos esos ojos azules que me hacían temblar cada vez que me miraban. De pronto, parpadea levemente y su tez recupera algo de color.

—Nimue —suspira con voz débil y escuchar mi nombre me parece un auténtico milagro.

—¡Ana! Pensaba que te perdería —grito de alegría, besando su frente una y otra vez. Ella me observa, incapaz de recordar nada de lo que ha ocurrido.

ANA

Me despierto en la cama de Nimue, desnuda y envuelta en sudor, con la hechicera a mi lado. Al verme abrir los ojos, grita de alegría y su corazón se acelera. Y sé bien que late con más fuerza porque logro escuchar cada uno de esos latidos.

Si antes de la llegada del Primigenius pensaba que mis sentidos se estaban agudizando, ahora me empiezo a asustar. Percibo cada olor, cada roce, cada sonido. Ya no creo que tenga nada que ver con la ausencia de contaminación de esta época.

Nimue me indica que he estado muy mal durante dos días con sus noches, con una fiebre muy alta. Deliraba palabras extrañas, aunque yo no recuerdo nada. Lo último que viene a mi memoria es la extraña reacción de Mordred, conjurando alguna magia desconocida y causándome un dolor tan intenso que parecía como si mi cuerpo se rompiese por dentro hasta que perdí el conocimiento.

La joven hechicera tampoco es capaz de explicarme qué pretendía el Primigenius, desconoce cuáles eran sus razones para causarme ese tremendo sufrimiento. Me cuenta que le preguntó una y otra vez hasta que el rey Constantino le ordenó que parase y que prácticamente solo ha salido de sus aposentos para reunirse con el monarca.

Aun así, tiene la sospecha de que el Primigenius ha tratado de obtener algún tipo de información de mi mente, o quizá absorber las trazas de magia que había en mi cuerpo para fortalecer la suya.

Parece que Arturo y su ejército se encuentran a poco más de cinco días de camino si se dan prisa. Nimue me explica que, seguramente, será algo más de tiempo, porque querrán llegar con hombres y caballos frescos para la batalla. En cualquier caso, en siete u ocho días como máximo podrían estar rodeando el castillo, listos para un largo asedio.

Me informa de que en dos días empezarán a evacuar a las mujeres y a los niños a un lugar más seguro, salvo algunas que han decidido quedarse a luchar como ella misma, aunque si el castillo cae, no habrá ningún lugar seguro en todo el reino.

—Puedes evacuar el castillo con esa gente si lo deseas —me asegura, clavándome en el alma sus dulces ojos.

—Me quedo contigo —respondo, negando con la cabeza sin saber a lo que me voy a enfrentar.

—Por favor, no te separes nunca del frasco con el veneno y recuerda que no pueden capturarte con vida —agrega con el rostro muy serio.

Apoyo la cabeza en su muslo, agarrándome a su pierna como si fuese una almohada. Sin saber manejar mis emociones, rompo a llorar, al tiempo que Nimue peina mis cabellos entre sus dedos. Creo que necesitaba desahogarme de este modo. Si la situación en la que me encuentro, sin poder volver a mi hogar, es horrible, ahora me veré envuelta en un asedio al

castillo, en medio de una batalla medieval sin apenas saber defenderme.

La hechicera besa mi frente en silencio, aunque hay miradas que pueden expresar sentimientos complejos sin necesidad de palabras. Sin hablar, me indica que tiene tanto miedo como yo y que agradece que me quede, si bien las posibilidades que tenemos de salir con vida son casi nulas.

—¿Sería posible darme un baño? —pregunto tras permanecer un rato en silencio—estoy envuelta en sudor y la cama está también mojada.

—Por supuesto, haré que traigan agua caliente —asegura.

En sus aposentos hay una especie de barreño de madera alargado, con flejes de metal para sujetarlo, como si fuesen los de un tonel de vino. Es de un tamaño considerable en el que caben cómodamente dos personas y me alegra saber que lo usa frecuentemente.

El segundo día que estuve con ella, me comentó que la mayor parte de las personas del castillo se bañaban solo unas pocas veces al año, sobre todo en verano. Lo sospechaba por el olor nauseabundo que desprendían algunos de los soldados. Sin embargo, Nimue había aprendido en los manuscritos de los médicos griegos que la higiene es una de las claves para evitar las enfermedades y es una firme defensora del baño, cosa que agradezco enormemente.

Ese día, le aseguré que la ciencia había demostrado, sin ningún género de dudas, los beneficios de una higiene regular. Aunque había acordado con el rey Constantino y con Uther no desvelarles los secretos del futuro, conseguimos iniciar una campaña para mejorar la higiene de la corte, que empieza a dar los primeros pasos, salvando la reticencia de algunos nobles, que ven en el baño un signo de promiscuidad.

En un abrir y cerrar de ojos, varios sirvientes del rey Constantino llenan el barreño que hace las veces de bañera de agua caliente y abandonan los aposentos para que me pueda bañar con tranquilidad.

Mi cuerpo agradece la sensación del agua cálida sobre la piel, unida al delicioso olor de un aceite que Nimue ha vertido, pero, cuando observo que la hechicera se desprende de la ropa y se mete desnuda conmigo, mi corazón se salta varios latidos.

—Mordred me ha ordenado cuidarte —bromea, encogiéndose de hombros, con una preciosa sonrisa que me provoca un cosquilleo en el vientre.

Nimue se coloca detrás de mí, abriendo las piernas para que sitúe mi cuerpo entre ellas. Con un largo suspiro, apoyo la espalda en el suyo, mientras vierte con delicadeza agua caliente sobre mi pelo y enjabona mi espalda con un ungüento que ella misma ha preparado.

—Esto es por si no salimos con vida del asedio —susurra junto a mi oído, justo antes de besarme tras el lóbulo de la oreja.

Cierro los ojos y me dejo llevar por sus caricias, suspirando cada vez que se acerca a alguna zona sensible de mi cuerpo. Apoyo parte de mi peso sobre ella, sintiendo sus duros pezones en mi espalda. Acaricio sus piernas, muerdo mi puño para apagar los gemidos que se me escapan cuando uno de sus dedos se cuela en mi sexo.

En esos momentos, comienzo a pensar por primera vez que, aun en el caso de que encuentre una manera de volver a mi hogar, quizá no sea tan buena idea hacerlo.

Capítulo 19



ANA

Tras el maravilloso baño, me siento mucho más relajada. Nimue seca mi cuerpo desnudo con una especie de paño áspero, deslizando el reverso de la mano entre mis pechos y haciéndome suspirar. Quizá es por el tiempo que llevaba sin hacer el amor, por la tensión ante el posible asedio, o simplemente, porque Nimue es maravillosa. Lo cierto es que mi cuerpo jamás había estado tan receptivo. Cada caricia me hacía estremecer, cada roce de sus dedos en mi sexo, me llevó al paraíso.

—No me puedo creer que sigas con ganas. Deberías estar agotada —susurra Nimue mientras me ayuda a vestirme.

Salimos de sus aposentos y, en cuanto me asomo a uno de los patios interconectados del castillo, comprendo el estruendo que he estado escuchando toda la mañana.

Los soldados corren de un lado para otro, como si el castillo entero fuese un enjambre de abejas. Unos se ejercitan con las espadas, otros portan flechas hacia algún lugar en los torreones, pendones y banderas de guerra cuelgan por doquier. El nerviosismo se puede palpar en el ambiente.

La hechicera se percata de mi sorpresa y coge una de mis manos entre las suyas, apretándola en un intento de infundirme ánimo. Joder, estoy a punto de sufrir el asedio a un castillo medieval y una enorme angustia se apodera de mi cuerpo. Me falta el aire y debo apoyarme en una de las paredes para no perder el equilibrio.

—Respira hondo —aconseja Nimue, acariciando mi brazo izquierdo—luego te prepararé un bebedizo para calmar los nervios.

Realizo varias respiraciones profundas, expulsando lentamente el aire de mis pulmones, sin poder quitar de mi pecho una losa que parece pesar una tonelada.

—Vamos, Uther nos espera. El Primigenius quiere que busquemos algo en la gran biblioteca —indica Nimue, tirando de mi mano con delicadeza.

Trato de protestar. Nos quedan apenas unos días hasta que Arturo y su ejército alcancen el castillo. Ya que no puedo salir de aquí, lo que me gustaría es pasar esos días encerrada con Nimue en sus aposentos, no perdida en una biblioteca.

Caminamos por los interminables pasillos, cruzando varios patios interiores que parecen estar en ebullición con los preparativos de la batalla. Al llegar a un pasillo más amplio que

el resto, nos encontramos con Uther Pendragon, que nos espera impaciente.

—Tenemos mucho que hacer —exclama nada más vernos, su rostro privado de color—. Mordred nos ha encargado que busquemos entre los manuscritos prohibidos alguna pista sobre viajes en el tiempo o la defensa del castillo mediante magia.

—Ana ya se encuentra mucho mejor, gracias por preguntar —añade Nimue con ironía.

—El tiempo apremia —es la única respuesta que obtiene del heredero al trono.

Nimue me lanza una rápida mirada y se encoge de hombros, indicándome que sigamos al príncipe, mientras hace un gesto como diciendo que no tiene sentido discutir.

—¿Qué son los manuscritos prohibidos? ¿Y por qué no es el propio Mordred el que busca esa información? —pregunto entre susurros.

—Son una colección de manuscritos que se encuentran cerrados bajo un hechizo de protección. Solo puede abrirse con una magia poderosa. Mordred me habló una vez de ellos, contienen hechizos y pociones demasiado peligrosos como para ser utilizados sin la supervisión de un hechicero muy experto —explica Nimue, alzando las cejas.

Parece encantada de poder entrar por primera vez en esa parte de la gran biblioteca. Tampoco me extraña, para ella puede ser una oportunidad única de tener acceso materiales muy avanzados.

Yo, por mi parte, creo que vamos a perder el tiempo. No entiendo qué pretende el Primigenius enviándonos allí. Supongo que ni él mismo lo sabe y es simplemente un disparo en la oscuridad fruto de la desesperación. Las posibilidades de que encontremos algo útil son más bien escasas y cada vez estoy más convencida de que si alguna vez fue un gran mago, eso debió ser hace mucho tiempo.

En cuanto entramos en lo que ellos llaman la gran biblioteca, siento un pinchazo agudo cerca del corazón que hace que me detenga en seco.

Nimue me observa con preocupación, aunque le aseguro que estoy bien. Con todos los problemas que ya tiene, no quiero alarmarla, pero, lo cierto es que me cuesta respirar y un sudor frío recorre de nuevo mi frente. Ella hace ademán de quedarse conmigo, pero un grito de Uther, indicando que si alguien puede encontrar algo debería ser Nimue, la obliga a moverse.

Toda esta situación del viaje en el tiempo y ahora el asedio al castillo, empieza a superarme por completo. Quizá al principio no era del todo consciente. Todo era nuevo para mí y puede que la curiosidad y el espíritu de aventura evitasen la desesperación. Ahora, mi corazón palpita con fuerza y comienzo a no estar segura de si podré aguantar tanta presión, la ansiedad está acabando conmigo.

Me acerco un poco más a la sección de libros prohibidos. Uther y Nimue se encuentran enfrascados, buscando entre los manuscritos. De pronto, una ráfaga de viento helado me envuelve.

Me adentro en una habitación oscura, iluminada tan solo con velas. Camino como un autómata, sin ser apenas consciente de lo que estoy haciendo, y mi mano se dirige hacia uno de los pergaminos sin que yo pueda hacer nada para evitarlo. Al desenrollarlo, casi se me para el corazón. Encuentro unas extrañas palabras en una caligrafía muy similar a la mía.

—*Dakda ar kimdu da Ardi Hoa aeu sa cumqucu, ur srom racrecaro vracekomdu si oaeido* —leo en voz alta, provocando un grito de angustia en Nimue.

Al terminar de leer la última palabra, todas las velas se apagan de golpe. Un viento helado recorre la pequeña estancia, al tiempo que una luz blanquecina empieza a formarse frente a mí.

Estoy petrificada, incapaz de moverme mientras esa luz gana en tamaño y va cobrando forma. Escucho los gritos desesperados de Nimue, suplicando que salga de ahí cuanto antes, golpeando en vano algún tipo de muro invisible que nos separa. Vocifera conjuros ininteligibles en un vano intento de detener esa luz.

Uther grita también. Desenvaina su gran espada y golpea la invisible barrera un par de veces con el filo. Pronto se retira, asegura de manera atropellada que irá en busca del Primigenius para que acuda en mi ayuda.

Una forma cobra vida dentro de la luz blanquecina y ante mí aparece una mujer de rostro pálido. Sus cabellos rubios están peinados en una gran trenza desordenada. Viste toda de negro y empuña un bastón similar al de Mordred, pero, en su caso, de una madera muy oscura, casi negra. Sus ojos, de un color azul prácticamente transparente, se esconden tras una mancha de algún tipo de pintura negra que le cubre desde más allá de las cejas hasta los pómulos. Un enorme cuervo, feísimo y aterrador, revolotea a su lado.

—*Se aksák raaeamdu aksa varsokemu ak pia sa amciamsrok am Cokarus. ¿Qié sa vrucivo, qeoiaro?* —exclama con voz tenebrosa, escudriñándome con la mirada.

—No…no entiendo ese idioma —indico con un hilo de voz casi inaudible, temblando de la cabeza a los pies.

La mujer que se encuentra dentro de la luz blanquecina niega con la cabeza en señal de disgusto. Con un rápido gesto de su mano, bloquea toda luz y sonido de modo que ya no puedo ni ver ni escuchar a Nimue. Es como si quisiese aislarme, seguramente para matarme.

—He dicho: "si estás leyendo este pergamino es que te encuentras en Camelot. ¿Qué te preocupa, viajera?" —responde extrañada.

Mi corazón parece que quiere salirse del pecho y creo que voy a desmayarme o vomitar en cualquier momento. Sin embargo, la extraña mujer frente a mí tiene algo de familiar, algo en ella me transmite confianza.

—Tú me has convocado con tu magia —explica con calma—. Veo que las cosas están mucho peor de lo que esperaba y has olvidado incluso la Antigua Lengua.

Solamente asiento con la cabeza, sin atreverme a decirle que ni siquiera sé a qué lengua se está refiriendo.

—Me has convocado con *Dakda ar kimdu da Ardu Hae aeu sa cumqucu, ur srom racrecaro vracekomdu si oaeido* que en la Lengua Común significa: "desde el mundo de Ardu Hae yo te convoco, oh gran hechicera, precisando tu ayuda". Estoy aquí para ayudarte, pero, veo que tu energía mágica es muy escasa y has olvidado casi todo lo que sabes. Es mucho más grave de lo que un día supuse —apunta pensativa y claramente decepcionada.

De nuevo, asiento con la cabeza, hago como si supiese de lo que me está hablando, antes de que ella prosiga.

—No quiero retenerte aquí mucho tiempo, Mordred no tardará en llegar y no debe encontrarte antes de que estés preparada. No puedes fiarte de él. Necesita tu ayuda, pero desea tenerte bajo su control. Es la gran oportunidad que ha esperado siempre —asegura con mirada severa, clavándome sus ojos casi transparentes.

—¿De quién puedo fiarme? —pregunto asustada—. ¿De Nimue?

—La joven hechicera daría su vida para protegerte, pero su magia es prácticamente inofensiva. Debes acudir de inmediato a las ruinas de Myd, convoca a Drarix, el demonio del lago. Él te dirá lo que debes hacer y te protegerá. ¡Corre, debes hacerlo ahora mismo antes de que Mordred te encuentre! No osará a seguirte hasta allí, nadie lo hará. En las ruinas de Myd estarás a salvo —concluye, helándome la sangre al escuchar ese nombre.

Nada más terminar de hablar, la forma de mujer desaparece junto con la luz y me encuentro sola en la pequeña estancia. Sin duda, Nimue ha ido también en busca de Mordred, asustada por la aparición que acabamos de presenciar.

Yo me encuentro en un callejón sin salida. Antes de esto, ya no me fiaba de Mordred. Le odio desde que me causó todo ese sufrimiento sin ofrecerme tan siquiera una explicación. Ahora, esa mujer que parece ser una poderosa hechicera recomienda que no lo haga y no puedo estar más de acuerdo. Nimue no es rival para él. En eso estamos también de acuerdo, por lo que no podrá protegerme aunque quiera.

Por otro lado, la opción que me ofrece resulta aterradora. Su plan no tiene ni pies ni cabeza. Dirigirme a las ruinas de Myd, según Nimue, un lugar prohibido del que nadie regresa con vida, y convocar nada menos que a un demonio, no parece la mejor de las ideas si quiero seguir con vida. Aunque, al menos, es la única que me ha ofrecido un plan concreto hasta el momento.

Escucho un gran revuelo al otro lado del pasillo, en el ala donde se encuentran los aposentos de la familia real y donde se aloja el Primigenius. Fruto de la desesperación, comienzo a correr, sin saber muy bien lo que hago. Al atravesar uno de los patios interiores, observo unos caballos amarrados. Cojo el primero que encuentro, un tordo precioso con un ancho cuello y poderosa grupa y, montándome sobre él, salgo a todo galope en dirección a las puertas del castillo, en busca del demonio Drarix o de mi muerte.

Mientras fuerzo a mi montura a galopar más rápido, escucho los sonidos de infinidad de cascos de caballos detrás de mí. Sus jinetes gritan para que me detenga de inmediato, y me pregunto a mí misma por qué soy capaz de montar con destreza si jamás lo había hecho.

Poco antes de llegar a la montaña en cuyo interior supuestamente se encuentran las ruinas, el caballo se detiene. Se niega a avanzar, así que opto por bajarme y seguir a pie antes de arriesgarme a una caída.

Al menos, los soldados que me persiguen también se han detenido en el mismo lugar y no se atreven a seguir adelante. Dos de ellos tensan sus arcos, apuntándome y disparando flechas que caen cerca de mí, aunque, pronto, el que parece estar al mando les dice que los bajen. La frase que escucho a continuación me hace estremecer.

—¡No malgastéis flechas! —ordena a voz en grito—. Es mucho más fácil dejar que el demonio acabe con su vida.

Capítulo 20



ANA

Cruzo a través de una gruta en la montaña. Es lo suficientemente grande como para que la atraviese una persona de manera holgada, pero ni siquiera sé a dónde debo dirigirme. Sorprendentemente, mis ojos se amoldan con premura a la oscuridad que reina en la cueva y me permiten ver lo suficientemente bien como para no tropezar con las numerosas rocas.

Mi corazón late desbocado mientras palpo con la mano abierta las frías paredes, temblando de miedo. Hago una pausa y me invade un profundo desánimo. No sé lo que me ha empujado a refugiarme en este lugar. No entiendo por qué he escuchado a la extraña mujer que apareció ante mí en medio de aquella luz. Ha sido fruto de la desesperación más absoluta. Ahora me parece una medida totalmente extrema.

Camino sin rumbo por lo que parece un laberinto de caminos horadados en las propias entrañas de la montaña. Mi corazón en un puño, ponderando la estúpida decisión de fiarme de una mujer que aparecía dentro de una luz, como si fuese una especie de holograma medieval. Sin embargo, por muy extraño que parezca, esa mujer me daba más confianza de la que me ha dado cualquier otra persona en este reino, si exceptuamos a Nimue.

Por algún motivo que desconozco, aquella mujer de terribles ojos me inspiraba confianza. Es como si la conociese de toda la vida y la caligrafía del pergamino… joder, esa letra se parecía demasiado a la mía. Con palabras ininteligibles, pero se parecía. Aunque, tal y como están las cosas, es posible que fuese solo una ilusión óptica, algún truco de magia para jugar con mi mente. Cada día que paso en Camelot me cuesta más saber qué es real y qué es tan solo una ilusión.

Lo que más me asusta de esta gruta es su total ausencia de ruidos. Solo mis pisadas y mi respiración entrecortada rompen un silencio ensordecedor.

Fruto de la desesperación, me detengo sobre mis pasos, incapaz de decidir si debo continuar o dar la vuelta. En ambos casos encontraré una muerte segura. Los soldados me estarán esperando a la entrada de la caverna por si decido volver. Si continúo caminando… supuestamente me toparé con un demonio. O moriré de hambre y de sed.

Pego mi espalda a la pared de la cueva, sintiendo el frío y la humedad que rezuma de la piedra, y me voy dejando caer hasta quedar sentada en el suelo, abrazando las rodillas. Mis ojos repletos de lágrimas de impotencia.

No sé quién ha enviado a esos soldados en mi persecución, seguramente Mordred, porque dudo que Uther lo haya hecho. Sin querer, mi mente vuela a Nimue. Recuerdo sus dulces ojos, el cariño con el que ha cuidado de mí estos días y siento una opresión en el pecho que me impide respirar con normalidad.

Sollozo, llevando la mano derecha hasta tapar mi boca. Maldigo el momento en el que se me ocurrió acercarme a ese jodido portal, reniego del instante en el que abrí el pergamino del que salió aquella luz.

No entiendo cómo se puede tener tan mala suerte. Todo lo que me ha ocurrido en los últimos días es un cúmulo de casualidades horribles y no entiendo por qué me han tenido que pasar a mí. Podría haber sido cualquier otra persona. Yo solo aspiraba a una vida tranquila. Ahora, moriré lejos de mi hogar, sin que nadie se entere.

Rompiéndome por dentro, lloro abandonada a mi destino. Lloro hasta que ya no me quedan más lágrimas. Hasta que, sin fuerzas, me quedo dormida, esperando mi final, incapaz de resistirme más a mi destino.

Al despertar, todo sigue exactamente igual; el mismo silencio que me hace estremecer, la misma oscuridad. No sé cuánto he dormido, porque es imposible percibir el tiempo dentro de este laberinto de cavernas excavadas en la roca.

Empiezo a pensar que lo del demonio es solamente un cuento. El producto de la imaginación de las mentes de esta gente; lo más probable es que los que osan adentrarse en la montaña mueran de hambre y sed, perdidos entre sus grutas. Es una opción que tiene mucho más sentido que la de un demonio en un lago.

Sin nada que perder, continúo avanzando a través de los largos pasillos rocosos, girando aquí y allá, incapaz de saber si estoy haciendo círculos o avanzo hacia algún lugar en concreto hasta que, en un momento determinado, el camino se ensancha e inicia una bajada.

El sonido de mis pasos se hace mucho más evidente. Al principio, con pequeños crujidos que se escuchan de manera más frecuente. Pronto, cada paso es un crujido, y mis pies chocan a veces con algo que parece ser una piedra ligera.

Un grito desesperado se escapa de mi garganta al comprobar de qué se trata. El grito más afligido que he emitido jamás. Un alarido de terror e impotencia, de saber que mi vida ha llegado a su fin; el suelo está cubierto de huesos humanos.

En estado de pánico, trato de correr y tropiezo con las telas de uno de los cadáveres, cayendo al suelo al lado de otros dos muertos.

Mi cuerpo tiembla, la respiración se hace imposible, solo quiero salir de este lugar. Corro hacia delante, sin una dirección fija, asustada como nunca lo había estado, hasta que llego a una especie de lago interior, donde la cueva se hace mucho más grande.

Estoy petrificada, tiemblo de los pies a la cabeza, mi mente se niega a reaccionar. Estoy bloqueada por el lago, así que no puedo avanzar. Tampoco quiero volver atrás. Una energía que jamás había sentido rodea mi cuerpo hasta el punto de sofocarme. Apenas me permite respirar.

Parece haber algo más de luz, aunque hubiese preferido permanecer en la más absoluta oscuridad. La visión que se refleja en mis retinas es aterradora; cientos de esqueletos de soldados muertos, con sus espadas y armaduras, sus lanzas y sus cotas de malla. Y un lago con las aguas más negras que he visto jamás.

Me tapo la boca con ambas manos, tratando de no gritar, mientras tiemblo y me apoyo en una de las paredes para no caer. Es como si el aire estuviese empodrecido, denso. Intento sin éxito llevar más aire a los pulmones cuando escucho un ligero ruido en las negras aguas.

Sobrecogida por el miedo, recojo del suelo una pesada lanza, en un vano intento por defenderme, y me pego a la pared con la mandíbula tiritando por el miedo.

—¿Qui…quién está ahí? —pregunto con un hilo de voz, luchando para que las palabras abandonen mi garganta.

—Nooo, ¿quién essstá ahí? —responde una voz aterradora.

Es un susurro en forma de palabras, un siseo. Si las serpientes pudiesen hablar, estoy segura de que lo harían así. La pesada lanza tiembla entre mis manos como un elemento inútil en el caso de que tenga que defenderme, pero soy incapaz de razonar. Mi cuerpo está petrificado, las piernas no responden. No podría escapar aunque quisiera.

—¿Dra…Drarix? —exclamo, estremeciéndome de terror.

A mi pregunta le sigue un silencio sepulcral. Un silencio tan absoluto que me asusta incluso más que los movimientos en el agua. Solo quiero que esto se acabe cuanto antes, sé que hasta aquí he llegado y que no viviré ni un día más.

Mi única esperanza es que el demonio me dé una muerte lo más rápida posible.

Capítulo 21



ANA

La espera se hace insoportable, puede que no hayan transcurrido más que unos pocos minutos, quizá menos, el tiempo transcurre de manera extraña en momentos como este. Aun así, ni mi mente ni mi cuerpo pueden soportarlo más. Caigo de rodillas, arrojando la lanza al suelo entre sollozos incontrolados. Me abandono a mi suerte, todavía sin poder creer que haya caído en una trampa tan absurda. Una trampa que me ha llevado directamente a la muerte. Ahora entiendo por qué la mujer que apareció en la nube de humo me envió aquí.

—*Me kañuro ro rasrakodu. Drorex ro kedu im biam karqedur, me kañuro* —escucho susurrar a la criatura, sin tener la menor idea de lo que quiere decirme.

—No…no entiendo —confieso sin fuerzas para seguir adelante.

El demonio no responde. En la gruta se forma de nuevo un silencio sepulcral. Un silencio agónico que se clava en el alma, que es peor que la propia muerte. La energía de este lugar comprime mi cuerpo hasta causarme dolor, como si me hubiesen aprisionado entre pesadas losas. Apenas soy capaz de respirar el aire putrefacto y nauseabundo de los cuerpos en descomposición.

A lo lejos, observo dos enormes ojos amarillos, fijos en mí. Brillan en la oscuridad del lago como linternas encendidas. Juraría que ha hablado en el mismo idioma que la mujer de la luz blanquecina, en ese extraño dialecto que parece que están escupiendo mientras hablan. Soy idiota. Me han enviado aquí a morir a manos de un demonio.

—Mi sseñora ha regresado. Drarix ha ssido un buen sservidor, mi señora —exclama la criatura en un tono suave.

Alzo la cabeza y me limpio las lágrimas con la manga de la túnica, observando a una horrible bestia que se acerca lentamente a mí. Su cara es casi plana, sin facciones definidas. Sus ojos amarillos se te clavan en el alma, amenazantes. El cuerpo está cubierto de un pelaje negruzco y porta una extraña espada con múltiples filos.

Se detiene a escasos metros de mí, blandiendo de lado a lado su arma con maestría, como si quisiera demostrarme su destreza antes de asesinarme.

—*Drorex mu ro daiodu pia modea ka ocarpia o rok riemok da Myd, me kañuro. Tuduk kiarsuk cuku me kañuro urdamó* —insiste la horrible bestia.

—Te he dicho que no te entiendo, pero bueno, ya da igual, qué más da —le indico,

encogiéndome de hombros con un suspiro de rendición.

—Drarix no ha dejado que nadie se acerque a las ruinas de Myd, mi sseñora. Todos muertoss como mi sseñora ordenó —aclara la criatura, señalando con orgullo los cadáveres amontonados que rodean el lago, para terminar haciendo una torpe reverencia.

Solamente asiento con la cabeza y miro aterrorizada alrededor, incapaz de pronunciar una sola palabra.

—*Tuduk kiarsuk*, todoss muertos —insiste orgulloso.

—¿Eres…eres Drarix? —pregunto atemorizada.

—*Me kañuro mu raciardo o Drorex* —indica bajando la cabeza, casi como si estuviese apenado.

—No te entiendo —replico, encogiéndome de hombros sin comprender por qué estoy hablando con mi asesino.

—Mi sseñora no recuerda a Drarix —masculla, bajando la cabeza—. Tampoco recuerda la Antigua Lengua.

De pronto, regresan a mi mente las palabras de la hechicera que apareció dentro de aquella luz blanquecina y lanzo un desesperado intento de permanecer con vida.

—Drarix, me han dicho que me ayudarías si venía a las ruinas de Myd —solicito con cautela, alzando las manos, aunque sea la cosa más disparatada que he hecho en mi vida.

—Oh, ssí, ssí, Drarix ayudará a la Hechicera Oscura. Drarix ha ssido un buen sservidor todo este tiempo, mi señora. *Tuduk kiarsuk*, todoss muertos —repite, asintiendo con la cabeza.

Escuchar sus palabras consigue que se me hiele la sangre, pero quizá sea mi única oportunidad de salir viva de esta cueva. Por si fuera poco viajar en el tiempo hasta la época de Camelot, ahora me encuentro con un demonio psicópata y demente, una bestia que me confunde con una tal Hechicera Oscura que debe de ser su jefa. Quizá la mujer de ojos azul transparente que me habló en la gran biblioteca estaba en lo cierto y el demonio loco me pueda ayudar.

—¿Cómo…cómo puedes ayudarme? —indago con timidez, sin atreverme a mirar su horrible y deformado rostro.

—Oh, Drarix esstará feliz de matar a todoss los torpess humanos que mi sseñora ordene —asegura siseando y balanceando la gran espada entre sus manos.

—¿Y si no quisiese matar a nadie?

—Drarix hará todo lo que la hechicera osscura ordene —insiste la bestia, ladeando la cabeza con curiosidad, seguramente empezando a ser consciente de que yo no soy ninguna gran hechicera. Parece decepcionado por no tener que matar a nadie.

A falta de cualquier otra opción viable, decido quemar mi último cartucho y le cuento al demonio todo lo que ha ocurrido desde que salí de mi casa a fotografiar la lluvia de estrellas.

Total, en breve se dará cuenta de que no soy quien él cree que soy y me matará. Tampoco tengo nada que perder en la situación en la que me encuentro.

La horrible criatura escucha con atención. Aguarda en silencio mientras relato cómo atravesé un portal en el bosque, con unas extrañas runas que se iluminaron o cómo aparecí en los aposentos de Uther. Le hablo también de Nimue, de cómo me cuidó desde el día en que nos conocimos y las lágrimas brotan de mis ojos al recordarla, sabiendo que no la volveré a ver. Suelta un gruñido gutural que me estremece al escuchar mi encuentro con el Primigenius y cómo me causó un sufrimiento inmenso hasta quedar tendida en el suelo sin

conocimiento.

No sé el tiempo que transcurre mientras le cuento mi historia, pero la bestia me escucha con paciencia, a veces, hasta pensativo, como si no quisiera perderse ni un detalle. Imagino que el aburrimiento de estar todos esos años aquí solo, encerrado, debe ser un castigo brutal.

—Pues esa es mi historia, Drarix. Sé que es extraña y supongo que no me crees —añado, encogiéndome de hombros y preguntándome a mí misma qué hago ofreciéndole una explicación a ese espantoso ser.

El demonio ladea la cabeza, como ponderando alguna solución para mis problemas. Abre la boca dos o tres veces, quizá intentando hablar, aunque se queda callado, reflexionando hasta que por fin se decide.

—Drarix siempre pensó que mi sseñora había utilizado el portal para explorar el inframundo de Lelyal Morifer, de donde proviene Drarix. ¿Para qué viajar al futuro? —se pregunta pensativo —. Drarix se alegra de que la Hechicera Oscura no haya viajado al inframundo, aunque ahora no recuerde nada. Si mi señora Kaeth Adú muere, Drarix nunca podrá ser libre y tendrá que vivir para siempre en las ruinas de Myd.

Le observo sin saber qué contestar, perpleja. La pobre bestia, en su locura, sigue confundiéndome con Kaeth Adú. Quién sabe la cantidad de años que ha pasado encerrado en esta cueva. Quizá siglos, a juzgar por el número de cadáveres que se amontonan en las orillas del lago. No es de extrañar que se haya vuelto loco sin tener contacto con nadie.

—¿Cómo puedes ayudarme? ¿Conoces alguna manera de enviarme de vuelta a mi casa? —insisto, consciente de que lo que le estoy pidiendo es una tontería.

—Mi sseñora ya está en su casa —masculla en voz baja señalando la putrefacta gruta.

Bajo la cabeza y me cubro el rostro con las manos, angustiada al darme cuenta de que estoy solicitando la ayuda de un ser demente que ni siquiera proviene de este mundo. Cuando en un último intento desesperado, le voy a pedir que me lleve hasta el castillo junto a Nimue, el demonio toma la palabra de nuevo.

Capítulo 22



ANA

—Drarix no conoce los secretos para viajar en el tiempo, solo la Hechicera Oscura puede hacerlo, pero posee magia poderosa y las ruinas de Myd están cargadas de energía. Drarix puede ayudar a mi sseñora a liberar parte de su magia. Solo una parte, porque el resto debe ser liberada desde el interior y solo mi sseñora Kaeth Adú puede hacerlo —asegura, haciendo algo parecido a una reverencia.

—Ah, no, no, no —me disculpo—. El último que me ha dicho algo así fue Mordred y la cosa no acabó demasiado bien, por no hablar de que me duele todo el cuerpo con solo recordar aquella agonía.

La enorme bestia gruñe de nuevo, meneando la cabeza, y clava su espada en el suelo con tanta fuerza que hace retumbar las paredes de la gruta.

—Mordred ha sido un canalla. Drarix lo matará si mi sseñora lo ordena —me asegura en tono amenazante—. Liberar unos cuantos sellos de magia no duele y es tarea rápida. Mordred merece la muerte por hacer sufrir a la Hechicera Oscura. Una muerte lenta y horrible. Drarix estará feliz de hacerlo, mi sseñora.

Me quedo sorprendida por las palabras del demonio. Para ser una criatura capaz de asesinar a los cientos, quizá miles de personas que se han acercado hasta las ruinas de Myd, parece preocupado de verdad porque el Primigenius me haya hecho sufrir.

Sin embargo, antes de que pueda empezar a explicarle que no me fio un pelo de la magia, y muchísimo menos de la de un demonio… Cuando quiero recordarle que lo único que deseo es volver a casa o en su defecto junto a Nimue, la bestia extiende ambas manos en mi dirección y empieza a hablar en su extraño dialecto.

Al escuchar su cántico en una voz tenebrosa y profunda, comienzo a sentirme mucho mejor: llena de energía, calmada. Percibo el aire putrefacto de la cueva, pero la energía que hay en ella ya no aprisiona mi cuerpo. Quizá mis ojos se han acostumbrado a la tenue luz, porque juraría que puedo percibir detalles del lago que antes no era capaz de observar.

—*Umu o umu ruk karruk rebaru, Drorex emquco or vudar da rok riemok da Myd voro pia ro koseo kriaeo rebra vur kik qamok* —canta la bestia una y otra vez, sus manos bailando en el aire como si estuviese dirigiendo una orquesta—. *Uno a uno los sellos libero, Drarix invoca el poder de las ruinas de Myd para que la magia fluya libre por sus venas*—

logro entender la última vez que lo repite.

Miro al demonio sin ser capaz de comprender nada, observando su rostro y, si no supiera que es imposible, diría que se dibuja en él un esbozo de orgullosa sonrisa.

El cansancio y la desesperación han desaparecido para dar paso a una calma serena, a un nivel de energía como jamás había sentido con anterioridad. Ya no temo a la bestia, de algún modo primario intuyo que solo pretende ayudarme. Quizá esté confuso, es posible que en su locura crea que soy la Hechicera Oscura, pero sé que no quiere hacerme ningún mal.

—¿Puedes llevarme con Nimue? —pregunto con la esperanza de salir de esa cueva cuanto antes.

El demonio me observa, ladeando la cabeza como si estuviese decidiendo su próximo movimiento y tras un largo silencio, toma de nuevo la palabra.

—Drarix ha devuelto a la hechicera osscura parte de su poder. Solo una pequeña parte, ahora ess mi sseñora la que debe ir rompiendo el ressto de sellos y liberando toda su magia. Si mi sseñora no recobra su poder, no sobrevivirá y Drarix nunca más será libre. Mordred y Merlín no son de fiar. Mi sseñora no debe confiar en ellos, si muestra debilidad se aprovecharán, no debe volver al castillo hasta estar plenamente recuperada —explica con preocupación la enorme criatura.

—Muy bien, Drarix, según tú, ¿qué es lo que me ha pasado y qué debo hacer? —indago, por si me pudiese dar alguna idea.

Me siento sobre una piedra, escuchando al demonio, que ahora habla de nuevo en la Antigua Lengua, aunque, por algún motivo, soy capaz de entenderle a la perfección. Sin embargo, si mi historia viajando desde el futuro hasta Camelot ha sido extraña, la que me cuenta Drarix es aún peor.

La bestia habla en tono pausado, como intentando que cada una de sus palabras encuentren un hueco en mi mente, sin entender por qué soy incapaz de creerle.

Me asegura que yo soy Kaeth Adú, la Hechicera Oscura de las leyendas que contaba Nimue, y que las ruinas de Myd son mi centro de poder, mi santuario. Antes de partir hace muchos años, le encargué que protegiese este lugar y me muestra de nuevo orgulloso las pilas de cadáveres que ha dejado a lo largo de esos innumerables años.

Cuando le pregunto por qué no está en el mundo al que pertenece, el demonio me responde que un día conseguí abrir un portal hasta el inframundo de Lelyal Morifer, una especie de mundo prisión repleto de criaturas malvadas. Él fue el primero que se asomó, y le capturé antes de cerrar el portal de nuevo. Sin embargo, no quiere explicarme ni por qué fue el primero en salir, ni por qué no desea volver allí por nada de este mundo o del suyo.

Me asegura que siempre ha sido fiel, desde que le obligué con un poderoso conjuro a obedecerme, y que le dije que algún día le liberaría. Explica que Kaeth Adú nunca se había fiado de los otros dos Primigenii. Dice que él mismo me pidió varias veces que les destruyese, aunque me negué porque no representaban ninguna amenaza para mí. Eran demasiado débiles.

Concluye que tardaré mucho todavía en recuperar todo mi poder y que él no puede hacer más. Los sellos que retienen el resto de la magia deben ser rotos desde el interior y solo yo puedo hacerlo. Recomienda que debo quedarme en las ruinas de Myd hasta que mi poder sea el mismo que supuestamente un día tuve. Cuando eso ocurra, él mismo me acompañará a Camelot si así lo deseo a través de un canal que se extiende desde el lago de Myd hasta las mazmorras bajo el castillo.

Para demostrarme que lo que dice es cierto, me lleva hacia una parte de la cueva, que se abre con un conjuro, y entramos en una enorme estancia repleta de manuscritos y compuestos para hacer pociones.

Observo con calma parte de los objetos mágicos que allí se encuentran, sintiendo de algún modo cierta familiaridad con ellos. Es como si ya los hubiese visto, aunque eso no es nada comparado con la extraña sensación que me produce leer un manuscrito tras otro y descubrir que todos ellos están escritos de mi puño y letra.

—Mi sseñora puede probar con algo sencillo —propone Drarix, inclinando la cabeza.

—*Buro émkarmor* —exclamo, sorprendiéndome a mí misma y conjurando de la nada una bola de fuego que se me escapa y penetra en la roca, atravesándola de lado a lado.

Drarix ríe como un niño pequeño. Feliz. Me explica, divertido, que he conjurado fuego infernal, algo capaz de destruir cualquier material, aunque no sé ni cómo lo he hecho ni si soy capaz de repetirlo.

Me dejo caer sobre una gran silla e intento reflexionar sobre lo que el demonio me está contando, aunque pronto sacudo la cabeza, intentando sacar de la mente esas ideas.

Es probable que la propia energía mágica de este lugar sea lo que ha conseguido que me sienta tan bien. Que la magia que habita en este sitio me permita entender la Lengua Antigua. También puede que el propio demonio esté jugando conmigo, utilizando su magia fruto del aburrimiento, haciéndome creer que procede de mi interior tan solo para divertirse.

Seguramente, esa es la explicación más coherente.

Al poco tiempo, al igual que había ocurrido en la gran biblioteca en su zona de libros prohibidos, me siento atraída, sin saber cómo, por uno de los pergaminos de la estancia.

Drarix se percata de ello y corre solícito a buscarlo para entregármelo sin que yo le pida nada. Se disculpa, casi como si acabase de recordar algún encargo que le había hecho hace mucho tiempo y del que se había olvidado.

—Drarix lo ssiente mucho, mi sseñora —sisea.

—*Dakda rok riemok da Myd, aeu sa emqucu racrecaro ukciro* —leo en voz alta sin ninguna dificultad. (Desde las ruinas de Myd, yo te convoco, Hechicera Oscura).

La misma mujer de ojos azules, casi transparentes, se materializa frente a mí dentro de una luz blanquecina. Saluda al demonio, que se inclina dócil ante ella, haciendo una reverencia a pesar de no tener ni siquiera forma corpórea, y se dirige a mí.

Sus clarísimos ojos azules se me clavan en el alma, aunque esta vez no me producen ningún temor.

—Me alegra que hayamos llegado a las ruinas de Myd, aquí estaremos a salvo hasta que recuperemos todo el poder —me asegura con una extraña sonrisa—. Imaginamos que tenemos muchas preguntas en nuestra mente, las responderemos todas.

Me quedo mirándola sin saber por dónde comenzar a preguntar, así que decido abordar el mismo tema que había hecho con el demonio. Quiero una explicación de lo que me ha pasado desde que salí de mi casa aquella aciaga noche para fotografiar las estrellas y acabé viajando en el tiempo hasta Camelot.

Para mi sorpresa, la mujer de los translúcidos ojos azules no solo me explica con todo detalle lo que ocurrió esa noche, sino lo ocurrido mucho antes. Y, decir que su explicación me deja de piedra, es quedarse muy corto.

—Llévame a Camelot, utilizaremos el canal que llega hasta las mazmorras, debo hablar con Nimue —ordeno al demonio, levantándome con prisa de la silla.

—No lo recomendamos, es peligroso —advierte la hechicera de los ojos azules dentro de

su luz blanquecina.

—Creo que tengo un plan, vamos —insisto, haciendo una seña a la bestia para que me acompañe ante el gesto de desaprobación de la hechicera, que entorna los ojos como si me considerase una imbécil.

Capítulo 23



ANA

Las oscuras y húmedas paredes del canal subterráneo nos envuelven a medida que avanzamos. El demonio Drarix guía la pequeña embarcación hacia delante casi sin esfuerzo, pero con una fuerza inmensa. Tanto, que debo aferrarme a los lados de la barca, sintiendo la áspera madera bajo las yemas de mis dedos mientras las frías gotas de agua me salpican la cara.

No los recuerdo, pero algo me dice que conozco bien estos canales ocultos. Quizá yo misma los construí, quién sabe. No tengo memorias de mi época como Kaeth Adú. Lo único de lo que estoy segura es de que, al igual que las ruinas, despiertan algo profundo en mi interior. Algo a la vez salvaje y peligroso. Poderoso. Una llamada a desatar la oscuridad que siento agitarse dentro de mi cuerpo.

La bestia habla y habla sin cesar. Cuenta cosas horribles de mi yo pasado, de cuando era la temible Hechicera Oscura. A él le parecen hazañas, es un demonio al fin y al cabo. Aun así, sus palabras evocan imágenes que hacen que mi sangre se hiele y que desee taparme los oídos.

Cuenta historias de aldeas enteras arrasadas con mi magia, de niños convertidos en cenizas, de ejércitos ejecutados con una sola de mis palabras. Relata cómo invoqué terribles conjuros para sembrar el caos, cómo abrí un portal al tenebroso mundo prisión de Lelyal Morifer. Cómo busqué los límites de la magia sin importar las consecuencias, destruyendo lo poco de humana que todavía quedaba en mí.

Me estremezco y cierro los ojos, no deseo escucharlo por más tiempo. Sé que lo que cuenta es cierto, soy consciente de que un día fui un ser malvado, despiadado, la encarnación del mal.

A continuación, me informa de cómo se conectan los flujos de magia entre las ruinas de Myd, Camelot y los otros núcleos de energía mágica de la zona. Ha desarrollado incluso una especie de plan de estudio para que recupere mi poder, comenzando con los conjuros ofensivos, algunos de ellos terribles.

Mi corazón late con fuerza mientras avanzamos por el húmedo canal secreto. La antorcha que nos ilumina proyecta sombras siniestras en las paredes de roca, pero, por algún motivo,

ya no siento ningún miedo. Ya no soy Ana, la mujer perdida que viene del futuro. Soy Kaeth Adú, la poderosa Hechicera Oscura de las leyendas.

Y, sin embargo, conozco la amarga verdad.

Nimue se enamoró de Ana, no de quien realmente soy. Mi único resquicio de temor es el momento en que descubra mi verdadera identidad. ¿Se alejará de mí aterrorizada? La idea me causa un dolor inmenso.

Al llegar a las mazmorras, el demonio gira la cabeza y abre sus ojos amarillos, clavándome la mirada con cierta preocupación.

—Mi sseñora no debería ir sola, Drarix piensa que es peligroso —informa, agachándose hasta colocarse a mi altura.

Me hace gracia la situación. El demonio mide fácilmente dos metros y medio de puro músculo y, más allá de su aspecto terrorífico, así agachado, parece casi un cachorrito preocupado.

—¿Puedo convocarte a distancia si necesitase tu ayuda? —pregunto, imaginando que quizá los hombres de Mordred me sigan buscando con la intención de asesinarme.

—Oh, ssí, ssí, ssí. La hechicera osscura ssolo tiene que llamarme y Drarix acudirá raudo. Drarix es muy rápido —asegura orgulloso, siseando mientras habla.

Tras confirmar a la enorme bestia que la llamaré si necesito su protección, tomo las oscuras escaleras de piedra que conducen al castillo, repasando en mi cabeza las palabras que le diré a Nimue cuando la encuentre.

Me resulta muy extraño el hecho de que no me preocupe en absoluto atravesar una fortaleza en la que no sé con qué peligros me encontraré. No solo desconozco si Mordred ha montado algún tipo de guardia por si regreso, sino que ni siquiera sé a dónde conducen las escalinatas que estoy subiendo, o si sabré llegar desde ese punto hasta los aposentos de Nimue.

Sin embargo, el miedo ha desaparecido de mi cabeza, se ha borrado de un plumazo. Me siento llena de energía, como si pudiese enfrentarme a cualquier obstáculo, y mi única preocupación es cómo contarle a Nimue quién soy.

Las frías escalinatas de piedra terminan en un ala del castillo que reconozco del primer día. Camino por uno de los pasillos sin mirar a la gente con la que me encuentro, tratando de pasar desapercibida. Agradezco en silencio el inminente asedio por parte de Arturo y Merlín. Todo el mundo parece ir a lo suyo. Creo que ya han empezado a evacuar a las mujeres y a los niños porque el ajetreo actual no tiene nada que ver con la paz que reinaba cuando regresé a este tiempo desde el futuro.

Cruzo uno de los patios de armas y dos hombres me saludan, inclinando la cabeza, pero no se detienen. Ese gesto parece confirmar que mi persecución ha sido cosa de Mordred y no de Uther o del viejo rey Constantino. Deben estar haciendo acopio de víveres y armas, quizá esperando un largo sitio, aunque ni siquiera me detengo a observarlo, solo quiero llegar a los aposentos de Nimue lo antes posible.

Frente a su puerta, respiro hondo y llamo tres veces con los nudillos. Mi corazón se salta varios latidos al escuchar su voz, indicando que pase, sin preguntar siquiera de quién se trata.

Nimue se encuentra en su laboratorio de magia, por llamarlo de alguna manera, mezclando con mucho cuidado unos polvos de color gris oscuro, que imagino que pueden ser algún tipo de explosivo y no se molesta en levantar la cabeza para ver quién ha entrado.

—Nimue —exclamo con un tímido susurro.

—¡Ana! —grita corriendo hacia mí para abrazarme—. No sabía nada de ti, habías desaparecido. Unos decían que te adentraste en las ruinas de Myd y que el demonio del lago consumió tu alma, otros que te había llevado la Hechicera Oscura o que te habías marchado en busca de Arturo.

—He estado a salvo, tranquila —le aseguro mientras pienso en cómo enfocar mi historia.

—Me tenías muy preocupada, pensé que nunca más te volvería a ver —añade, incapaz de retener las lágrimas en sus ojos—. Perdón, estoy bajo mucha tensión —se disculpa.

Me acerco a ella, colocando mi frente sobre la suya y secando con mi dedo pulgar las lágrimas que ruedan por sus mejillas hasta que, con un suspiro hondo, reúno fuerzas para empezar a hablar.

—Debo contarte algo de suma importancia —admito con el rostro muy serio.

—No has pactado con Arturo, ¿verdad? —pregunta con preocupación.

—No, pero es mejor que te sientes para escucharlo.

—Tus ojos… Ana, tus ojos son mucho más claros ahora, parecen casi translúcidos —interrumpe, clavándome la mirada con el ceño fruncido.

Tomo sus manos entre las mías y las aprieto, más para infundirme ánimos a mí misma que a ella, porque mi seguridad ha vuelto a desaparecer y me da pánico cómo puede reaccionar.

—Nimue, eres muy importante para mí —comienzo—. Sé que llevamos muy poco tiempo juntas, pero no quiero perderte por nada del mundo —le aseguro, besando su frente.

—Saldremos de esta, ya lo verás, las murallas de Camelot son fuertes, no estés preocupada por eso —expone, intentando darme ánimos.

Dejo escapar un suspiro al ver su cara de preocupación por el próximo asedio. No se podría imaginar ni en un millón de años lo que estoy a punto de contarle.

—No estoy preocupada por eso, de verdad. Podemos salir del castillo cuando queramos si las cosas se ponen muy mal. Iríamos a un lugar seguro donde estaríamos a salvo —le explico, acariciando con la punta de los dedos la línea de su mandíbula.

—No te entiendo.

—A través de las mazmorras se accede a un canal que lleva directamente a las ruinas de Myd, nadie nos seguirá hasta allí —admito, sin ser consciente de que me estoy precipitando.

Al escucharme pronunciar el nombre de ese lugar, para ella maldito, se le escapa un fuerte suspiro de pánico, Lleva la mano derecha a mi boca para taparla, asegurándome que eso sería una muerte segura a manos del demonio que allí habita.

—Siéntate, por favor, Nimue —suplico, dejando escapar una gran cantidad de aire con lentitud y mordiendo mi labio inferior mientras medito bien mis palabras.

La joven hechicera se sienta sobre la cama y me observa confusa, clavándome sus dulces ojos color avellana al tiempo que aprieta mi mano, indicándome que empiece a hablar.

—Lo primero que quiero que sepas es que jamás te haría daño, ni dejaré que nadie te lo haga —le aseguro—. Desde que me marché de Camelot, he aprendido algunas cosas sobre mí. Ahora sé quién soy y no deseo que te asustes. Sé que no será fácil de aceptar, pero quiero que me veas como a la misma persona. Para ti, sigo siendo Ana, ¿está bien?

—Ya sé que nunca me harías daño —añade con una preciosa sonrisa.

—Soy Kaeth Adú, o al menos lo era, ahora mismo ni siquiera sé muy bien quién soy —confieso, observando con miedo su reacción.

Lejos de asustarse, Nimue empieza a reírse, dejándome perpleja.

—No digas tonterías, no es el momento de gastar bromas. Por unos instantes me habías

preocupado. Eres Ana y has venido desde el futuro, lo que pasa es que no sabemos por qué, ni tampoco los efectos que ha tenido ese viaje en el tiempo sobre ti. Quizá por eso estás confusa —me asegura apretando mi mano y besando mis labios—. Espera, no has estado bebiendo vino o algún licor, ¿verdad?

Al ver su rostro lleno de esperanza, me dan ganas de no seguir adelante con la explicación. Casi prefiero que siga viéndome así, como esa Ana que ha venido del futuro. No quiero decepcionarla, pero debo contarle la verdad, al menos lo que conozco de esa verdad. Supongo que ya he mentido y engañado lo suficiente en mis tiempos como la Hechicera Oscura.

—Nimue, es cierto que estoy confusa sobre muchas cosas, pero no sobre esto. He estado en las ruinas de Myd. Tú misma has visto a la Hechicera Oscura materializarse dentro de una luz blanquecina en la gran biblioteca. Ella fue quien me indicó que debía dirigirme a ese lugar y llamar a Drarix. El demonio me explicó quién soy y me ayudó a librarme de algunos de los sellos que impedían liberar mi magia. Puedes comprobarlo por ti misma si quieres —aclaro, dejando al descubierto mi pecho izquierdo y haciendo una seña para que me examine.

—Me parece una excusa patética para que te acaricie los pechos —protesta.

La joven hechicera sacude la cabeza, como indicando que no tiene tiempo para juegos. Aun así, ante mi insistencia, accede a acercar su mano a mi corazón.

Capítulo 24



ANA

Su mano sale rebotada en cuanto roza mi piel, como si una gran fuerza la hubiese empujado con violencia.

Nimue me lanza una mirada extraña, una mezcla entre el miedo y la incredulidad, mientras se frota la palma de la mano con los ojos muy abiertos.

—No…no es posible —es todo lo que es capaz de decir, todavía sin creerme, extendiendo ambas manos en un intento de captar la energía sin tocarme.

Y entonces ocurre.

Su rostro se llena ahora de terror. El pánico en sus ojos es agónico. Ha perdido todo su color, trata de alejarse torpemente de mí, tropezando, cayendo al suelo sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Nimue, por favor, soy yo, sigo siendo yo. Nunca te haría ningún daño, te lo prometo, yo te quiero —aseguro con un hilo de voz.

Observar el terror en su mirada es más doloroso que si me arrancasen la carne de los huesos. Donde hace unos instantes había amor, ahora tan solo existe un miedo atroz.

Al escuchar mi última frase, se detiene. Su mirada sigue repleta de terror, pero, al menos, no intenta escapar de mí.

—No, no puede ser. Kaeth Adú es la persona más malvada de este mundo. Es la personificación de todo lo malo que existe. Tú no…

Se detiene, hace una pausa, titubea. Trata de convencerse a sí misma de que lo que ha sentido no es real. Casi puedo notar la lucha agónica en su interior.

—Nimue, te repito que nunca te haría daño. Y tampoco soy ya esa Kaeth Adú, al menos de momento —admito con un suspiro.

—¿Has recuperado todo tu poder? —pregunta con miedo.

—Solo una mínima parte —confieso, negando con la cabeza.

—¿Una mínima parte? Tu cuerpo está repleto de energía mágica. ¿Ha… te ha dolido mucho? —inquiere preocupada—.

—Nada —le aseguro—. Lo de Mordred fue una broma de mal gusto, me las pagará por lo que ha hecho. Por favor, deja que te explique, no tengas miedo, sigo sintiendo lo mismo por ti. Sigo siendo la misma persona de hace unos días. No soy la Kaeth Adú de las leyendas.

Nimue asiente tímidamente con la cabeza, pero al menos, se sienta de nuevo a mi lado, guardando instintivamente una distancia prudencial. No sé de dónde ha sacado la idea de que quiero destruir Camelot y matar a todos sus habitantes, pero, tras jurarle varias veces que no es así y que jamás le haré ningún daño, deja que coja su mano entre las mías y la acaricie.

Sus ojos se abren como platos mientras relato mi aventura; escapando del castillo, perseguida por los hombres de Mordred o perdida en los pasadizos rocosos de la cueva que conduce a las ruinas de Myd.

Suspira asustada al contarle mi encuentro con Drarix, el demonio del lago, cuando pensé que perdería la vida. Hace mil preguntas mientras narro cómo la enorme bestia liberó parte de los sellos que contenían mi magia. Sus ojos se iluminan al hablar sobre los pergaminos que esconden los poderosos hechizos que solo Kaeth Adú conoce, asegurándome que le gustaría poder verlos algún día.

—Soy la misma persona y te quiero —repito, inclinándome hacia ella en un intento de abrazarla, pero se aparta de mí, partiéndome el alma.

—Ni siquiera eres humana. Eres… eres un ser de pura maldad —añade apesadumbrada, desgarrando mi corazón con cada una de sus palabras.

—Nimue, no sé lo que soy, aunque te puedo asegurar que no soy malvada. Quizá un día lo fui, es posible que todas y cada una de las horribles leyendas que cuentan sobre mí sean verdad, pero ya no soy esa persona. Al sellar mi magia, he sellado también mis recuerdos y no quiero recuperarlos. Me da pánico conocer lo que he hecho en el pasado, prefiero no hacerlo, es mi oportunidad de empezar desde cero —explico, rogándole que no se aleje de mí.

Durante un buen rato, tan solo me observa. En silencio, mordiendo su labio inferior en un gesto de dolor, como si las palabras no se atreviesen a salir de su garganta.

—Por los antiguos dioses, Ana, llevo dos días sin dormir pensando que estabas muerta. Empezaba a enamorarme de ti y, cuando por fin regresas, eres la Hechicera Oscura —se inquieta, tapándose la boca con una de sus manos mientras sus ojos se llenan de lágrimas, apartando de mí su mirada.

Me desespero. Me duele el alma al verla sufrir de este modo por culpa de mi pasado. Le aseguro una y otra vez, que sigo siendo la misma persona de la que se empezaba a enamorar, la misma Ana que jamás le haría daño. Le suplico que no aparte su mirada, que no tenga miedo. Ahora, son mis ojos los que se humedecen mientras le ruego que, al menos, me dé una oportunidad para demostrarle que lo que digo es cierto.

De pronto, sus ojos vuelven a clavarse en los míos.

—La Hechicera Oscura nunca lloraría. No le teme a nada —exclama, intentando esbozar una sonrisa mientras seca con la palma de su mano las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

—La nueva Kaeth Adú no tiene miedo a llorar. No te hace más débil. Y claro que tengo miedo, me aterroriza perderte —reconozco con un suspiro.

Nimue muerde su labio inferior y menea la cabeza, un pequeño soplido se escapa de su boca antes de dejarse abrazar con miedo, su cuerpo totalmente rígido.

—Deberías temer a Arturo y a Merlín, o a Mordred por lo que me cuentas.

—Tengo un plan —le aseguro—. Pero antes debo hacerle una visita a Mordred, porque, aunque me dan muchas ganas de matarle, creo que los dos queremos lo mismo en estos momentos. Una vez que nos libremos de la amenaza de Arturo y Merlín, ganaremos algo de

tiempo y necesitaré tu ayuda para recuperar mi poder.

—¿Te…te vas a quedar en este tiempo? ¿No volverás al futuro? —pregunta Nimue esperanzada.

—No voy a separarme de ti —admito con un guiño de ojo.

—Dime una cosa, ¿por qué has viajado al futuro?

—Ni yo misma lo recuerdo —confieso, encogiéndome de hombros—. Drarix me dijo que dudaba entre explorar el mundo prisión de Lelyal Morifer o viajar al futuro. Supongo que quería ver cómo había evolucionado la magia en ese tiempo.

—¿Y cómo es la magia del futuro? ¿Es poderosa? —indaga con brillo en los ojos.

—No existe —respondo negando con la cabeza—. La magia ha sido sustituida por la tecnología y la ciencia, aunque muchas de las cosas que pueden lograr con sus avances tecnológicos nos parecerían una magia aún más poderosa que la de los Primigenii.

Nimue sacude la cabeza. Es como si se negase a contemplar la posibilidad de un mundo sin magia.

—¿Cuánto de humano queda en ti? Quiero decir, ¿cuánta parte de ti es Ana y cuánta Kaeth Adú? —pregunta con miedo.

—Todavía soy mucho más Ana que la Hechicera Oscura —confieso—. Nadie lo puede saber, nuestra mejor baza ahora mismo es que crean que he recuperado una gran parte de mi poder, aunque eso no sea cierto. De todos modos, creo que la parte de Ana nunca me abandonará. He conocido algo que la antigua Kaeth Adú nunca experimentó.

—No te comprendo.

—He conocido el amor y la amistad. La bondad. Mi yo del pasado tan solo conocía la magia. Era temida, pero nunca llegó a ver lo bueno que había en el mundo.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio —suspiro—. Nimue, no sé cómo voy a evolucionar a partir de ahora, ni siquiera sé si conseguiré engañar a Mordred, quizá me mate al ver que he recuperado una parte de mi poder. Si sigo viva, es posible que el verdadero ser de la Hechicera Oscura se apodere poco a poco de mí, que me vaya arrebatando mi parte de humanidad. No lo sé. Hay muchas cosas que desconozco. La Kaeth Adú del pasado tendría las respuestas, yo no. Tan solo estoy segura de una cosa. Nunca te haré daño.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Porque te quiero.

Con una sonrisa, Nimue me empuja sobre la cama, colocándose sobre mí. Al sentir el roce de sus labios en los míos, dejo escapar un gemido apagado. Mis sentidos están ahora tan agudizados, que una simple caricia logra que me excite hasta niveles que nunca creí posibles. Sus dedos entre mis piernas me llevan a un intenso clímax sin esfuerzo alguno.

Capítulo 25



KAETH ADÚ

Por mucho que desee quedarme entre los brazos de Nimue, debo solucionar mis diferencias con Mordred lo antes posible. No puedo dejar que la situación se vuelva en mi contra, solo espero que el plan urdido en las ruinas de Myd funcione y salga viva de nuestra charla. Cuando era la Hechicera Oscura, mi magia era muy superior, pero ahora, soy consciente de que no soy rival para alguien con el poder del Primigenius.

—Debo hablar con Mordred antes de que sea demasiado tarde, el tiempo apremia —admito, peinando los cabellos de Nimue entre mis dedos.

—Te acompaño —afirma llena de determinación.

—No, no, no. Es muy peligroso, tengo un plan, pero no sé si va a funcionar. Ya conoces su enorme poder. En estos momentos, nada podríamos hacer contra él, todavía me queda mucha energía por recuperar —confieso, intentando convencerla para que se quede en sus aposentos.

—Donde tú vayas, iré yo, no le temo a la muerte —añade la joven hechicera mientras se viste y esconde una daga entre la ropa, como si pudiese servir de algo contra nuestro rival.

Cierro los ojos e inspiro una gran cantidad de aire, soltándolo muy lentamente mientras pondero los peligros de lo que estamos a punto de hacer. Si mi plan no funciona, no puedo estar segura de si Mordred me mataría. Es posible que sí, aunque desconozco si tenemos algún código de conducta que nos impide asesinar a los de nuestra raza, quizá por eso yo nunca me he deshecho de ellos. De lo que sí estoy segura es de que no dudará en hacer daño a Nimue, y si eso ocurre no me lo perdonaré jamás.

Caminamos por los pasillos de piedra con paso decidido hacia los aposentos del Primigenius, situados en la misma zona del castillo donde se aloja la familia real. Casi todo el bullicio se centra ahora en los patios de armas interiores o bien en los almacenes, donde se acumula el grano y otras provisiones para poder aguantar un largo asedio.

También en las almenas, en las que los hombres del rey Constantino intentan montar un sistema defensivo a toda prisa. Tengo muchas dudas de que el aceite hirviendo que pretenden arrojar sobre Arturo y las tribus celtas pueda detenerlos. Sobre todo, si de verdad están ayudados por Merlín.

—¡El paso no está permitido en esta zona! —gritan unos soldados.

Antes de que podamos mediar una sola palabra o discutir, salen volando por los aires y se estrellan contra la pared.

—¿Qué haces? —chilla Nimue, colocándose en cuclillas junto a ellos para examinar las lesiones—. Me dijiste que habías cambiado —protesta, mordiendo su labio inferior con dolor.

—No… yo…lo siento, ha sido instintivo, ni siquiera quería… No les he matado, ¿verdad? —pregunto con miedo.

—No, pero podrías haberlo hecho —me recrimina—. Si estás recuperando tu poder, debes aprender a controlarte. Me juraste que ya no querías volver a ser la Hechicera Oscura. En cambio, no has dudado en lanzar a estos hombres contra un muro solo por cortarnos el paso —protesta, y en sus ojos puedo ver una decepción que me asusta.

Una vez comprobado que ninguno de los soldados tiene lesiones que amenacen su vida, siento su corazón acelerarse en cuanto nos detenemos frente a la puerta que conduce a los aposentos del Primigenius.

—No les hagas daño —me recuerda al observar a dos guardias armados que la custodian.

Por fortuna, Mordred ordena que nos permitan la entrada antes incluso de que pidamos hablar con él.

De manera instintiva, Nimue lleva una mano temblorosa hasta la empuñadura de la daga que porta con ella, con el corazón acelerado y su respiración entrecortada.

—Dile que no haga ninguna tontería —murmura con tranquilidad el Primigenius, dirigiéndose a mí mientras se acaricia lentamente la barba.

Desde donde nos encontramos, aproximadamente a tres o cuatro metros de él, puedo percibir la energía mágica que desprende. Parece que él también puede hacer lo mismo conmigo, porque me observa extrañado, sin duda percibiendo el cambio que he experimentado y frunce el ceño antes de empezar a hablar.

—Veo que te has deshecho de unos cuantos sellos, no pensaba que pudieras hacerlo tú misma sin ayuda —admite extrañado, sin dejar de acariciarse la larga barba, como si quisiese alargarla aún más.

—Ya ves que sí puedo y, además, no me ha dolido nada —añado en tono irónico.

—Supongo que tienes un montón de preguntas, Hechicera Oscura, y quizá ahora sea un buen momento para contestarlas —reconoce, asintiendo con la cabeza—. Antes de nada, quisiera que supieses que los hombres que envié en tu persecución no pretendían hacerte daño, solamente detenerte antes de que te adentraras en las ruinas de Myd.

Abro la boca, dudando si empezar a preguntar las muchas dudas que tengo o protestar por su persecución, pero antes de que pueda hacerlo, el Primigenius toma de nuevo la palabra, adelantándose a mí.

—Imagino que a estas alturas ya sabes que no eres una tal Ana que ha llegado desde algún tiempo futuro por casualidad, sino Kaeth Adú, la Hechicera Oscura, aunque sí pareces haber llegado del futuro.

—Es obvio —mascullo.

—Desconozco lo que hacías en ese tiempo y no sé si tú misma lo recuerdas, pero eso es algo para discutir más adelante, de hecho, tengo un gran interés en que me cuentes cómo es el futuro. Ahora debemos ocuparnos de otros asuntos —apunta antes de continuar —. *¿Raciardok ro Ramsio Omsesio?* (¿Recuerdas la Lengua Antigua?)

—*Mí, raciardu ro Ramsio Omsesio varu dakau robror am ro Ramsio Cukúm voro pia Nimue muk amseamdo* —respondo seria. (Sí, recuerdo la Lengua Antigua, pero deseo

hablar en la Lengua Común para que Nimue nos entienda).

Mordred deja escapar una mueca entre sorpresa y desprecio. Asiente lentamente, haciendo un gesto con la mano para que prosigamos nuestra conversación en la Lengua Común.

—Desconozco por qué has sellado tu poder y olvidado tu pasado —indica, negando con la cabeza en señal de desaprobación, como diciendo que él no se desprendería de su magia por nada de este mundo—. Tampoco sé cuánta energía has recuperado. Veo que bastante, aunque no lo suficiente. Con tu antiguo poder te habrías metido directamente en mi cabeza para sacar las respuestas sin necesidad de preguntarme —añade aliviado.

Opto por no contestarle. Yo misma no sé por qué he sellado mi magia y, en cuanto a mi poder actual, prefiero que no sepa que ando más bien justa todavía.

—Debemos remontarnos al principio, cuando el mundo era todavía joven. Merlín, tú misma y yo somos los últimos vestigios de la poderosa raza de los Primigenii. Hemos vivido rodeados de magia salvaje y esa energía ha modificado nuestros cuerpos y nuestras mentes. Ha permitido también que el tiempo pase de manera diferente para nosotros, mucho más lento. La raza de los hombres se extendió por todo el planeta, perdidos en sus guerras y cegados por su ambición y codicia. La mayor parte de las criaturas mágicas se exiliaron voluntariamente a zonas remotas o crearon mundos fuera del alcance de los hombres donde vivir en paz —explica el Primigenius con voz calmada.

—¿Como el mundo de Lelyal Morifer? —interrumpo con curiosidad.

—Algo similar —expone Mordred acariciando su barba—. Lelyal Morifer es un mundo prisión, para mantener a muchos de los seres malvados que un día poblaron estas zonas, como las diferentes razas de demonios, los Alps, las Banshees, los Boggarts, espíritus maltratados que se han vuelto malévolos y toda esa calaña de bestias que tanto llamaban tu atención hace años. Tú misma has abierto un portal a ese mundo, ignorando las súplicas tanto de Merlín como mías para que no lo hicieses.

De nuevo, asiento con la cabeza, recordando al fiel demonio Drarix al tiempo que me maravillo de lo irresponsable que era mi antigua yo, cuando ejercía todavía de Hechicera Oscura.

—Con la ausencia de seres mágicos, la magia salvaje se fue debilitando y pienso que es mejor así. Algunos humanos son capaces de canalizar esa magia y eso siempre es peligroso, incluso si es a un nivel muy elemental como la joven hechicera aquí presente —establece, señalando a Nimue—. Por suerte, en la mayor parte de los reinos esa habilidad significa su sentencia de muerte en la hoguera y pienso que la magia terminará desapareciendo con la muerte de nuestra especie.

—Siento decirte que la magia es más fuerte que nunca en el futuro —miento, tratando de observar su reacción—. ¿Por qué Merlín quiere atacar Camelot ayudando a Arturo? —interrumpo impaciente, generando el descontento de Mordred que parece preferir seguir con sus historias.

—Todo parte de las diferencias de criterio entre nosotros, y veo que no recuerdas gran cosa —admite el mago—. Mi razonamiento fue siempre utilizar la magia para ayudar a los humanos, aunque cada vez tengo más dudas de que merezcan nuestra ayuda. Para ello, prefería mantener los focos de energía mágica bajo control. Merlín, en cambio, siempre ha buscado acrecentar su poder ayudado de la magia. Tú, en tu locura, has buscado retos cada vez más arriesgados, hasta el punto de que te habías llegado a convertir en un peligro para el mundo.

Escuchar esas palabras me causa dolor. Prefiero desconocer las horribles acciones que habré cometido cuando era la Hechicera Oscura, porque estoy segura de que he causado mucho más sufrimiento que el propio Merlín con sus ansias de poder.

Nimue se da cuenta e instintivamente, acaricia la parte baja de mi espalda. Dejo escapar un suspiro que provoca una extraña mirada en Mordred, seguramente reconociendo mi punto débil.

—Ni siquiera sois de la misma especie —murmura con desprecio.

—¿Por qué Merlín está ayudando a Arturo? —interrumpo, tratando de evitar que la conversación se vuelva hacia Nimue.

—En tu ausencia, Merlín decididió agilizar sus planes y aprovechar la ambición de Arturo, que siempre ha querido usurpar el trono de Camelot. El primer paso será hacerse con este reino, más tarde, con la ayuda de Merlín, el ejército de Arturo no tendrá rival. Por eso, al verte, se me ocurrió un plan que quizá pudiese funcionar —explica, arqueando las cejas.

—¿Dónde encajo yo en ese plan? —insisto confusa.

—Elemento disuasorio —responde con calma.

—No te sigo.

—Las tribus celtas que acompañan a Arturo, posiblemente huirán aterradas en cuanto descubran que la Hechicera Oscura se encuentra en el castillo. Ninguno de ellos te ha visto jamás, pero han escuchado suficientes historias horribles de muerte y destrucción como para saber a lo que se enfrentan.

—¿Crees que podrías engañar a Merlín? —interrumpe Nimue.

—Tan solo tengo que mantener a tu querida amiga lo suficientemente lejos. Merlín detectará magia, pero no podrá adivinar que su poder está muy mermado. Mi esperanza radica en que no osará iniciar un enfrentamiento directo y, por tanto, Arturo se quedará sin aliados.

—¿Crees que podría funcionar? —pregunto sin estar muy convencida.

—Si te soy sincero, estoy casi seguro de que no, pero era mi única opción. Ahora, las cosas han cambiado mucho. Mi tiempo en este mundo llega a su fin, quizá me queden dos o tres siglos, a lo sumo —admite el mago—. Mi energía se debilita, soy el más débil de los tres y solo aspiro a una vida tranquila —confiesa con una extraña sonrisa—. Si te entrego a Merlín, estoy seguro de que me concederá un reino donde sus habitantes me sirvan hasta que mi luz se apague.

—¡No te lo permitiremos! —chilla Nimue, sacando la daga que porta bajo su túnica.

—No seas estúpida, chiquilla. ¿Cómo me lo impediréis? Tú tienes menos magia que una cucaracha. En cuanto a Kaeth Adú, ya no es ni la sombra de la temible Hechicera Oscura. Que decida Merlín lo que quiere hacer con vosotras —añade el Primigenius, encogiéndose de hombros.

Sabía que no me podía fiar de Mordred. No ha tenido reparos en cambiar de planes y de bando. No ha dudado en utilizarme como moneda de cambio para su salvación, claro que con mi historial pasado tampoco puedo culparle.

Ante la amenaza, respiro hondo y alzo los ojos al cielo, suplicando que mi plan funcione.

—*Ti kañuro sa cumquco, Drorex* —grito con todas mis fuerzas ante la mirada atónita de Mordred que ahora sí se ha puesto muy nervioso.

—¿Qué has dicho? —pregunta Nimue entre susurros.

—He dicho “tu señora te convoca, Drarix” —susurro ante la tardanza del demonio.

Pero, Drarix no aparece.

Capítulo 26



KAETH ADÚ

La cara de preocupación de Mordred se va relajando al observar que no hay ni rastro del demonio. Esboza una sonrisa de superioridad, sabiendo que sin la bestia, ha ganado esta batalla. Yo me preparo mentalmente para una lucha que, seguramente, no podré vencer.

De pronto, se escucha un gran estruendo en el pasillo, gritos, carreras, golpes, rugidos. La sonrisa de Mordred se desvanece para a tornarse en un gesto de pánico al ver que la pesada puerta de madera sale volando por los aires junto a sus dos guardias armados.

—*Me kañuro, Drorex aksá opií* —ruge una potente voz detrás de nosotras. (Mi señora, Drarix está aquí).

La estampa de la enorme bestia llenando la sala con su presencia es digna de ver. Nimue se esconde detrás de mí, temblando de miedo. Mordred retrocede varios metros y alza los brazos, amenazando con lanzar un hechizo, aunque su rostro refleja el pánico que siente en su interior.

—*Siiaso o si bakseo, racrecaro ukciro* —chilla el mago dirigiéndose a mí. (Sujeta a tu bestia, Hechicera Oscura).

—Como ves, las fuerzas están más equilibradas ahora, Mordred —le indico, alzando las cejas—quizá quieras reconsiderar tus planes, a menos que pretendas morir esta tarde.

—Nimue morirá antes de que el demonio pueda tocarme —amenaza, señalando con su largo bastón a Nimue que se ha escondido ahora detrás de una mesa y tiembla hecha un ovillo.

Se me hiela la sangre al escuchar su bravata. En estos momentos, a todos nos conviene llegar a un acuerdo lo más amistoso posible. El mago ha detectado mi debilidad. La Hechicera Oscura no hubiese tenido ningún reparo en ordenar a Drarix que matase a Mordred, aunque en el proceso Nimue perdiese su vida. Pero yo ya no soy esa persona, y por nada de este mundo quiero que le ocurra algo malo.

—Creo que lo mejor es que nadie salga herido de esta sala, Mordred —indico, extendiendo las manos para intentar apaciguarle—. Tu plan inicial sigue siendo válido, y más con la presencia de Drarix en el castillo. Las tribus celtas se batirán en retirada en cuanto nos vean. Merlín desistirá en su empeño, al menos temporalmente, hasta que decida el tamaño real de la amenaza que supongo para él.

El Primigenius baja el bastón lentamente, parece calmarse. Medita durante unos instantes su decisión, acariciando la larga barba. Entre tanto, la respiración profunda y amenazante de Drarix retumba en los muros de la estancia.

—Está bien. Tenemos un trato —exclama el mago, asintiendo con la cabeza— seguiremos el plan inicial y roguemos que funcione o moriremos todos.

—*Me kañuro daba axeser im qímciru kásecu* —aconseja la bestia con su voz de ultratumba. (Mi señora debe exigir un vínculo mágico).

Tras escuchar las palabras del demonio, regresa a mi memoria la utilidad de los vínculos mágicos, una especie de pacto irrompible que impedirá que Mordred me traicione y agradezco que Drarix tenga la cordura de recordar ese tipo de cosas.

—¡*Exeiu im qímciru kásecu*! —demando, ante la sorpresa de Mordred, sabiendo que si rompe el acuerdo, las consecuencias serían para él incluso peores que la muerte. (Exijo un vínculo mágico).

El Primigenius acepta a regañadientes el acuerdo irrompible, vinculado por magia. Sabe que no tiene otra alternativa. Una confrontación en estos momentos no es buena para ninguno de nosotros; él perdería la vida a manos de la bestia y yo perdería a Nimue.

Su plan inicial, por otro lado, tiene todo el sentido del mundo. Quizá no sea una solución definitiva, pero, si funciona, nos permitiría ganar un tiempo precioso mientras pensamos en algo mejor y recupero parte de mi poder.

Capítulo 27



NIMUE

Me cuesta entender todo lo que está ocurriendo en estos últimos días. Desde pequeña, he sido educada para tener una mente lo más abierta posible, esa es la clave para aceptar la energía mágica que nos rodea y lograr hacer uso de ella. Sin embargo, esta situación supera todas mis expectativas.

Si ya era extraño que una persona viajase desde el futuro a través de un portal, saber que la viajera es la mismísima Hechicera Oscura es demasiado para mí. Ahora que conozco la verdad, me cuesta confiar en Ana.

Las crónicas cuentan cosas terribles. Era cruel, un ser malvado. Y, sin embargo, su mirada parece tan sincera que es capaz de llegar a mi corazón. Quizá sea cierto que sellando su magia ha sellado también su verdadero ser. Es posible que esto suponga una oportunidad de comenzar desde cero. Puede que eso sea tan solo lo que yo quiero creer, porque soy consciente de que me aferro a esa posibilidad como un náufrago a un trozo de madera.

Desconozco en qué consiste su idea para detener el asedio al castillo y enfrentarse a Mordred. Pero, también sé que una confrontación con el Primigenius es muy peligrosa y, por mucho que esté aterrada, mi deber es estar a su lado.

Tal y como me temía, las cosas no tardan demasiado en torcerse. El mago amenaza con entregar a Ana a nuestros enemigos a cambio de inmunidad durante el resto de sus días. Sin la oposición de los demás Primigenii, Arturo y Merlín no tendrán problemas a la hora de hacerse con Camelot. Y el resto de los reinos caerán a continuación.

Con la mano temblorosa, amenazo a Mordred con la daga que escondo bajo la túnica, aun sabiendo que mis posibilidades de éxito son nulas. De pronto, se produce un gran estruendo y la puerta de la estancia sale volando por los aires, destrozada por una horrible criatura de ojos amarillos, sin rasgos definidos en su rostro.

Instintivamente, ahogo un grito de terror y me escondo detrás de Ana para a continuación, meterme tras una mesa, aprovechando el desconcierto.

La gigantesca bestia desprende un olor nauseabundo, insoportable; una mezcla a azufre y carne podrida. Su cuerpo está cubierto de una piel negruzca. En lugar de rostro, tiene una cara plana y deforme, con dos enormes ojos amarillos que parecen estar inyectados en sangre. De su boca sobresalen unos colmillos amarillentos del tamaño de dagas.

Blande con destreza una inmensa espada de múltiples filos, tan afilados que parecen brillar. Es como si quisiese demostrar a Mordred que podría rebanarle el cuello en cualquier momento si Ana se lo ordena. Olfatea el aire y emite una serie de gruñidos guturales que hacen temblar las paredes. Frente a ellos, el Primigenius amenaza con matarme si el demonio intenta hacerle daño.

Si el plan de Ana consiste en convocar a un demonio desde inframundo de Lelyal Morifer y matar a Mordred, creo que no podré confiar nunca más en ella. Está claro que sigue siendo la Hechicera Oscura, la personificación del mal. Nada ha cambiado. Supongo que algunas cosas nunca cambian. De poco me servirá, porque el Primigenius parece dispuesto a acabar con mi vida en cualquier instante.

Tiemblo hecha un ovillo, esperando la muerte, hasta que los dos Primigenii parecen llegar a un acuerdo que sellan con un vínculo mágico. La enorme bestia me sigue observando curiosa, sus ojos amarillos fijos en mí.

—Nimue, no tienes nada que temer, ven —susurra Ana, extendiendo la mano hacia mí.

Me acerco a ella todavía temblando, mi corazón en un puño, palpitando tan fuerte que parece querer salirse de mi pecho, sin saber ya en quién puedo confiar.

—Quizá Drarix podría adoptar otra forma para que Nimue deje de temblar —sugiere Mordred ante mi sorpresa.

—¿Puede hacer eso? —preguntamos Ana y yo con sorpresa y casi al unísono.

Quizá sea verdad que no recuerda quién es.

Ante mi asombro y también el de la viajera, a juzgar por la cara que ha puesto, la bestia se transforma en un dulce niño de cabello rubio y unos ojos verdes preciosos. Sigue oliendo a putrefacción y muerte, pero al menos, su aspecto no da tanto miedo.

Ana busca mi mirada sonriendo, trata de acercarse a mí para abrazarme y puedo ver la decepción y tristeza en su rostro cuando extiendo las manos para impedírselo.

—Has convocado a un demonio desde el inframundo —balbuceo, mordiendo mi labio inferior llena de rabia y negando con la cabeza—. No has cambiado en nada, todo era una gran mentira. Sigues siendo malvada.

—Lo he hecho para protegerte —asegura con mirada triste—. Drarix me estaba esperando en las mazmorras del castillo. No viene del inframundo de Lelyal Morifer, sino de las ruinas de Myd. Es su guardián y está aquí para ayudarnos —me asegura con los ojos humedecidos.

No puedo evitar acercarme a ella. Observar esos ojos tan azules bañados en lágrimas me ablanda el corazón. Por mucho que sepa que es Kaeth Adú, o al menos que lo ha sido, esas lágrimas me indican que sus sentimientos son auténticos. Al verme, Mordred deja escapar un bufido de desprecio y mira hacia el techo de la estancia antes de dirigirse a nosotras.

—*Ne kepiearo kuek da ro kekko rozo, racrecaro ukciro*—exclama dirigiéndose a la viajera. (Te recuerdo que ni siquiera sois de la misma especie, Hechicera Oscura).

Se expresa de nuevo en la Lengua Antigua, en esa que se cita en las leyendas, la que cuentan que hablaban los seres mágicos que habitaban estas tierras antes de la llegada de los humanos. Quizá también los antiguos dioses. Soy incapaz de comprenderle. Creo que nos ha mencionado porque, a juzgar por el gesto de enfado de Ana, no ha debido de decir nada bueno de nosotras.

—Vamos a dejar los cariñitos para más tarde —protesta—. Ahora necesitamos que vuelva alguna versión de la Hechicera Oscura y no una adolescente enamorada o estaremos todos muertos —añade el Primigenius, golpeando el suelo con su bastón para llamar nuestra

atención.

Su rostro parece serio y preocupado, la mirada severa. En cierto modo, reconozco que tiene razón. Por mucho que me duela, si queremos salir vivos del asedio al castillo, nuestra única posibilidad es que Ana recupere una versión lo más cercana posible de su antiguo yo. Algo que sea lo suficientemente convincente como para que Merlín considere que sería peligroso para su vida proseguir con el ataque.

—¿No tenéis ninguna manera de convencer a Arturo y Merlín de que usurpar la corona de Camelot no es lo correcto? —me aventuro a preguntar con un hilo de voz casi inaudible.

—No —responde rotundo el Primigenius—. Ambos creen estar haciendo lo correcto. Desde su punto de vista, quizá lo sea. También Kaeth Adú, en su locura, pensaba que hacía lo correcto abriendo portales al inframundo o al futuro, aunque pusiese en peligro a toda la humanidad.

—¿Crees que Arturo está convencido de que la corona de Camelot le pertenece? —insisto, elevando las cejas.

—Sin lugar a dudas. Su mente ha sido envenenada, primero por su madre y más tarde por Merlín. Cree firmemente que es el legítimo heredero al trono de Camelot y no Uther. No cesará en su intento mientras le quede un ápice de vida. También me temo que alguien desde dentro del castillo le está ayudando —explica el mago sin perder la calma.

—Entonces, ¿nuestra única opción es que Ana aparezca junto al demonio y les convenza de que es la Hechicera Oscura con todo su antiguo poder? —indago sin acabar de estar convencida de que el plan pueda funcionar.

—Es nuestra única opción, aunque ni siquiera me atrevería a llamarlo un plan. Desconozco el verdadero poder de Merlín en estos momentos —confiesa.

—No pinta bien —murmura Ana.

—Mi esperanza es que las tribus celtas huyan nada más ver a la Hechicera Oscura, ahora respaldada por una bestia del inframundo. Han escuchado las suficientes leyendas sobre ella, historias de muerte y destrucción. Conocen las terribles atrocidades que ha cometido. Sin embargo, Merlín pudo haber aumentado su poder en estos últimos años, quizá tenga a todo el ejército de Arturo bajo un hechizo con el que no sentirían ningún miedo —explica pensativo el mago, alisándose de nuevo la larga barba blanca.

—¿Eso es posible? —inquiero asustada.

—Lo es. Se necesita un gran poder y canalizar una enorme cantidad de energía para mantenerlo durante un cierto tiempo. Desconozco si Merlín es capaz de lograrlo o no —expone Mordred, encogiéndose de hombros.

Los tres nos quedamos pensativos, ponderando en silencio las palabras del mago y buscando alguna solución. Los cuatro, en realidad, porque es el demonio Drarix, ahora convertido en un tierno niño rubio de unos nueve o diez años, quien rompe ese silencio.

—En cualquier casso, nadie ossaría retar a la hechicera osscura, ssería encontrar una muerte ssegura y terrible —replica la bestia siseando, su voz de ultratumba se ha convertido ahora en una vocecilla aguda.

—Como ya he dicho, esa es nuestra esperanza, que Merlín no sea capaz de detectar el verdadero poder de la Kaeth Adú. Ahora mismo, ese poder no llega al de un bebé de Primigenii. Merlín es mucho más poderoso de lo que te piensas, demonio —aclara Mordred.

—Si es nuestra única opción, no hay nada más que hablar, debemos seguir con ese plan hasta sus últimas consecuencias —interrumpe Ana en tono autoritario.

—En eso estamos de acuerdo, Hechicera Oscura —asiente Mordred—, Sin embargo, tan

solo solucionará los problemas a corto plazo. Merlín descubrirá tarde o temprano el engaño. No sé cuánto tardará, pero lo hará.

—Ya pensaremos en eso más tarde —bufa Ana.

—Y queda el pequeño detalle del portal temporal que te has dejado abierto. Cabe la posibilidad de que Merlín haya viajado también al futuro y te haya buscado allí. No digo que sea fácil, dado lo bien que has conseguido sellar tu magia, pero es una posibilidad. Si lo ha hecho, ahora conocerá que ya no eres demasiado poderosa.

Las palabras del Primigenius pesan como una losa sobre mi pecho, en todo este tiempo no había reparado en el dichoso portal temporal. Lo que acaba de decir Mordred es cierto; es posible que Merlín haya viajado al futuro y conozca que Ana ha perdido casi todo su poder. En cualquier caso, un portal temporal abierto es un gran peligro, aunque solamente Ana y Merlín tengan el suficiente poder como para utilizarlo, en algún momento habría que ocuparse de él.

Cierro los ojos y dejo escapar lentamente una gran cantidad de aire mientras mi mente valora la situación. Si lo pensamos en frío, seguramente estamos algo mejor que hace uno o dos días, cuando nos enfrentábamos a una muerte segura. Al menos, ahora tenemos una oportunidad de salir vivos, si bien remota, pero es una oportunidad al fin y al cabo. Quizá nos permita ganar algo de tiempo para buscar nuevas soluciones, aunque el futuro no pinta nada bien para ninguno de nosotros.

Es la historia de mi vida, parece una broma cruel del destino. Ahora que encuentro a una mujer con la que quiero compartir el resto de mis días, es la mismísima Hechicera Oscura de la que hablan las leyendas y mi propia vida puede no durar mucho.

Capítulo 28



KAETH ADÚ

—Será esta misma noche —anuncia Nimue en voz baja, sacudiendo la cabeza como si quisiera desterrar ese pensamiento de su mente.

—Si el plan no funciona, debes prometerme que huiremos a través del canal que une las mazmorras con las ruinas de Myd — suplico cogiendo sus manos, con la mirada clavada en sus ojos, ahora repletos de preocupación y dudas.

—No podemos abandonar a esta gente a su suerte, debemos ayudar con la defensa del castillo —replica la hechicera con los ojos humedecidos por unas incipientes lágrimas.

—Si atacan el castillo, todos estarán muertos. No hay razón para añadir dos muertas más a la cuenta —admito bajando la mirada—. Drarix les entretendrá el suficiente tiempo como para que podamos huir, luego ya pensaremos si permanecemos allí o proseguimos hacia otro lugar.

Nimue asiente con la cabeza apretando mis manos entre las suyas, ya sin poder retener las lágrimas por más tiempo.

—He preparado todos los explosivos de fuego eterno que he podido en estos dos últimos días, siguiendo las instrucciones de Mordred. Apenas he dormido, pero no serán suficientes —reconoce.

—Nimue, si el castillo cae no será por tu culpa. El ejército reunido por Arturo es sencillamente impresionante para esta época. No sé cómo ha logrado aglutinar a todas las tribus celtas en su bando. Nos superan en número por lo menos cinco a uno, y con la ayuda de Merlín es, en la práctica, un ejército invencible —admito, encogiéndome de hombros.

—El castillo de Camelot no ha caído nunca, en ningún asedio —me asegura, más para convencerse a sí misma y quitar el miedo que otra cosa.

—Nunca se han enfrentado a un ejército como este —replico antes de apoyar mi frente sobre la suya—. Ven aquí.

Seco con mis pulgares las lágrimas de impotencia que ruedan por sus mejillas, mientras un dolor indescriptible me recorre al escuchar sus sollozos.

—No te abandonaré. Si decides quedarte, me quedaré contigo, pero sabes que eso significaría la muerte de ambas y no le veo ningún sentido. Tenemos mucha vida por delante y disponemos de una vía de escape si las cosas se tuercen —le aseguro, intentando

que cambie de opinión.

—¿Estás decidida a quedarte para siempre en este tiempo? ¿No volverías a tu hogar?

—Mi tiempo es este, Nimue, y mi hogar está a tu lado —susurro besando sus labios.

—¿Eres consciente de que, en el mejor de los casos, yo envejeceré y moriré mientras tú seguirás más o menos igual? Lo que para mí es una vida entera para ti solamente será una pequeña parte de la tuya —reconoce apesadumbrada—. Eso suponiendo que Merlín no nos persiga para asesinarnos.

—No me importa, seguiré a tu lado, sea como sea —le aseguro, estrechándola entre mis brazos.

Confieso que no había pensado en esa posibilidad, somos dos razas diferentes, por las que los años pasan a velocidades muy distintas. Por si fuera poco, la magia ha modificado mi cuerpo, alargando mis años de manera artificial y será muy duro ver la vida de Nimue apagarse sin que yo pueda hacer nada por evitarlo mientras mi cuerpo continúa sin envejecer.

La joven hechicera solloza junto a mi oído. Esconde la cara en mi cuello mientras me acaricia la espalda sin querer separarse. Escucho su corazón acelerado como si estuviese dentro de mi propio cuerpo, rodeando su nuca en un intento por calmarla.

—Lo que me has dicho ha sido muy bonito, Ana. Lo siento, no puedo llamarte por tu nombre real, durante demasiado tiempo me ha provocado terror —se disculpa entre suspiros.

—Soy Ana.

Mientras la abrazo, sus lágrimas humedecen mis mejillas y el vínculo que me une a ella se va haciendo cada vez mayor. No permitiré que muera inútilmente en este castillo si nuestro plan no funciona. Aun a riesgo de que no me lo perdone jamás, huiré con ella a las ruinas de Myd, a la fuerza si hace falta, pero salvaré su vida.

—Si sobrevivimos a esta noche tendrás que enseñarme a usar la magia —confieso, cubriendo su cuello de pequeños besos.

—¿Yo enseñando magia a la mismísima Hechicera Oscura?

—Alguien tendrá que hacerlo, apenas recuerdo nada —admito, susurrando a su oído.

—Te voy a dar la primera lección —indica, separándose de mí ligeramente y observándome—. Por las crónicas, la gran hechicera no vestiría nunca de ese modo.

—¿Cómo de este modo?

—Siempre ha vestido como el ser siniestro que era, como alguien que ni siquiera pestañea ante los actos más horribles. Si quieres convencerles de que verdaderamente eres Kaeth Adú, tienes que presentarte frente a las tribus celtas como si no te importase segar las cincuenta mil vidas de un solo golpe. Eso es exactamente lo que ella haría. Siento decírtelo, pero las tribus celtas asocian a la Hechicera Oscura a la misma imagen del mal. Mordred tiene razón; por mucho que me duela, debes recuperar a tu antiguo yo. Ahora mismo pareces una delicada cortesana, con tus cabellos rubios bien peinados y tu túnica verde.

—¿Cómo debo vestir? Yo no lo recuerdo —pregunto, admitiendo la validez de su razonamiento.

—De negro. Siempre vestías de negro. ¿Recuerdas cuando tu imagen apareció dentro de aquella luz en la biblioteca de libros prohibidos? Cubrías tus ojos con una enorme mancha negra que te daba un aspecto siniestro y amenazador. Tu pelo estaba revuelto y vestías una túnica negra. Seguramente, tengas algunas de esas en las ruinas de Myd. Si no, podríamos buscarte una —añade, alzando las cejas.

—¿Quieres acompañarme?

—¿A las ruinas de Myd?

—Sí.

—Es el lugar más siniestro del planeta —indica con preocupación.

—Un poco siniestro sí que es —reconozco, recordando la oscuridad y los cientos de cadáveres que la bestia ha dejado en las orillas del lago—. Pero Drarix ya te conoce, hasta creo que le caes bien, y vienes conmigo. No te ocurrirá nada.

Para mi sorpresa, Nimue accede a visitar las ruinas. Asegura que desea conocer la cripta donde guardo los conjuros que he ido desarrollando a lo largo de cientos o quizá miles de años.

Bajamos con cautela por la larga escalinata de piedra que conduce a las mazmorras, teniendo cuidado de no resbalar por la humedad, y en unos minutos, nos encontramos frente al canal que nos conducirá a la antigua morada de la Hechicera Oscura.

—Desde aquí podemos llegar directamente a las ruinas de Myd. Este es el camino que debemos tomar si las cosas no salen como esperamos. Ahora debo llamar a Drarix —añado, acariciando el reverso de su mano con mi dedo pulgar.

Nimue asiente con la cabeza y percibo los latidos desbocados dentro de su pecho, una mezcla entre miedo y curiosidad.

—*Yu sa cumqucu, Drorex. Lo racrecaro ukciro sa rroko* —ordeno con voz firme. (Yo te convoco, Drarix. La Hechicera Oscura te llama).

Transcurren unos minutos en los que no ocurre nada, hasta que las ondas en el agua nos indican movimiento y pronto divisamos a la bestia. Boga a una velocidad inconcebible hacia nosotras en su bote de remos.

El enorme demonio me saluda con deferencia y observa a Nimue con cautela, seguramente meditando si debe volver a convertirse en un niño para no darle miedo o seguir en su forma demoniaca.

—*Lréqomuk o rok riemok da Myd, ar seakvu ovrakeo* —ordeno señalando con la cabeza. (Llévanos a las ruinas de Myd, el tiempo apremia).

—*Se, me kañuro* —responde la bestia solícita. (Sí, mi señora).

Los fuertes brazos de Drarix nos conducen a toda prisa por los canales oscuros en dirección a mi antigua morada. Por el camino, me sorprendo al ser capaz de ver más detalles que cuando recorrí el mismo trayecto en la dirección contraria, lo que, seguramente, indica que he recuperado algo más de magia.

El demonio me había anunciado que al abrir parte de los sellos, la magia se iría desbordando de manera natural, sin que yo tuviese que hacer nada para lograrlo. Aun así, recuperar mi antiguo poder requerirá de un magnífico esfuerzo, tanto en tiempo como en energía.

Nimue se agarra a mi brazo, la preocupación reflejada en su rostro. Ya debe de ser bastante difícil recorrer el trayecto hacia un lugar que siempre ha estado prohibido. Hacerlo con un enorme demonio y en completa oscuridad, para ella tiene que ser aterrador.

En relativamente poco tiempo, el demonio nos conduce a la orilla del lago interior, flanqueado por sus innumerables cadáveres y su olor nauseabundo. Al pisar tierra, Nimue hace un gesto de asco al percibir la putrefacción que llena la gruta y se agarra con más fuerza a mi brazo.

—No veo nada —admite, caminando con torpeza.

—Es mejor así, te lo aseguro.

Capítulo 29



KAETH ADÚ

Los ojos de Nimue se abren como platos al entrar en la cripta en la que mi antiguo yo practicaba la hechicería. Observa con curiosidad los miles de pergaminos, hechizos y conjuros escritos a mano en la Antigua Lengua. Se maravilla ante la inmensa colección de frascos y recipientes, con todo tipo de compuestos que ahora no sé ni para qué sirven.

—Esto es auténticamente increíble —balbucea, recorriendo la estancia con asombro, deslizando con reverencia la punta de sus dedos por los frascos cubiertos de polvo.

—Cuando el asedio se acabe podremos pasar aquí todo el tiempo que tú quieras —le aseguro con una sonrisa—. Yo tengo mucho que recordar.

—Y yo mucho que aprender —añade entusiasmada, como si fuese una niña en una fábrica de golosinas.

Sonrío ante su entusiasmo. Admito que la idea de explorar los secretos de la magia en compañía de Nimue suena demasiado tentadora.

—Pero ahora tenemos que centrarnos en la batalla. Debemos buscar la ropa adecuada para infundir temor al enemigo —le recuerdo con desgana, apartando esos pensamientos de mi mente.

Nimue asiente con la cabeza y ambas recorremos la cripta en busca de las túnicas negras que mi yo pasado utilizaba, en los tiempos en los que era la temible Hechicera Oscura. O, en su defecto, algo que inspire el mismo temor.

Para nuestra sorpresa, la gran bestia se aproxima a nosotras y nos indica un baúl donde se guardan algunas de esas túnicas negras, Saco una de ellas con cuidado, casi esperando que el paso de los años haya arruinado la tela. La observo con cautela, se ha conservado bastante bien, a pesar del tiempo transcurrido desde la última vez que he estado aquí.

Le doy las gracias a Drarix por su ayuda. Al oler la tela no percibo el fuerte olor a podredumbre del lago, sino un suave aroma a sándalo y mirra. Sea lo que fuese que añadí a estos ropajes en el pasado para protegerlos, ha funcionado a la perfección.

Nimue se coloca frente a mí, desabrocha con delicadeza los cordones de mi escote y el cinturón de mi vestido, ayudándome a deshacerme de él. Justo cuando está a punto de desnudarme, me percato de que la bestia nos mira curiosa, con sus dos grandes ojos amarillos clavados en nosotras.

—*Drorex, vur koqur kor kiaro im kukamsu* —solicito al demonio, que inclina la cabeza y sale de la cripta, cubriendo los ojos como si fuese un niño travieso. (Drarix, por favor, sal fuera un momento).

La joven hechicera deja escapar una sonrisa al ver que la bestia se retira y su mirada recupera ese brillo que logra que me tiemblen las piernas.

Sin romper el contacto visual, deshace el nudo de mi vestido, liberando mis pechos con una lentitud embriagadora, mientras el roce de la tela sobre los pezones logra que se me escape un pequeño gemido.

Nimue mantiene el vestido a la altura de mi cintura, observándome, sus ojos clavados ahora en mis senos. Muerde su labio inferior con deseo, sacude la cabeza y tira del vestido hacia abajo, dejándome desnuda frente a ella.

—Nunca me he atrevido a preguntártelo, pero siempre tuve curiosidad, desde la primera vez que te he visto sin ropa —susurra, acercándose a mí hasta besarme tras el lóbulo de mi oreja—. Tu ausencia de pelo, salvo el cabello, ¿es algo natural en la raza de los Primigenii?

No puedo evitar que se me escape la risa ante la cara de sorpresa de Nimue, que me mira extrañada.

—No, Nimue, que yo sepa somos iguales en casi todos los aspectos. En el futuro, es común en las mujeres depilar el vello del cuerpo; en las axilas y en las piernas muy común y el del pubis bastante común, aunque va según los gustos y no es ni mejor ni peor —le explico, colocando las palmas de las manos sobre sus mejillas y besando su frente—. ¿No te gusta?

—Me gusta, era solo curiosidad —admite con timidez antes de besar mis labios.

Ese beso logra hacerme temblar y la energía mágica de este lugar consigue que todos mis sentidos se saturen de tal manera que cuando sus dedos alcanzan mis pezones, estoy literalmente goteando.

Con torpeza, trato de desnudarla, aunque mi pericia con este tipo de ropajes es muy limitada. Nimue decide desvestirse ella misma, dejando su ropa a los pies, mientras exploramos nuestros cuerpos llenas de deseo.

Sobre una vieja mesa, devoro cada centímetro de la joven hechicera como si fuese lo último que haré en mi vida. Gemimos ajenas a todo, sin importarnos lo que Drarix pueda pensar al otro lado de la estancia.

Con la respiración entrecortada, me tumbo a su lado sobre la mesa, sintiendo el contraste entre su cálida piel sobre mis pechos y la fría madera en mi espalda y, sin mediar palabra, nos comemos a besos, sabiendo que si las cosas se tuercen esta noche, puede ser la última vez que estemos juntas.

—Debemos volver, Ana —recuerda Nimue con la mirada perdida—. Pronto anochecerá y hay que prepararse para el ataque.

Con su ayuda, me coloco la túnica negra, sorprendentemente cómoda, y mezclamos unos compuestos para obtener una pasta negruzca que Nimue coloca alrededor de mis ojos, desde los pómulos hasta más allá de las cejas y que ayuda a darme un aspecto aterrador.

—En las crónicas, tu antiguo yo, portaba en su antebrazo una muñequera de cuero sobre la que se posaba tu enorme cuervo negro, Geazae. Representaba tu sabiduría y su vuelo anunciaba terribles presagios y destrucción, sembrando el terror cuando se le veía en el cielo —explica la joven hechicera.

—Ni siquiera sé dónde puede estar ese cuervo —me disculpo encogiéndome de hombros —. Lo más probable es que esté ya muerto, han pasado muchos años, ni siquiera yo sé

cuántos.

—No pierdes nada por intentar llamarle cuando estemos en el castillo. O podrías preguntar al demonio, quizá sepa si está vivo. Estoy segura de que a las tribus celtas les temblarán las piernas si lo ven surcar los cielos a su alrededor —asegura Nimue, asintiendo lentamente con la cabeza.

Sonrío y, solo porque se quede más tranquila, colocamos una muñequera de cuero en mi antebrazo derecho antes de abandonar las ruinas de Myd. Drarix nos guía en dirección al castillo, nos desplazamos en un profundo silencio, conscientes de que esta noche nos jugamos nuestro futuro.

Capítulo 30



NIMUE

Pisar la cripta donde la mismísima Hechicera Oscura ha desarrollado su poderosa magia es una experiencia única. Las ruinas prohibidas de Myd rebosan una energía que te cala hasta los huesos y maldigo ser tan responsable como para regresar para ayudar en la defensa del castillo.

Nada más llegar a Camelot, Ana le pide a Drarix que se transforme, no quiere infundir el pánico en los soldados. Bastante miedo tendrán ya ante lo que se avecina, por mucho que hayan sido entrenados para ello.

El mago Mordred me ha enseñado cómo preparar algo que él llama *vuceóm qoraruko,* una especie de poción que llena de valor tu corazón. La suministraremos a todos los defensores del castillo justo antes de empezar el ataque, para que las armas no tiemblen en sus manos.

El viejo rey Constantino porta una armadura dorada con un fiero león en el casco. Tan solo la había visto una vez con anterioridad y me pareció que le convertía en un blanco demasiado fácil de identificar en una batalla. Aunque quizá, con ella alberga la esperanza de que su hijo Arturo le respete la vida.

Uther está más tenso de lo que jamás le había visto. Ayuda a sus caballeros a ultimar la defensa del castillo, llevando el aceite hirviendo a lugares estratégicos para ser vertida sobre los primeros guerreros celtas que intenten colocar escalas sobre las murallas.

Los soldados tiemblan. Se apartan con miedo al ver llegar a la gran hechicera. Vestida toda de negro y con sus ojos oscurecidos, infunde el pánico allá por donde pisa. Le acompaña su fiel Drarix, que ha vuelto a adoptar la forma de un niño rubio de unos diez años para no causar la inquietud de las tropas, al menos hasta que sea el momento de desvelar su presencia.

Desde uno de los torreones, se observa a la perfección el peligro al que nos enfrentamos. El ejército que ha reunido Arturo es sencillamente espectacular. En todas mis lecturas, jamás me he encontrado con ninguna crónica que narre un ataque con cincuenta mil guerreros.

No entiendo qué les ha podido ofrecer para lograr reunir a todas las tribus de muchos kilómetros a la redonda, aunque tampoco me extrañaría que hayan venido obligados por

Merlín.

El atardecer tiñe el cielo de un rojo que, en condiciones normales, me parecería precioso. En estos momentos me produce una congoja que apenas me deja respirar, y sin darme cuenta, me agarro con fuerza al brazo de Ana, que coge mi mano y me guiña un ojo intentando calmarme.

—Nada de arrumacos entre vosotras. Eso indicaría a Merlín con claridad que la Hechicera Oscura ya no está ahí dentro —reprocha Mordred, señalando con el dedo a la cabeza de Ana—. Kaeth Adú no tendría ningún reparo en arrancar esas cincuenta mil vidas sin ni siquiera pestañear.

Pronto, los tambores de guerra comienzan a sonar, junto a los terribles gritos de las tribus celtas, cuando ven aparecer unas enormes estructuras de madera, empujadas por trolls de las montañas a las órdenes de Merlín. Jamás había visto a una de esas criaturas. Había leído sobre ellos, pero siempre pensé que eran un cuento para asustar a los niños, ahora veo que existen de verdad. Son unos seres enormes, fácilmente superan los tres metros de altura, una auténtica montaña de músculo.

No tardo demasiado en comprender el cometido de esas grandes estructuras de madera que empujan los trolls. Les ayudarán a salvar sin problema el foso que rodea el castillo y llegar así hasta la parte de arriba de las murallas. Se me hiela la sangre al observar que nuestra primera línea de defensa no servirá de nada, y eso será después de que nos bombardeen las siete grandes catapultas que arrastran con ellos.

—Si vas a llamar al cuervo, este sería un buen momento para hacerlo —le indico a Ana, mi voz quebrada por la angustia.

Ella asiente con la cabeza y se aparta un poco de las almenas para no ser vista todavía por nuestro enemigo. A continuación, extiende sus brazos hacia el cielo e inicia un extraño cántico en la Antigua Lengua.

—*Geazae, ciarqu da ruk ukciruk oisireuk, ro kañuro ukciro sa cumquco* —grita varias veces, cerrando los ojos. (Geazae, cuervo de los oscuros augurios, la señora oscura te convoca).

Se me cae el alma a los pies al observar que ningún ave sobrevuela el cielo. Quizá Ana tenga razón y el cuervo esté ya muerto, o puede que la energía que desprende Merlín sea tan grande que le resulte imposible acercarse al castillo.

Al cabo de un rato, se escucha un agudo graznido y un enorme cuervo negro sobrevuela las murallas, haciendo grandes círculos con las alas desplegadas, hasta que Ana extiende su brazo derecho y se posa sobre la muñequera de cuero.

Creo que la viajera está tan sorprendida como el resto de los que allí estamos de ver aparecer al gran cuervo Geazae. Le mira sin saber muy bien qué hacer con él, mientras el ave se alza orgullosa sobre su antebrazo.

Los gritos de los guerreros celtas van en aumento, acompasados con el ritmo de los tambores de guerra y de las gaitas, haciendo que mi angustia crezca hasta el punto de que me cuesta respirar. Portan mazas, grandes hachas, arcos y largas lanzas. Muchos visten tan solo pieles de animales. Su rostro y torso están repletos de pinturas. Desean probar su valor.

En el interior de las estructuras de madera que empujan los trolls, se pueden divisar arqueros mercenarios de las tierras del sur, famosos por su destreza, listos para diezmar a los defensores de las almenas. Dentro del castillo, caballeros y soldados ocupan sus posiciones de defensa. Algunos tensan nerviosos sus arcos, otros empuñan con fuerza las espadas, conscientes de que hoy dejarán su vida en este lugar.

Las mujeres y los niños, así como la mayor parte de los campesinos, se encuentran ya en los refugios subterráneos, escondidos, aunque tan solo será cuestión de tiempo que den con ellos. No matarán a los campesinos, necesitan mano de obra para trabajar las tierras, pero las mujeres sufrirán todo tipo de vejaciones.

En los patios interiores, Uther grita órdenes para reforzar las puertas con vigas de madera. En las almenas, el aceite hirviendo está listo para ser derramado sobre los primeros guerreros que se acerquen a nosotros.

Sin esperar más, rebusco temblorosa en un bolsillo de mi vestido un pequeño frasco con la poción *vuceóm qoraruko* que Mordred ha mandado preparar. Tan solo espero que de verdad sea capaz de vencer el miedo, porque estoy a punto de desmayarme.

El viejo rey Constantino me observa y, con un gesto, ordena a sus hombres que hagan lo mismo ante el inminente ataque. El efecto de la poción es casi inmediato, en apenas unos minutos me encuentro mucho más tranquila.

—¿Quieres un poco? —pregunto a Ana con un hilo de voz.

—No, gracias —responde seca. Concentrada.

—¿No tienes miedo?

—Temo perderte esta noche —confiesa con sus ojos azul translúcido humedecidos por las lágrimas.

Antes de que pueda responder, Mordred nos interrumpe de nuevo, solicitando a Ana que se comporte como la Hechicera Oscura que es, si es que queremos salir vivas de esta noche.

—Suelta al cuervo —gruñe el mago—. Quiero ver la reacción de las tribus celtas. Pero no te asomes, no deben verte todavía —le ordena en tono autoritario.

—*Viaro Geazae, kubraqiaro ar aiércesu ae qiarqa o kí* —chilla Ana, levantando el brazo. (Vuela Geazae, sobrevuela el ejército y vuelve a mí).

El negro pájaro planea sobre las huestes celtas como si fuese un augurio de muerte, provocando un desconcierto inicial, hasta que la voz de Merlín retumba como un trueno, ordenando a los guerreros que se mantengan firmes en sus puestos.

—También ellos han tomado *vuceóm qoraruko.* Era de esperar, lucharán sin miedo hasta la muerte —admite Mordred, mientras el cuervo regresa a nosotros y se posa sobre el brazo de Ana.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta el viejo rey Constantino, empuñando valiente su espada.

Mordred respira hondo, acariciando su larga barba y meditando las palabras antes de contestar.

—Espero que a Merlín le quede algo de sentido común. Es el momento de que vean a la Hechicera Oscura y a la bestia, incluso la poción *vuceóm qoraruko* tiene sus límites —reconoce el mago.

Nada más pronunciar la última palabra, Drarix recupera su forma demoniaca, causando el sobresalto de los soldados que nos rodean que huyen escaleras abajo tropezando entre ellos. Sitúa su colosal cuerpo detrás de Ana, que se asoma al torreón por primera vez.

La imagen debe de ser terrorífica para las huestes celtas. No solo observan por primera vez en su vida a la terrible Hechicera Oscura, sino que la ven acompañada de un enorme demonio.

—Os encaminái a una muerte segura —grita Drarix, su voz profunda retumba en todos los confines del campo de batalla, logrando que incluso los enormes trolls de las montañas retrocedan unos pasos con miedo.

La horrible visión consigue el propósito deseado y la poción *vuceóm qoraruko* no es suficiente. Los guerreros celtas se retiran ante lo que ellos consideran que será la más terrible de las muertes. Han escuchado demasiadas leyendas de destrucción, su pueblo ha sufrido demasiadas desgracias a manos de Kaeth Adú.

Sin embargo, cuando nuestros soldados empiezan ya a celebrar la victoria, Merlín golpea varias veces con su bastón en el suelo, pronuncia oscuros conjuros en la Antigua Lengua y consigue que los guerreros celtas se detengan. Vuelven a la formación entre gritos de ánimo, acompasados por el ritmo de los tambores de guerra y de las gaitas.

—Su poder ha aumentado, es enorme —reconoce Mordred—. Ha lanzado un conjuro para que le sigan hasta la muerte. No lo podrá mantener durante mucho tiempo, quizá solo unos minutos, pero sí el suficiente para comprobar si la Hechicera Oscura conserva aún su poder.

Ana se gira hacia mí y su mirada lo dice todo. Cierra los ojos y niega con la cabeza, indicando que se ha acabado. No nos quedan opciones.

—Si vas a intentar algo, tiene que ser ahora —chillo, cogiendo sus manos entre las mías y apretándolas, sin importarme lo que diga Mordred.

La viajera muerde su labio inferior, sufre al percatarse de que el plan no ha funcionado. Las huestes celtas avanzan de manera inexorable hacia el castillo, comienzan a colocar en línea las enormes catapultas. Sobre ellas, los trolls colocan unas piedras de un tamaño colosal.

—Intenta algo, por favor —vocifero nerviosa al ver volar el primer proyectil que pasa sobre nuestras cabezas y destroza uno de los torreones sin esfuerzo.

—No sé qué hacer —confiesa angustiada.

—Haz algo, lo que sea —increpo desesperada, mis ojos llenos de lágrimas ante lo que será una muerte segura.

—*Buro émkarmor* —grita, haciendo aparecer una bola de fuego.

La bola va creciendo entre sus manos temblorosas. No parece poder controlarla, aprieta los dientes sin saber qué hacer.

—¡Drarix! —grita—. Saca a Nimue de aquí, llévala a las ruinas de Myd, no puedo controlar el fuego infernal —ordena.

La bestia me coge sin esfuerzo, sacándome del torreón a pesar de mis patadas y gritos, suplicándole que me permita permanecer junto a ella.

Capítulo 31



KAETH ADÚ

El cielo se tiñe de rojo, como presagio de la sangre que está a punto de derramarse si nuestros planes no funcionan. De camino a uno de los torreones, me cruzo con numerosos soldados. El terror en sus ojos es evidente. El viejo rey Constantino ha logrado mantener un período de paz relativamente largo y la mayor parte de ellos nunca ha vivido la crudeza de una batalla.

En el fondo, ni siquiera los más veteranos han vivido jamás una batalla como esta. Nimue me asegura que ninguna crónica narra un ejército de cincuenta mil guerreros, prácticamente la totalidad de las tribus celtas, además de dos centenares de lanceros mercenarios y arqueros de las tierras del sur. Por si eso fuera poco, el propio Merlín liderará el combate junto a Arturo.

Mordred ha ordenado preparar la poción *vuceóm qoraruko* para infundir valor a los soldados. A juzgar por la cara de pánico que ponen al verme, creo que deberían tomarla cuanto antes, y eso que Drarix no ha tomado todavía su forma demoniaca. La bestia camina junto a mí, transformado en lo que parece un tierno e inofensivo niño de cabellos dorados.

No temo a la muerte, he morado en estas tierras muchos siglos como la Hechicera Oscura. Por lo que cuentan de mí, seguramente la merezca, es posible que el mundo esté mucho mejor sin mi presencia. Aun así, observar los ojos de Nimue, repletos de terror es más de lo que puedo soportar, pese a los continuos reproches de Mordred para que dejemos a un lado los cariñitos, como él dice.

Decido hacer un primer intento llamando a Geazae, aunque ni siquiera sé si continúa vivo. Desde luego, si es un cuervo normal, no puede estarlo, aunque es posible que su cuerpo haya sido modificado con magia, alargando su vida. No lo recuerdo, al igual que tantas otras cosas de mi pasado. Quizá sea mejor así.

Tras varios intentos infructuosos, el negro pájaro planea en círculos sobre nosotros, antes de posarse en mi brazo extendido como un augurio de muerte. Mordred solicita que le haga volar sobre las huestes celtas, quiere saber si ellos también han tomado alguna poción que les haga olvidar el miedo, lo que complicaría mucho nuestros planes.

Para nuestra desgracia, cuando el pájaro sobrevuela el ejército enemigo con sus temibles graznidos, la confusión inicial es neutralizada por las rápidas órdenes de Merlín.

Respiro hondo varias veces, rompiéndome por dentro al observar los ojos bañados en lágrimas de Nimue. Temo las consecuencias del inminente asedio, recuerdo sus instrucciones cuando llegué a Camelot, cuando me dio el pequeño frasco de veneno. “No dejes que te atrapen con vida” advirtió. “Para una mujer, las violaciones y las torturas serán mucho peores que la muerte”.

Ese recuerdo es mucho más de lo que puedo soportar y me aparto levemente, llevándome a Drarix conmigo para que Mordred no pueda escuchar lo que debo decirle.

—*Drorex, okesu, ka rok karqedu beam kicruk oñuk. Se miaksruk vromak krocokom sa vaderé pia rraqak o Nimue o im risor kasiru ae korqak ki qedo* —indico en la Antigua Lengua, para que la joven hechicera no entienda mis instrucciones. (Drarix, amigo, me has servido bien durante muchos años. Si nuestros planes fracasan te pediré que lleves a Nimue a un lugar seguro y salves su vida).

La terrible bestia me observa confuso, ladeando la cabeza casi con ternura desde su forma de niño humano antes de responder.

—*Me kañuro, ar dabar da Drorex ak vrusasar o ro racrecaro ukciro* —replica el demonio, sin estar conforme con la orden que le acabo de dar. (Mi señora, el deber de Drarix es proteger a la Hechicera Oscura).

—*Yu sa rebaru da sik ubresoceumak, Drorex. Umo qaz pia vumsok o Nimue o korqu arak rebra da qurqar o si searro u kuror am aksa kimdu* —le explico ante su cara de asombro. (Yo te libero de tus obligaciones, Drarix. Una vez que pongas a Nimue a salvo, eres libre de volver a tu tierra o morar en este mundo si así lo deseas).

El demonio hace una reverencia, agradeciendo su libertad, y me asegura que si se lo solicito protegerá a Nimue y no se separará de ella hasta que se encuentre totalmente a salvo. Anuncia también que no volverá al inframundo de Lelyal Morifer, sino que se quedará en esta tierra, aunque vivirá apartado en una zona tranquila, evitando en lo posible causar terror a los humanos.

—Es nuestro momento, Drarix —exclamo, acercándome al borde del torreón para poder ser observada por las tribus celtas junto a la bestia.

Drarix recupera su forma demoniaca y su aspecto es imponente, aterrador. Si esto no funciona, difícilmente tendremos una opción de salir vivos. La visión de la Hechicera Oscura, a la que nadie ha visto en la última generación, flanqueada por un demonio de dos metros y medio, tendría que ser algo horrible. Debería infundir el pánico en cualquier guerrero, haya tomado o no una poción para vencer el miedo.

Tal y como esperábamos, las tribus celtas retroceden aterradas, rompiendo la formación y provocando vítores de triunfo de nuestras tropas. Sin embargo, Merlín lanza un conjuro que no soy capaz de identificar y los celtas regresan como mansos corderos, formando filas junto a él. No muestran el más mínimo temor ante nuestras amenazas.

Muerdo mi labio inferior con rabia, negando con la cabeza mientras observo a Nimue. Soy consciente de que esto se ha acabado. Merlín debe suponer que no represento una amenaza real para él, quizá sabe que he perdido mis poderes.

Los gritos de Nimue, suplicando con los ojos bañados en lágrimas que intente algo, me rompen por dentro, hasta el punto de que mis piernas tiemblan.

—*Buro émkarmor* —exclamo en un último intento desesperado, invocando una bola de fuego infernal que aparece entre mis manos temblorosas.

La bola crece y crece, sin que pueda hacer nada por controlarla. Parece pegada a mí, mi intención era lanzarla sobre una de las catapultas que manejan los trolls, pero no consigo

deshacerme de ella. El terror se apodera de todos los que nos rodean.

—Drarix, saca a Nimue de aquí, llévala a las ruinas de Myd. No puedo controlar el fuego infernal —ordeno, apretando los dientes, consciente de que nuestro tiempo ha llegado a su fin.

La bestia asiente con la cabeza, me clava sus enormes ojos amarillos con una mirada que inspira tristeza, como queriendo despedirse. Es consciente de que nunca más nos volveremos a ver. Coge sin esfuerzo a Nimue, sacándola del torreón a pesar de sus patadas y gritos.

—Por favor, Ana, no me hagas esto, te lo suplico —chilla la joven hechicera, sus ojos bañados en lágrimas mientras intenta morder y golpear al demonio para que la suelte.

—Te quiero, debo ponerte a salvo —me disculpo, rompiéndome por dentro de dolor—. Lo siento, Nimue.

La bola de fuego sigue aumentando de tamaño entre mis manos. No soy capaz de controlarla, ni me importa. Sé que quedan escasos minutos para que todos seamos consumidos por el fuego que he convocado. Soy consciente de que moriremos de la manera más estúpida, sin ni siquiera haber luchado. Al menos será una muerte rápida, solo debo controlarla un poco más de tiempo, el suficiente para que Nimue se ponga a salvo.

—*Siarso ako buro, emkamkoso u muk kosorák o tuduk* —vocifera Mordred entre los gritos del caos que provoca en los soldados nuestra muerte inminente. (Suelta esa bola, insensata, o nos matarás a todos).

Le lanzo una mirada de impotencia, haciéndole entender que soy incapaz de controlarla y que el fuego sigue creciendo. Se alimenta de mi energía como si fuese un parásito, crece sin cesar, flotando en el aire frente a nosotros, tirando de mis brazos como si fuese un poderoso imán.

—*Bikco am si emsareur, racivaro o ro racrecaro ukciro* —insiste el mago. (Busca en tu interior, recupera a la Hechicera Oscura).

—No…no puedo —balbuceo ya sin fuerzas—. ¿No puedes lanzarla tú? —suplico.

—No tengo el suficiente poder, insensata. Piensa en Nimue, si no sueltas esa bola de fuego consumirás el torreón entero y jamás la volverás a ver —grita el Primigenius en un último y desesperado intento.

—¡Noooo! —chillo.

Es un grito agónico, ensordecedor. De pura desesperación. Un grito que sale desde lo más profundo de mi ser.

Y, justo en ese instante, algo dentro de mí se despierta. Una oscuridad antigua, enterrada. Aterradora.

El fuego me susurra extrañas palabras. Reclama ser liberado. Está sediento de sangre y destrucción. Todos mis sentidos se agudizan, mi energía crece. En ese instante lo entiendo. Ana se ha ido, quizá para siempre. En su lugar aparece la Hechicera Oscura, ebria de poder. La oscuridad crece dentro de mí, destruyendo lo poco de humana que me quedaba.

Una enorme piedra sacude el castillo, haciéndolo temblar. Hace añicos una de las torres laterales, matando a decenas de nuestros soldados, pero lo observo con indiferencia. Mi juicio se nubla, la antigua hechicera reclama el control. Con una sonrisa siniestra, Kaeth Adú invoca más poder. La bola de fuego duplica su tamaño, crepita amenazante.

Mordred se da cuenta de que Ana ya no está. Retrocede, se pega contra la pared. Kaeth Adú ha regresado y su sed de sangre es infinita. Con un alarido gutural, la enorme bola de fuego sale propulsada hacia delante, como disparada por un cañón. Impacta en una de las

torres de asalto, haciéndola saltar por los aires junto a cientos de guerreros que se encontraban a su alrededor.

Las huestes celtas rompen la formación, aturdidas y aterrorizadas. Huyen en todas las direcciones. Incluso los trolls de las montañas se dan a la fuga, renegando de las órdenes de Merlín, que se queda solitario junto a Arturo, frente a nosotros.

Soy incapaz de frenar. Lanzo más bolas de fuego, una tras otra en rápida sucesión, calcinando de inmediato a los guerreros celtas que tienen la mala suerte de encontrarse con ellas en su huida. Sus cuerpos yacen carbonizados en el suelo, las llamas lo devoran todo a su paso; hombres, caballos, árboles. Funden las armaduras de los caballeros contra su carne. Sus gritos son agónicos y aterradores.

Corren envueltos en llamas hasta desplomarse pocos segundos más tarde. El olor a carne quemada impregna el ambiente mientras el fuego devora la hierba seca.

Observo el caos que genera mi poder y sonrío.

Una sonrisa orgullosa, consciente de la energía que he recuperado al romper parte de los sellos.

Los pocos supervivientes entre las tribus celtas huyen despavoridos, abandonan el asedio, se esconden en el bosque. El fuego lame lo que queda de las torretas de madera, haciéndolas saltar entre astillas quemadas. Es una escena de caos absoluto. En el suelo, los miles de cuerpos calcinados son testigos del regreso de la Hechicera Oscura.

El cuervo sobrevuela el campo de batalla. Grazna, como si pretendiese burlarse de los estúpidos que han osado desafiar mi poder.

Sonrío complacida, pero mi sed de destrucción, lejos de aplacarse, crece aún más y con ella mi energía. Es entonces cuando lo comprendo. La magia de Kaeth Adú nace de la oscuridad, del propio caos.

Lanzo nuevas bolas de fuego contra el bosque que rodea el castillo. Un terrible incendio se extiende entre los árboles; los destruye mientras hombres y animales huyen despavoridos para encontrarse con la muerte. Desde el torreón, los cazo como una pantera hambrienta, sin darles tregua. Insaciable.

Por un breve instante, incluso en mi delirio de poder, algo se remueve en las profundidades de mi alma. Una ligera punzada, un tenue destello de humanidad que desaparece tan rápido como vino.

Sacudo la cabeza y gruño.

Kaeth Adú no tiene tiempo para esas tonterías.

Miro alrededor.

Saboreo la victoria.

Esto no ha hecho nada más que empezar.

El mundo está listo para arrodillarse ante mí.

Capítulo 32



NIMUE

Grito y pataleo, protesto. Araño a la bestia en un intento de zafarme de sus enormes brazos. Me arrastra por las oscuras ruinas de Myd hasta dejarme en los antiguos aposentos de Kaeth Adú.

El demonio cierra la pesada puerta y chillo. Suplico a Drarix que me permita salir, quiero regresar al castillo junto a Ana. Soy consciente de que nuestro plan ha fracasado, pero mi puesto está en Camelot, luchando al lado de los que allí se quedan, perdiendo la vida junto a la persona que amo.

Mi corazón se rompe en mil pedazos y lloro. Lloro hasta que ya no quedan más lágrimas. Hasta quedarme dormida.

Caigo en un sueño intranquilo, doy vueltas sobre el viejo sillón en el que reposo. Los pensamientos se arremolinan, aterrorizados.

Destellos de violencia surcan mis sueños. Ríos de sangre, muros que se derrumban ante un poder inmenso, cuerpos desmembrados esparcidos entre las ruinas.

Y allí está ella.

En pie, observando la carnicería.

Sus ojos se han vuelto de un color azul transparente, en su piel se dibujan antiguas runas. Pero ahora ya no es Ana, al menos no la Ana de la que me enamoré. La magia ancestral atraviesa su cuerpo, salvaje e implacable.

Se ha convertido en el monstruo del que hablan las leyendas. Grito su nombre, le ruego que se detenga, pero no lo hace. La oscuridad la ha consumido por completo.

El humo negro se alza hasta el cielo, cubre el sol. Los gritos de los moribundos se ahogan en el aire. Miles de soldados yacen mutilados sobre el suelo cubierto de sangre. El cuervo Gaeznae planea en círculos sobre ellos, deleitándose en la horrible visión.

En el sueño, camino entumecida entre la destrucción. Mis pies descalzos chapotean en el líquido carmesí. Los cuerpos se amontonan en mi camino; hombres, mujeres, niños, animales de todo tipo. Nada sobrevive. Se retuercen, amontonados unos sobre otros, masacrados sin piedad, su mirada desorbitada por el terror.

El hedor de la carne quemada me desgarra la garganta. Apoyo las manos contra los restos de un muro y vomito.

Ana emerge entre la bruma. Sus ojos son fríos, sin vida. Gira la mano derecha y una ráfaga de magia oscura explota en su palma, desintegra en cenizas a un grupo de personas que trataban de escapar.

Una docena de demonios parecidos a Drarix siembra el caos. Lo destruyen todo a su paso, devoran vivos a los desdichados con los que se encuentran.

Le ruego de nuevo que se detenga, suplico que recuerde quién es. Pero ella no parece reconocerme. Ladea la cabeza y me mira con curiosidad, como preguntándose quién es esa chica que aparece en el plano de los sueños.

Con una sonrisa cruel, conjura remolinos de fuego que lo consumen todo. Camelot arde en llamas. Los gritos agonizantes se callan, uno a uno.

Tan solo queda el silencio.

La Ana de la que me había enamorado ha desaparecido. No hay ni el más mínimo rastro de ella. Tan solo queda Kaeth Adú, la terrible Hechicera Oscura, más sedienta de sangre y poder que nunca. La destrucción. Todo el mal encarnado en un solo ser.

Me despierto gritando, con el cuerpo empapado en un sudor frío. Las horribles imágenes se aferran a mí, se niegan a desaparecer. Algo en mi interior se retuerce de dolor, comprendiendo que, quizá, he observado una visión del futuro que nos aguarda.

Sacudo la cabeza, seco mis lágrimas con la palma de la mano tratando de desterrar el siniestro presagio. Pronto llegará el amanecer y con él, quién sabe si el final de todo.

Capítulo 33



KAETH ADÚ

—Creo que ya es suficiente, Hechicera Oscura. Has dejado muy claro hasta dónde estás dispuesta a llegar —susurra Mordred, todavía pegado a uno de los muros del castillo.

Observo a Merlín, en pie entre la masacre. El mago permanece unos instantes confuso, ponderando si mi poder es ahora lo suficientemente grande como para hacerle frente, hasta que, tras bajar la cabeza a modo de saludo, se da media vuelta y vuelve sobre sus pasos, renunciando al asedio.

Desorientada por el enorme esfuerzo, me apoyo sobre una de las almenas del torreón y trato de recuperar el aliento. Los soldados del rey Constantino gritan de júbilo, apenas pueden creer que sigan vivos sin ni siquiera haber luchado.

En el campo de batalla, solamente Arturo permanece en pie, espada en mano. Desafiante y solitario junto a las llamas de una de las torretas de asedio. Milagrosamente con vida entre los cuerpos inertes y calcinados de los guerreros celtas. Sin duda, Merín debió protegerle de algún modo en medio de la destrucción, aunque casi no soy consciente de lo ocurrido.

—Nos hemos salvado por los pelos —reconoce Mordred, acariciando su larga barba. Trata al mismo tiempo de determinar con disimulo cuánta energía he recuperado.

—Una buena parte, pero aún queda mucho.

—¿Qué? —pregunta confuso.

—Es la respuesta a la pregunta que te haces. He recuperado una buena parte de mi poder, pero aún me queda mucho trabajo por hacer. Estoy agotada. De no estarlo, haría callar a esos idiotas. Sus gritos de alegría me están volviendo loca —gruño, desviando la vista con desdén hacia un grupo de caballeros que festeja la victoria.

—Es probable que Merlín vuelva a intentarlo. Ha sufrido un duro revés y le has estropeado los planes. Lo sabes, ¿verdad?

—Le estaré esperando —mascullo entre dientes—. ¿Tú qué harás?

—Me marcharé lejos y mantendré un perfil bajo. Ahora es un problema entre Merlín y tú, al menos durante un tiempo. Huiré a Aduvan Enaam, mi santuario en el norte, más allá de las montañas nevadas de Daez Enyrar. En las ruinas de Myd estarás a salvo, Merlín no osará atacarte allí. Reconozco que me gustaba más esa Ana inocente que venía del futuro y no la Hechicera Oscura. Hasta creías que estabas enamorada. ¡Qué locura! La mismísima Kaeth

Adú enamorada de una humana —ironiza con un bufido antes de despedirse de mí.

Por un brevísimo instante recuerdo a Nimue, aquella joven hechicera que me cuidó cuando era tan solo Ana, pero es un vago recuerdo perdido entre la niebla.

Los soldados del viejo rey Constantino me saludan al pasar y se inclinan en señal de deferencia tras haber salvado el reino. Lanzo a un grupo de ellos contra la pared con un gesto de la mano, pero estoy demasiado cansada como para causarles mayor dolor. Al menos, cesan en sus estúpidos cánticos de victoria y me dejan tranquila.

El aire apesta a humo, miedo y muerte. A mi paso, las gentes de Camelot me miran fijamente, algunos con asombro, otros con un claro terror en el rostro. Vuelvo a ser la Hechicera Oscura de las leyendas; despiadada y letal.

Desciendo las escaleras de piedra que llevan a las mazmorras. Me envuelve la oscuridad, pero lo prefiero. Incluso el leve parpadeo de las antorchas me molesta. Aquí abajo, el aire es frío y húmedo, mucho más cómodo que el lujo del castillo. Tan solo el rítmico goteo del agua y el lamento ocasional de los prisioneros encerrados rompe el silencio.

Al final del pasillo llego a la enorme puerta de hierro, prohibida y maldita para los habitantes de estas tierras. Más allá, el canal secreto que lleva a mi santuario en las ruinas de Myd.

Abro la puerta con un giro de la mano, convocando con magia a una barca que me llevará hasta mi morada.

—¿Ana? ¿Estás viva? —pregunta tímidamente la mujer a la que llaman Nimue, su voz un susurro apenas audible.

—¿Qué haces aquí, humana? Podría convertirte en cenizas con solo chasquear los dedos —murmuro entre dientes.

Frunce el ceño, pero no huye como hacen todos con los que me cruzo. Aprieta los puños a ambos lados de su cuerpo y su corazón se acelera. Quizá pretende desafiarme, recuerdo vagamente que era algún tipo de hechicera, aunque no percibo apenas poder en ella. Es un ser totalmente inofensivo.

—Ana sigue ahí dentro. Lo sé —susurra con miedo—. En mis sueños he tenido una horrible visión de lo que ocurrirá con el mundo si vence la oscuridad. Pero tienes elección. Puedes evitarlo, Ana, puedes evitarlo —repite mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

En mi interior, un insaciable poder ansía liberarse, crece entre sombrías visiones de violencia y ruina.

Se acerca a mí. Temblando de miedo, pero lo hace y eso es algo poco habitual.

Para mi sorpresa, coge una de mis manos y la acaricia con su dedo pulgar. No cesa de llorar, solloza, está aterrorizada, aunque con esas caricias pretende transmitirme algo que no consigo comprender.

En condiciones normales, la aplastaría como a un insecto y no entiendo por qué no lo he hecho ya. En cambio, simplemente la observo curiosa.

—Por favor, Ana, sé que estás ahí dentro —insiste, acercándose aún más para rozar mis labios con los suyos.

Es un beso suave como una pluma, leve, pero que atraviesa la oscuridad como un rayo de sol entre las nubes.

—Nimue —suspiro cuando se separa.

Estoy confusa. Una oleada de recuerdos inunda mi mente. Son imágenes de una vida sencilla, de mi antiguo yo sin poder alguno contemplando el cielo, sintiendo la brisa de la noche en su rostro. Captura con un extraño artefacto imágenes de las estrellas en un

diminuto bosque que está rodeado de enormes castillos de cristal. Rectangulares, sin torreones ni fosos.

Me invade un sentimiento extraño. ¿Acaso conocí alguna vez esa paz? Regresan a mi mente recuerdos de miedo y desesperación al cruzar el portal que yo misma había creado. La confusión de encontrarme en una época diferente, el modo en que esa joven hechicera cuidó de mí cuando estaba perdida.

Sacudo la cabeza en un intento de desterrar esos pensamientos. Yo soy Kaeth Adú, señora de la oscuridad, dueña de un poder incalculable. Puede que en algún rincón de mi interior permanezca una chispa de lo que fue esa Ana, pero ya no soy ella.

—La sseñora de las tinieblas no debería cerrar essa oportunidad —sisea el demonio, emergiendo de entre las sombras.

—¿Qué haces aún aquí? —pregunto extrañada—. Eres libre de vagar por el mundo según te plazca. Puedes divertirte matando tantos humanos como desees, asaltando castillos, haz lo que quieras, yo no te lo impediré.

—Drarix habló con la joven hechicera. Drarix no conoce lo que es el amor, pero comprende que ess algo bueno. Mi sseñora debe recordar —insiste.

—Sé que debes estar muy confusa —dice Nimue, ahora tratando de sonreír—. Has despertado un inmenso poder, pero los recuerdos definen quién eres de verdad y estoy segura de que todavía te acuerdas de lo que sentías por mí.

Se acerca de nuevo y vuelve a besarme, acariciando mi mejilla con el reverso de la mano. Su corazón late ahora con normalidad.

—¿Recuerdas la canción que te cantaba mientras estabas en la cama con fiebre?

Canta una vieja canción, su voz es melodiosa, tiene el extraño efecto de calmarme.

—El amor no es una debilidad. Es tu mayor fortaleza. Te ayudará a encontrar un equilibrio en tu poder. Podrías utilizarlo de forma positiva —asegura.

La aparto con brusquedad y se me queda mirando con los ojos llorosos.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que no te mataré?

—Cuando regresaste al castillo, tras descubrir que eras Kaeth Adú, me aseguraste que jamás me harías daño. Vienes de librar una horrible batalla, repleta de oscuridad e ira. En cambio, no me has hecho nada. Una parte de ti sabe lo que sientes, aunque tu antiguo yo intente enterrarlo. La esencia de Ana continúa dentro de la gran Hechicera Oscura. Debes dejarla salir, eso no te hará más débil. Cuando sellaste tu magia, tú misma elegiste dejar libre la parte positiva. Creaste a Ana, una persona maravillosa, llena de bondad y amor. Tan solo sellaste lo negativo. Estoy segura de que lo hiciste por alguna razón.

—No lo recuerdo. La Kaeth Adú de esa época tenía más poder del que ahora poseo —admito con un gruñido.

Meneo la cabeza indecisa. No me gusta sentir que no controlo una situación.

—Quisiste preservar la belleza, quedarte con lo positivo. Creaste a alguien capaz de amar. Yo me quedaré contigo en las ruinas de Myd. Estoy dispuesta a sacrificarlo todo por la posibilidad de que la persona a la que amé regrese algún día, aunque sea una parte de la señora de la oscuridad —expone, cogiendo mis manos y apretándolas levemente.

Dejo escapar un largo suspiro. Hay algo en el tacto de sus manos, en el roce de su piel sobre la mía. Regresan a mi mente destellos de su cuerpo desnudo, de mi propia excitación al sentirla a mi lado y pienso que quizá Drarix tenga razón y el amor sea algo bueno.

—¿No tienes miedo? Acabo de segar las vidas de todo un ejército —inquiero sin querer soltar sus manos.

—Sé que no me harás ningún daño —responde sin dudar—. Estaré a tu lado, te ayudaré a recuperar todo tu poder y a encontrar un equilibrio. Confío en ti.

—Yo también querría ayudar, si mi sseñora lo permite —se apresura a indicar el demonio.

—Lo he estado hablando con Drarix —afirma la joven hechicera—. No estás sola en esta lucha. Pase lo que pase, permaneceremos a tu lado y encontraremos el equilibrio.

Desvío la mirada hacia mi antiguo siervo, asiente lentamente con la cabeza, dejando escapar un gruñido.

—Sé que no será fácil, tendrás que librar una tremenda batalla entre la luz y la oscuridad —admite Nimue—. Pero mientras en el fondo de tu alma, aunque sea en lo más profundo, permanezca aún un vestigio de Ana, seguiré a tu lado.

De pronto, se acerca con pequeños pasos y me abraza. Mi cuerpo se tensa de manera instintiva, rechazando el contacto. Durante innumerables años nadie se ha atrevido a tocar a Kaeth Adú, pero el calor de su cuerpo traspasa poco a poco mi coraza.

Acaricia mi cuello con ternura, lo cubre de pequeños besos como hacía con aquella Ana y, es extraño, pero mi pulso se acelera. Me besa, un beso delicado, repleto de un amor que no merezco y mi cuerpo reacciona solo, devolviéndole el beso.

Por unos instantes, dejo de ser la Hechicera Oscura para ser simplemente Ana. La mujer que se enamoró perdidamente de Nimue y encontró la paz entre sus brazos.

No obstante, la magia oscura sigue fluyendo por mis venas, susurra que debo reclamar mi poder. Soy consciente de que la joven hechicera es capaz de percibir mi lucha interior, estoy segura de que siente el tormento que me desgarra.

Aun así, no se aparta de mí. Me abraza con fuerza, tratando de transmitirme todo su amor. Y, en el fondo, quizá muy en el fondo, otra voz, una muy diferente, susurra que quizá Nimue tiene razón.

Sé que no será fácil, habrá momentos en que la oscuridad amenace con devorarlo todo. La magia oscura fluye por mis venas, poderosa y temible a partes iguales. Pero quiero creer que un día encontraré el punto de equilibrio entre mis poderes. Es posible que ese día la Kaeth Adú de la que hablan las leyendas sea tan solo un recuerdo lejano.

—Fin—

Diccionario Lengua Antigua – Lengua Común

Lengua Común	Lengua Antigua
A	o
acerque	ocarpia
al	or
antigua	omsesio
apremia	ovrakeo
aquí	opií
augurios	oisireuk
ayuda	oaeido
batalla	bosorro
bestia	bakseo
bola	buro
buen	biam
busca	bikco
Camelot	Cokarus
castillo	cokserru
como	cuku
común	cukúm
convoca	cumquco
convoco	cumqucu
cuervo	ciarqu
de	da
debe	daba
dejado	daiodu
desde	dakda
deseo	dakau
Drarix	Drorex
ejército	aiércesu
el	ar
en	am
encuentras	amciamsrok
es	ak
esa	ako
está	aksá
estás	aksák
este	aksa

exigir	axeser
exijo	exeiu
favor	koqur
fluya	kriaeo
fuera	kiaro
gran	srom
ha	ro
hablar	robror
hechicera	racrecaro
insensata	emkamkoso
interior	emsareur
invoca	emquco
la	ro
las	rok
lengua	ramsio
leyendo	raaeamdu
libero	rebaru
libre	rebra
llama	rroko
Llévanos	lréqomuk
los	ruk
lucha	ricro
magia	koseo
mágico	kásecu
matarás	kosórak
mi	me
mí	kí
momento	kukamsu
muertos	kiarsuk
mundo	kimdu
Mundo espiritual	Ardu Hae
nadie	modea
no	mu
nos	muk
o	u
oh	ur
ordenó	urdamó
oscura	ukciro
oscuros	ukciruk
para	voro

pergamino	varsokemu
pero	varu
poder	vudar
por	vur
precisando	vracekomdu
preocupa	vrucivo
que	pia
¿Qué?	¿Quie?
recuerda	raciardo
recuerdo	raciardu
recupera	racivaro
regresado	rasrakodu
ruinas	riemok
sal	kor
se	ka
sellos	carruk
señora	kañuro
servidor	karkedur
si	se
Sí	mí
sido	kedu
sobrevuela	kubrakiaro
suelta	siarso
sujeta	siiaso
sus	kik
te	sa
tiempo	seakvu
todos	tuduk
tu	si
un	im
uno	umu
venas	qamok
viajera	qeoiaro
vínculo	qímciru
vuela	viaro
vuelve	qiarqa
y	ae
yo	aeu